La Constelación Púrpura

Ignacio Leiva Pérez

Image not found.

Capítulo 1

BAJO LA LLUVIA

En ese instante, la carretera ya se encontraba muy solitaria. No corría ningún otro vehículo, no caminaba ninguna persona y no se divisaba ninguno de los animales que habitualmente había pastando por esos lares. Las aves habían abandonado hace horas sus nidos en los escasos árboles que habían esparcidos por el campo y sólo se alcanzaba a sentir una leve brisa que hacía mover la abundante vegetación que rodeaba el pavimento, que lo cubría y lo agrietaba, intentando recuperar el terreno tomado por el hombre. A la derecha, luego de varios metros de verdor, se veía el mar, que se extendía majestuoso hasta el horizonte.

Jinn manejaba un antiguo automóvil bastante pequeño, de color anaranjado. Estaba un poco dañado en algunas partes, como si hubiera sido reparado luego de un fuerte accidente, incluso le faltaba la mitad de atrás del techo, por donde entraban unos leves rayos de sol que se posaban sobre una caja de cartón, dentro de la cual se encontraba una gata con aspecto asustado, al igual que Jinn, aunque él además demostraba determinación.

La tranquila atmósfera se interrumpió con una repentina lluvia que comenzó muy intensa, con goterones que resonaban con fuerza en la lata del auto y la caja de cartón. Al darse cuenta, el rostro de Jinn se llenó de preocupación. Metió la mano detrás de su asiento y de entre un montón de objetos, sacó un paraguas que puso sobre el auto, para evitar que la gata se mojara.

Luego de unos minutos de conducir en las mismas condiciones, Jinn comenzó a divisar unas casas de aspecto rural repartidas por entre los pequeños cerros, acompañadas de algunos vehículos abandonados. La mayoría de ellos estaba con las puertas abiertas, otros chocados y algunos estacionados en lugares muy extraños, como si las personas hubieran huido sin preocuparse por nada.

De un segundo a otro, la lluvia comenzó a hacerse más intensa, como si baldes de agua estuvieran cayendo al mismo tiempo por todo el lugar, haciendo que la visibilidad del camino se volviera tan escasa que Jinn no tuviera más opción que detener el auto, y cuidar que no le cayera agua a la caja.

—Tranquila, ya pasará todo y estaremos bien— Le dijo Jinn a la gata, luego de abrir un poco la caja para poder observarla. Ella le maulló como

respondiéndole y él le devolvió una sonrisa.

Luego de unos cinco minutos, la lluvia se apaciguó lo suficiente como para continuar su camino, momento que aprovechó de inmediato, encendiendo el motor con el truco que le había enseñado su padre, y acelerando por la carretera por al menos unos diez minutos, hasta que la aguja de la bencina comenzó a marcar en la zona roja y el auto se detuvo gradualmente.

Miró alrededor y logró divisar una camioneta a un kilómetro de allí, un poco más adelante por el mismo camino. Si tenía suerte, podría llegar a ella y si tenía gasolina, podría encontrar alguna opción para encenderlo, de acuerdo a sus conocimientos en mecánica que había aprendido en su institución educacional secundaria.

Se bajó del auto, tomó la caja y comenzó a caminar, pero luego de unos pasos, para su sorpresa, la lluvia amainó, pero en vez de alegrarle, no hizo más que preocuparle.

Veinte minutos atrás, se había desatado uno de los peores terremotos que se habían sentido en la tierra. El clima había estado volviéndose errático los días anteriores, provocando tormentas repentinas, con fuertes vientos que botaban árboles y volaban techos, que empezaban de la nada y terminaban de la misma manera. Rayos habían caído sobre la ciudad, provocando gigantescos incendios que consumieron media ciudad, y sismos que a pesar de no ser muy fuertes, daban aviso de lo que posteriormente ocurriría. Parecía como si la tierra estuviera sacudiéndose de alguna molestia y la inquieta humanidad no sabía qué hacer.

Los gobiernos no encontraban manera de enfrentar tantas catástrofes distintas, y optaban por acallar la prensa y ofrecer contenidos livianos en los medios informativos. Lo más curioso, fue cuando un país acusó a otro de haber creado una especie de arma que provocaba catástrofes siendo que todas las naciones habían sido afectadas de la misma manera.

Jinn miró a la derecha y se dio cuenta que el agua del tsunami que las autoridades no habían anunciado, se acercaba demasiado rápido, y era cuestión de poco tiempo que aquella ola gigantesca se llevara sus vidas. Giró su cabeza a la izquierda y vio que cerca de allí se encontraba una casa con un segundo piso, donde al menos podría resguardarse y si tenía suerte, sobreviviría. Corrió en esa dirección y una vez que llegó a la puerta, la intentó abrir, encontrándola con llave. Las ventanas tenían protecciones y además estaban tapiadas por dentro, por lo que intentar entrar por ellas, era imposible. Miró hacia atrás y pudo ver que el agua ya estaba tocando el auto, y mientras un escalofrío le recorría la espalda, corrió hacia el costado de la casa, buscando alguna otra puerta o ventana, sin ningún éxito. Se puso la gata sobre los hombros y comenzó a escalar por un costado de la casa que parecía ser una ampliación y estaba cerrada

con madera, desde donde podía afirmarse. Luego de escalar todo el primer piso, el agua ya había llegado a la base de la casa, sus manos y piernas le dolían, pero debía seguir escalando, debía salvar a la gata. Debía salvar a su hermana.

Los recuerdos volvían a su mente una y otra vez, cuando recodaba a aquella mujer que tenía la culpa, la que siempre había convertido su vida en un inferno. Ella, la hermana de su madre. Cuando Jinn supo que ella era una bruja, todo cobró sentido. Su trauma con los gatos, debido a que uno lo atacó cuando pequeño, había sido inducido por ella. Cada vez que él o sus padres habían sufrido una desgracia, habían sido inducidas por ella. Sin embargo, el punto en que todo se volvió macabro, fue cuando ese día que sus padres, antes de subirse a un pequeño auto naranjado, le dijeron que tenía que cuidar a su hermana ante cualquier cosa, y horas después estaba sonando el teléfono para avisarles que había sucedido un accidente de tránsito y ellos no habían logrado sobrevivir. Él, siguiendo sus sospechas, y presa de la desesperación, entró a la habitación de su tía y encontró lo peor que habría podido imaginar, la confirmación de que ella se dedicaba a la magia negra. Ella no hizo más que reír de forma extremadamente desagradable, tomó una hoja de papel que tenía una especie de bosquejo de un gato rodeado de símbolos, chasqueó los dedos de la otra mano y acercó la hoja al fuego de una vela, haciendo que se consumiera de inmediato. De pronto, un grito agudo se escuchó afuera de la habitación, y su tía le sugirió que fuera a ver qué ocurría, luego de esbozar una sonrisa escalofriante. Apretando los dientes, Jinn salió corriendo y encontró en medio del pasillo la ropa de su hermana tirada en el suelo, y dentro de ella, a una pequeña gata. El único ser amado que le quedaba, había sido convertido en un ser que odiaba. Todo por culpa de Martha, su tía.

Estaba a punto de llegar al techo, sin embargo, el agua ya estaba tocando sus pies. Estaba muy cansado, ya que nunca fue bueno con los esfuerzos físicos, pero su determinación era lo que siempre lo hacía salir adelante, y en esos momentos lo único en que pensaba, era en salvar a Fumie, su hermana. Tocó el techo de la casa con sus dedos, se levantó un poco más con su pie y logró aferrarse bien con su mano. Se levantó otro poco y con la mano que tenía libre, tomó a la gata y la puso sobre las tejas. Ya le quedaba poco, sólo necesitaba esforzarse un décimo de lo que había hecho en toda esa muralla, pero de pronto, ya no tenía sentido. Sus extremidades le dolían como nunca antes, apenas las sentía, y sus músculos apenas respondían. Sentía que ahora su cuerpo pesaba toneladas, y el agua que ahora le llegaba a la cintura se sentía confortable. Él se sentía satisfecho, ya que en ese fin de mundo, había logrado salvar hasta ese momento a Fumie, y había logrado cumplir la promesa con sus padres.

Jinn le sonrió, y ella, cuando se dio cuenta de lo que él estaba intentando hacer, le mordió la manga de su camisa e intentó tirarlo para arriba, sin

éxito. Él le volvió a sonreír, le dijo “Te amo” y se soltó. Abrió los brazos y dejó que el agua se lo llevara, sin embargo, por debajo de la superficie se sentía estática, tranquila, como si se hubiera sumergido en las aguas de un mar cristalino del caribe. Mientras de hundía, observaba las burbujas que salían de su boca que subían y se encontraban con la superficie, a través de la cual lograba ver el rostro gatuno de su hermana, distorsionado por el agua. Cerró los ojos y luego de unos segundos tocó el fondo, que lo sintió como si se hubiera acostado en el lugar más cómodo que hubiera estado nunca.

De pronto, abrió los ojos —Bienvenido a casa, hijo— dijo alegremente la silueta de una mujer.

Capítulo 2

SOBRE EL DESIERTO

—Bienvenido a casa, hijo— Dijo una mujer alegremente.

De pronto, Atsu se despertó. Su cabeza le dolía y no entendía dónde estaba. Tenía unos vagos recuerdos de un sueño, donde había un gato, un auto, una mujer de pelo negro, y mucha agua, pero no reconocía ninguna de esas cosas. Recordaba también que una mujer le habló antes de despertar, pero luego de mirar a su alrededor, se dio cuenta que no había nadie.

No sabía cómo había llegado allí, de hecho, no recordaba nada.

Estaba acostado sobre un montón de paja cubierta con una tela, y sobre él había otra tela de apariencia desgastada, pero limpia. Sus ropas eran unos cuantos harapos manchados con un poco de sangre. Miró alrededor, y notó que estaba dentro de una choza circular de adobe, la luz del lugar era producida por dos velas gigantescas que se encontraban detrás de él y por unos pequeños rayos de sol que se escabullían por entre la paja y las ramas del techo. En un extremo, había un anciano que no había visto antes, dándole la espalda, sentado frente a una mesa repleta de libros viejísimos y cuencos de greda. Frente al anciano, había muchos papeles con escritos y figuras, pegados a la muralla. Había varias de animales, otras abstractas y otras con formas que probablemente no existan en este mundo.

Se estaba tocando su cabeza vendada, cuando el anciano se dio vuelta, con un cuenco en sus manos.

— ¡Ah! Joven Atsu, ha despertado— Dijo el anciano, al verlo.

Se acercó y se sentó a su lado, puso el cuenco en el suelo, y sumergió una hoja de algún árbol en el líquido, tornándose de un color azul muy suave.

—Tuvo una lesión muy grave, es una suerte que lo haya encontrado.

— ¿Quién es usted?, No entiendo nada... no recuerdo nada...— Dijo Atsu.

—No piense por ahora, libere su mente de todo, una vez que su estado consciente deje de intentar tomar el control de su cuerpo, el instinto de cada partícula que lo conforma imperará, y su cuerpo y mente lograrán sanarse— Dijo el anciano, mientras movía sus manos sobre el cuenco,

como si estuviera transmitiendo algo a ese líquido— Tome, beba esto, le ayudará en su viaje al mundo onírico... y a algunas otras cosas más, que no necesita saber por ahora.

Atsu, confundido, tomó el cuenco y bebió todo de un sorbo. Volvió a recostarse y sin darse cuenta, comenzó a sentirse extraño, mientras una sensación de frío y hormigueo comenzaba a extenderse por todo su cuerpo. Intentó preguntarle al anciano qué ocurría, pero su cuerpo no respondía. Sin embargo, no se sentía preocupado ni angustiado, al contrario, se sentía demasiado relajado. Su vista, que había comenzado a nublarse, lentamente comenzó a distinguir formas y colores que terminaron por convertirse en un sueño. El frío y el hormigueo se detuvieron en algún momento sin darse cuenta, el tiempo no tenía sentido en el lugar en el que se encontraba en ese momento.

Al despertar al día siguiente, recordaba haber soñado con unas ruinas, un poco de vegetación y una especie de estatua de roca que se movía.

Al notar que el anciano no estaba, Atsu se levantó a inspeccionar un poco su alrededor. Se escuchaban voces y ruidos como de un tumulto de gente relativamente lejos, que le generaban mucha curiosidad.

Atsu salió de la casa y observó lo que rodeaba el lugar. Era un ambiente desértico, sin vegetación y casi sin rastro de agua. Las casas eran todas similares entre sí, de aspecto pobre, casi en ruinas, como si hubieran usado tierra y rocas para construirlas, y basura para repararlas. Hacia el cielo, podía ver un gigantesco planeta cubierto de nubes, como si múltiples tormentas se cernieran sobre él. En medio de la calle y sobre las ruinas de unas casas, había una especie de tubo metálico que entraba en la tierra, que, como si de un parásito se tratase, succionaba la vida del lugar. Hacia la derecha, alcanzaba a ver una línea férrea, que se dirigía hacia el centro del pueblo, que resultaba ser una máquina gigantesca con la apariencia de una fortaleza, que expelía un poco de humo negro por unas chimeneas, y hacia eso, llegaban un montón de tubos gigantes que se insertaban en la tierra. Anonadado por el escenario, caminó en esa dirección, mientras el ruido de la gente se comenzaba a incrementar. Pronto, llegó a una especie de plaza que se encontraba antes de la máquina, donde estaba el tumulto de gente que conversaban y gritaban rodeando a un grupo de soldados, que estaban parados, gritando también y controlando a la gente que se les acercaba.

— ¿A qué se debe tanto revuelo?—Le preguntó Atsu a un hombre que gritaba menos que los demás, pero sí tenía una expresión de impacto.

— i¿Qué?! ¿Cómo puedes no saber? — Dijo el hombre — ¡Capturaron a miembros importantes de la resistencia!

— ¿Resistencia a qué?

— ¡A nuestro presidente, por supuesto! — Dijo, mientras miraba a su alrededor con incomodidad.

Un mal presentimiento retumbó en la mente de Atsu, y siguiendo su instinto, se acercó al centro del tumulto para tener una mejor vista.

— ¡Ejecútenlos! — Ordenó el capitán de los soldados, un hombre que claramente había estado en más de una batalla.

En ese momento, Atsu por fin tuvo una vista completa. Habían tres personas arrodilladas, amarradas y cabizbajas frente a un verdugo que empuñaba un hacha oxidada, quién, con un sólo movimiento, degolló al primero de los detenidos.

El segundo, que estaba tiritando, se puso a llorar, con una expresión de profundo sufrimiento, debido a que no lloraba por él, lloraba por la derrota del pueblo al que intentaba defender. Nuevamente, el verdugo, con un sólo movimiento, logró desprenderle de su cabeza.

Atsu estaba sumamente impactado, ya que nunca había visto a alguien morir (o tal vez no lo recordaba) y apenas podía creer lo que estaba observando.

La sangre de sus dos compañeros, comenzó a tocar la rodilla del tercero, quien estaba muy sereno, como si hubiera estado resignado a la muerte desde hace mucho tiempo. De pronto alzó la vista, miró a la multitud y su vista se posó en Atsu, quién, con un rápido flash de su dañada memoria, logró reconocer al hombre.

El anciano que lo estaba ayudando el día anterior, yacía sobre sus rodillas con claras marcas de golpes y manchas de tierra, con sus manos amarradas, y heridas por todo el cuerpo. La multitud estaba silenciosa como si esperase a que alguien dijera algo, pero nadie se atrevía a hacerlo.

—"La luna que eclipsa al sol azul, debe ser devuelta al hombre digno, hijo de nuestra propia tierra"— Dijo de pronto el anciano, como si estuviera narrando el pasaje de un libro.

Atsu no entendía nada, el anciano lo miraba como si debiese comprender sus palabras, pero su mente carecía de recuerdos más allá de la noche anterior.

De pronto, un hombre vestido con ropas opulentas, haciendo un marcado contraste con el resto de la gente, irrumpió en el lugar, caminando con

seguridad, y con una expresión de asco mientras miraba al anciano.

—Les toma demasiado trabajo deshacerse de esta escoria insurgente— dijo, reprendiendo a los soldados, mientras sacaba un khopesh de su funda.

—Te atrapé por fin, viejo asqueroso, todo este tiempo que no pude probar que tramabas algo... y ahora te tengo arrodillado, miserable...

—Tu tiempo se está acabando, no puedes ignorar el ciclo del reloj de arena de tu maldición— Dijo el anciano, como si no le importara su situación actual.

—Está bien— Dijo el hombre con una sonrisa malévola en su rostro, mientras blandía el khopesh, enterrándolo en el cuello del anciano, por donde comenzó a brotar la sangre a borbotones. Dejó que el cuerpo cayera al suelo, se dio media vuelta mientras limpiaba la sangre de su espada, y caminaba en dirección a la máquina.

Atsu no podía aguantar su llanto, y al mismo tiempo, no lo comprendía del todo, ya que apenas el día anterior había conocido a ese anciano, pero sentía que había un afecto mucho mayor. Los soldados comenzaron a dispersar a la gente, y él se dirigió a la casa del anciano, debido a que era el único hogar que conocía y podía estar en ese momento.

Cuatro horas estuvo Atsu intentando comprender lo que sucedía en esa aldea maldita y por qué ese hombre, que parecía ser el líder, había matado al anciano demostrando tanto rencor. La rabia y la pena lo cegaban, necesitaba vengarse, necesitaba matar al sinvergüenza que había acabado con la única persona que parecía comprender su situación.

Buscó en la habitación, y encontró una especie de cuchillo que seguramente se utilizaba para cocinar, y salió de la casa en dirección a la máquina. Ya era de noche y eso ayudaba a que lograra ser más sigiloso para que no lo atraparan los guardias que rondaban alrededor.

Una vez allí, abrió una reja que encerraba a un conjunto de tubos y se metió en el pequeño espacio que sobraba, que le permitía entrar a la máquina. De pronto se dio cuenta de algo bastante obvio: no conocía el interior de la máquina, y por lo tanto, no sabría cómo ubicar al hombre. Se sintió un poco avergonzado, pero de todas maneras continuó, ya que presentía que de alguna manera, sabría cómo encontrarlo. Luego de unos metros, los tubos entraban por un canal horizontal por el cual siguió Atsu, esperando encontrar la vista de algún pasillo. Cada cierto tramo, los tubos tenían una T y uno de sus extremos bajaba por la izquierda a través de un pasillo, y por la derecha, había un cuadrado de reja que le permitía ver lo que ocurría. Luego de varios minutos y pasillos, por fin encontró al hombre, que estaba caminando solo, aunque unos guardias estaban

parados cerca.

Atsu no aguantó más: con un pisotón abrió la reja, cayó en el pasillo por detrás del hombre y empuñando el cuchillo, lo dirigió a su cuello, mientras que él, se dio una vuelta en 90° y con una expresión de tranquilidad bloqueó el ataque. Atsu no podía creerlo, por lo que volvió a intentarlo, con el mismo resultado. Soltó el cuchillo y comenzó a intentar golpearlo, sin éxito tampoco, mientras el hombre hacía gala de su entrenamiento marcial y militar.

—¿Terminaste?— Dijo el hombre con una sonrisa burlona antes de pegarle una patada en el pecho que lo lanzó hacia atrás, cerca de los guardias que miraban atónitos lo que estaba sucediendo, pero que reaccionaron de inmediato cuando Atsu estaba en el suelo, y lo retuvieron.

— ¿Y tú quién eres? No recuerdo haberte visto— Dijo el hombre— llévenlo a trabajar al calabozo, puede ser en la mina o repartiendo el mineral, lo que sea más difícil.

Los guardias lo arrastraron todo el trayecto, hasta que, frente a una sala que tenía una reja muy gruesa, lo lanzaron dentro y le tiraron un balde de agua sucia que estaba afuera.

Al poco rato llegó un guardia que le explicó, ayudado por su látigo, el trabajo que debía realizar, luego de ponerle los grilletes. En esa habitación, se encontraban montones de algún mineral desconocido acumulados por todo el lugar, que llegaban cargados en una especie de tren que ingresaba por una compuerta ubicada a la derecha de la entrada, y al centro en el fondo, una enorme caldera donde debía depositar el mineral, ayudado de una pala vieja que estaba tirada al lado de una mancha de sangre seca.

Por dos días, en la mañana y en la noche, le tiraban una bandeja sucia con un pan y una papilla de lentejas, junto con una vasija pequeña con agua. Apenas podía dormir, y lo hacía en los intertantos en que el tren iba y volvía con más cargamento.

Mientras descansaba un poco, al tercer día, apareció el líder frente a su celda y haciendo un ademán, dio la orden para que le abrieran la puerta. Una vez dentro, miro a Atsu con una expresión de burla y repudio.

— ¡Ya recordé quién eres! — Exclamó en un arresto de furia, mientras tomaba a Atsu por el cuello con una mano, y con la otra desenfundaba su khopesh y lo ponía apuntando a su cara.

—Yo no sé quién soy... No recuerdo nada— Dijo Atsu, con dificultad para hablar, debido a la presión en su cuello y a que estaba tiritando por el

miedo de perder su vida de forma tan miserable.

Atsu comenzó a mirar el filo del khopesh, como si estuviera hipnotizado por la gran cantidad de detalles, como si un artesano hubiera demorado meses o tal vez años en semejante diseño. El mango, de color dorado, era menos detallado, pero muy elegante y con una belleza única. En el pomo, había una especie de piedra de color azul extremadamente bella, cuyo interior parecía contener un universo completo, e incluso emitía una luz muy tenue.

En el momento que Atsu observó la piedra, su cabeza comenzó a dolerle como nunca antes, sentía como si su mente vomitara, expulsando los recuerdos que debía saber en ese momento.

~

—Ha caído una roca del cielo, señor— Le dijo un sirviente sumamente nervioso al Rey Jude, gobernante del pequeño pueblo de Redara, que se encontraba enseñándole el arte de la pelea a su hijo, Atsu.

— Baniti, cuida a Atsu— Le dijo el Rey a su consejero.

El anciano asintió y tomó a Atsu del brazo y lo llevó dentro del palacio real.

— ¿Qué está pasando, maestro?— Preguntó Atsu, con curiosidad.

—El cielo nos ha enviado un regalo indeseado, es una lástima que nos haya tocado a nosotros, pero es nuestro destino.

El Rey llegó frente a la roca que había caído del cielo y quedó atónito observando aquello. Era una especie de piedra verde, translúcida, de unos tres metros de alto. Pero la sorpresa más grande no era la enorme esmeralda, si no que era la mujer que había dentro.

— ¿Qué es esto?— Susurró el Rey, cuando recién puedo emitir algún sonido—Llamen a Baniti— ordenó a uno de los sirvientes.

A los cinco minutos, llegó Baniti, acompañado de Atsu, y quedaron también atónitos por el descubrimiento. El anciano se acercó para ver más de cerca lo que tenía al frente e intentar ver si tenía alguna característica especial la mujer que estaba dentro.

—Tiene una ropa muy extraña ésta mujer...—Dijo, hablando solo— ¿Eres del futuro?— Le preguntó, obteniendo un obvio silencio por respuesta, mientras levantaba las manos y las movía alrededor de la roca, pero sin

tocarla, como si la analizara.

— ¿Había algo más por acá?— Preguntó a todos, dándose vuelta.

—Sí— Dijo un soldado, acercándose con una caja— Este khopesh estaba enterrado en la arena hasta la mitad.

—Bueno, esto es bastante malo, Jude— dijo Baniti, mirándolo— Estos objetos están malditos, por culpa de ellos se produjo la Gran Guerra, se suponía que estaban escondidos. Se les conoce como el Filo de Seth y la Gargantilla de Nejbet.

Ese mismo día, bajo el mandato de Jude, la roca con la mujer fue puesta dentro de un antiguo templo olvidado bajo tierra, y el khopesh era custodiado por él mismo. Tiempo después, se dieron cuenta que el agua que tocaba la roca se convertía en una especie de mineral altamente combustible, y lo comenzaron a utilizar para encender sus hornos y trabajar con mayor eficiencia. Redara se había convertido en una de las economías más pujantes del lugar gracias al meteorito, que estaba en boca de todos y se había convertido en algo codiciado por las otras naciones.

Atsu y Baniti habían ido a entrenar a una laguna, la única fuente de agua cercana, cuando ocurrió la invasión por parte de una de las naciones del planeta que se veía por el horizonte, Etnest, y les fue bastante fácil. Luego de sentir muchos ruidos provenientes de la ciudad, volvieron corriendo para ver qué ocurría y se encontraron con una escena horrible. Aldeanos asesinados y casas destruidas, para terminar con la escena donde Darren Marshall, el líder de los invasores, asesinaba al Rey Jude sin ninguna contemplación. Baniti afirmaba a Atsu, quién, llorando, solo pensaba en vengar a su padre, mientras veía como Darren le robaba el khopesh y luego le pegaba una patada al cadáver.

El asesino se dio cuenta de las dos personas que lo estaban observando, y mientras se acercaba a ellos, Atsu logró soltarse y corrió para encontrarse de frente con él. Darren, con movimiento rápido del khopesh, le dio un golpe con la parte trasera, robándole los recuerdos, por medio de la gema azul. Guardó la espada, tomó a Atsu desmayado con ambos brazos y lo lanzó los aires, estrellándolo contra una casa cercana casi en ruinas que sucumbió ante el impacto, sepultándolo entre los escombros.

~

— ¡DARREN MARSHALL!— Exclamó Atsu, un instante antes de que apareciera el tren por la compuerta, a una distancia muy corta de su cabeza, y se detuviera justo detrás de él.

Aprovechando ese momento de confusión, Atsu golpeó a Darren en el estómago, torció su brazo y le quitó el Filo de Seth. Los guardias reaccionaron y comenzaron a dispararle, dándole en el brazo en el mismo momento que Atsu estaba blandiendo el arma para cortarle la cabeza, pero debido al impacto, se desvió cortándole el antebrazo derecho.

Mientras Darren gritaba de dolor en el suelo, Atsu saltó por sobre el tren, y se escondió detrás para evitar los impactos de balas. Luego de unos segundos que parecieron eternos, el tren comenzó a moverse, y Atsu vio su oportunidad. Cortó los grilletes con el khopesh, quitó un extintor que estaba en el costado del tren y encontró un compartimento donde podía meterse sin problemas. El tren comenzó a avanzar y Atsu logró salir de aquel edificio infernal, seguido por los guardias que lo miraban sin poder creer cómo se había escapado, y encendían alarmas para llamar refuerzos.

Mientras iba en el tren, se sintió aliviado, como si se hubiera librado para siempre de aquel lugar, pero cuando abrió los ojos y vio su aldea, notó la gente llevando una vida miserable por culpa de la codicia de Darren, personas tristes, con harapos y casas en ruinas. Y luego de una mirada al lugar del que acababa de salir, realizó una promesa, justo antes de cruzar la gigantesca muralla que cercaba el lugar.

—Aunque en este momento esté huyendo, lo hago para volver preparado a enfrentar a Darren y salvar a mi pueblo, mi propia sangre.

Capítulo 3

EL GATO DE TINTA

Leon Clayton era un investigador privado de Manhattan. Nunca fue muy exitoso, pero siempre tenía algún trabajo que le permitía seguir con su vida y mantener la oficina donde pasaba la mayor parte del tiempo. Estaba en un edificio, en el tercer piso y se hacía algo pequeña por la cantidad de gavetas con ficheros de sus casos, unas sillas y el escritorio. Sobre éste, había una máquina de escribir, una gran cantidad de papeles, un teléfono y una foto donde salía Leon con una mujer, pero que había sido quemada en múltiples ocasiones por cigarrillos. También había restos de comida, y algunos cambios de ropa, ya que era muy común para él dormir ahí. Su apariencia era como la que te puedes imaginar de un detective: gabardina, borsalino, barba descuidada de unos cuantos días y cigarrillo.

Esa noche se sentía inquieto, el caso que llevaba se estaba tornando demasiado complejo y sentía que se estaba metiendo en la boca de un lobo. Miraba el metro por la ventana de su oficina, a través de la persiana, mientras bebía un trago de bourbon, como si esperara ver al sospechoso de su caso bajando de un vagón. Uno de los hombres más ricos de la zona le había encargado la tarea de encontrar a su hija perdida y cada vez que sentía que podría girar en la esquina de la calle y encontrarla, todo se hacía humo y volvía al principio, como si no tuviera nada. Ya no sabía si era un secuestro, un asesinato o si ella se escapó por voluntad propia, pero por alguna razón las pistas lo guiaban a lugares cada vez más peligrosos y ya no estaba seguro si su Colt sería suficiente para asegurar su supervivencia.

Uno de los sospechosos tendría una transacción en treinta minutos más en el puerto y Leon quería estar presente para saludar a los mafiosos de turno. Preparó su revólver y las balas, guardó los cigarrillos junto con el encendedor en el bolsillo interior de su gabardina, terminó otro trago de bourbon y se encaminó, luego de cerrar la puerta de su despacho con cinco cerraduras y un candado. Había gente que encontraba muy exagerado tener tal cantidad de cerraduras, pero la experiencia le había enseñado que cuando uno se mete con criminales o gente de dudosa moral, era mejor estar precavido y resguardar los datos, lo más preciado para su trabajo, bajo la mayor cantidad de llaves.

El cielo esa noche y como varias noches, era de un color anaranjado, debido a la proyección de la luz de la ciudad sobre las nubes que cubrían el cielo. Hacía frío, pero no le daba importancia, a pesar del vapor que expelía de su boca, ya que su mente la ocupaba en cosas más

importantes, como pensar en alguna teoría de asesinato de la mujer que buscaba, o la descabellada posibilidad de que hubiera sido raptada por aliens.

Cuando llegó al puerto, se dio cuenta que todo había sido una pérdida de tiempo, al notar que estaba completamente vacío a excepción de unos cuantos gatos que eran habituales en el lugar, debido a que la gente solía abandonarlos ahí, pensando en que podrían ser alimentados con los productos del mar o cazar ratones en los barcos.

"Tal vez estén del otro lado de la muralla" pensó Leon, mientras se acercaba al borde. Era una especie de pasillo con un suelo de concreto, cerrado por rejas sobre una pequeña muralla, pero la del fondo había sido destruida, tal vez por la gente o por algún fenómeno natural. Detrás de esa muralla, había una pequeña playa con rocas, muy contaminada por las personas de la ciudad que acostumbraba a botar cosas allí, incluyendo a la gente que llegaba en los barcos. A pesar de ser un lugar propicio para gente de baja calaña, no encontró a las personas que buscaba y no pudo hacer más que suspirar por haber hecho caso de una pista que le dieron esa misma tarde por teléfono.

Se sentó en el borde de la muralla desesperanzado, sacó uno de sus cigarrillos, lo encendió y observó un rato el mar que rugía frente a él y le daba un poco de miedo pensar que de pronto se pondría tan fuerte que se lo podría llevar. Cuando estaba en la mitad del segundo cigarrillo, se dio cuenta que había un gato en la playa, parado sobre una roca que el mar golpeaba de vez en cuando, pero cada vez más frecuentemente. El gato tenía manchas de pintura por todo su pelaje, como si hubieran caído tarros de múltiples colores cerca de él y lo hubieran salpicado, y nadie se hubiera preocupado de limpiarlo. Le inquietó también el hecho de que alguien pudiera haber abandonado al gato, pero más aún el hecho de que probablemente lo intentaron tirar al agua para que muriera ahogado.

Sin pensarlo mucho, Leon bajó de un salto a la playa, caminó entre la basura, llegó al frente de la roca, tomó al gato, lo puso en sus hombros, se devolvió y escaló de vuelta a la superficie de asfalto. Se sentó en el borde de la muralla y miró al gato. Entremedio de todas las manchas de colores, tenía el pelaje intercalado gris y gris más oscuro, y una mancha blanca en el pecho. Un gato bastante común, sin lugar a dudas.

—Eres bastante tranquilo, amigo— Le dijo Leon, mientras miraba al gato a la cara— ¿Será que tienes hambre?

Sacó un brazo por dentro de la gabardina, se apoyó al gato entre el regazo y el brazo, y comenzó a caminar en dirección a su departamento. En realidad, no era un departamento propiamente tal, sino que era una habitación con una ventana diminuta que rentaba para ir a dormir de vez

en cuando y guardar sus cosas.

Necesitaba ropa limpia para cambiarse y alguna prenda que ya no usara, para limpiar al gato. Cuando obtuvo todo lo que necesitaba, tomó al gato con la misma mano y con la otra tomó la ropa, en vez del cigarrillo habitual. Camino a su oficina pasó por un restaurant de comida china que se había puesto recientemente y encargó fideos para llevar. Le pareció curioso que siendo comida china, lo atendiera un judío, pero no hizo caso más allá, debido al hecho de que en esa zona vivían muchos inmigrantes. Luego de recibir su comida, se fue pensando en el caso y llegó sin darse cuenta a su oficina.

En una esquina, puso un cojín y un chaleco viejo que sacó de su casa, y puso al gato encima, para que descansara y pensó en limpiarlo al día siguiente. El gato, que lucía cansado y desanimado, se acostó lentamente. Leon se sentó y comenzó a hojear diarios para intentar encontrar alguna pista de su caso, mientras comía sus fideos chinos, hasta que finalmente se quedó dormido sobre las hojas, frustrado por no encontrar nada relevante.

A la mañana siguiente, despertó con las letras del diario marcadas en su mejilla y los restos de los fideos esparcidos por el suelo, debido a que le había pegado un manotazo al envase mientras dormía. Se levantó un poco confundido, fue a un baño inmundo que era de uso público en el edificio, y salió a comprar una botella de leche, luego de que recordó que había un gato en su oficina. Cuando llegó, el gato estaba durmiendo aún, pero despertó cuando Leon comenzó a hablarle. Le inquietaban los ojos del gato mientras lo miraba, porque parecía demasiado humanos y su color era muy similar a los ojos de alguien que no podía recordar. Buscó un plato, lo llenó de leche, levantó al gato de la cama improvisada y lo puso al frente de la leche. El gato la miró por medio minuto y comenzó a beber silenciosamente. En ese momento, Leon se dio cuenta de algo que lo sorprendió: el gato estaba completamente limpio.

—Vaya, te limpiaste muy bien…— Dijo Leon, atónito— Era mucha pintura… ¿cómo lo hiciste?— Preguntó mientras lo acariciaba, mirando alrededor, esperando encontrar restos de pintura seca, pero sin éxito.

De pronto, el gato lo quedó mirando, y Leon lo miró de vuelta. Estuvieron así por otro medio minuto hasta que recordó que tenía que seguir con su trabajo y volvió a sentarse en su escritorio.

A la hora de almuerzo, luego de haber ido a comprar otra ración de fideos al restaurant chino, apareció la contadora del edificio para cobrarle el arriendo y luego de hablar sobre lo sucio que tenía el lugar le preguntó por qué tenía un gato si en ese lugar no estaban permitidas las mascotas.

—Es por ahora, señora— Le respondió Leon, esperando que se fuera pronto— Lo encontré abandonado y no tenía dónde dejarlo.

—Bueno, le aguanto porque me gustan los gatos— dijo la contadora, mientras le acariciaba la cabeza al gato, que de pronto se comenzó a teñir de un color dorado, como si un frasco de tinta se hubiera caído sobre él.

— ¿Pero qué…?

Ambos estaban tan sorprendidos que apenas podían hablar. La mujer volvió a acariciar al gato, esta vez por el lomo, y nuevamente el pelaje se tornó dorado.

Leon, queriendo intentarlo, pasó su mano por sobre el gato, pero nada sucedió.

— ¿Eh? ¿Por qué no resulta conmigo?— Dijo mientras acariciaba con fuerza al gato.

—No deberías hacerlo tan fuerte, lo vas a molestar— Dijo la mujer, deteniendo a Leon.

—Bueno, es mi gato— Respondió él.

— ¡Podemos hacernos ricos!— Exclamó la mujer, mientras acariciaba al gato por todo el lomo.

—En realidad no, porque es mi gato, y por favor, retírese, tengo que seguir con mis investigaciones— Insistió Leon, levantando a la mujer y conduciéndola a la salida.

—Eh… Bueno… Yo…

—Venga el próximo mes, como de costumbre, adiós— Dijo, mientras cerraba la puerta.

Tomó al gato, que ya no tenía ningún pelo dorado y lo puso sobre el escritorio para estudiarlo.

Lo acarició con las manos, la cara, con guantes, con un pedazo de género y con el envase de los fideos, pero nada ocurrió. Frustrado, lo puso sobre un montón de diarios y de inmediato, como si fueran fuegos artificiales, unos manchones de tinta comenzaron a aparecer por todo su cuerpo, de todos colores. Nuevamente maravillado, quitó al gato y lo puso sobre el escritorio vacío y esperó a que desaparecieran las manchas, para posteriormente, volver a ponerlo sobre los diarios, provocando la misma

reacción.

— ¿Pero por qué son tantos colores?— Preguntó Leon a sí mismo— ¿Tal vez… dependen de la noticia…?

Recortó un pedazo de diario, con un artículo sobre el Amazonas y puso al gato encima. De inmediato, desde las patas hasta el torso, se manchó de un color verde, como si entendiera el contenido del escrito.

Leon estuvo toda la tarde probando distintos tipos de textos impresos, estudiando la misteriosa habilidad del gato, hasta que se le hizo de noche. Luego de darse cuenta de la hora, recordó que el diario de ese día aún no lo tenía y pasó a buscarlo a la recepción del edificio. Lo llevó a su oficina, lo dejó sobre el escritorio, tomó su gabardina y borsalino, y salió a comprar otra ración de fideos al restaurante chino.

Cuando volvía, pasó a comprar un atún enlatado para el gato y una cerveza en un almacén que quedaba en el camino. Llegó a la oficina y encontró al gato, teñido de rojo por la mitad, sentado sobre el diario.

En un principio, pensó que algo le había pasado al gato, y que todo eso era sangre, pero pronto se dio cuenta que sólo era producto de su extraña habilidad.

Sacó otro plato, abrió la lata de atún y vació el contenido encima. Lo dejó en el suelo y puso al gato delante, quién empezó a comer de inmediato.

— ¡Ah, Estás más animado!— Dijo Leon sonriendo.

Se sentó, y comenzó a comer sus fideos, mientras miraba por la ventana los extractores eólicos de los edificios cercanos y pensaba en la habilidad del gato.

—Así que si toca un texto o una persona, a excepción de mí, se tiñe…—murmuró mientras masticaba fideos.

Cuando llevaba la mitad de su merienda, recordó el fuerte color rojo del gato, y se dio vuelta para mirar el diario y descubrir que en la portada, había un artículo sobre su principal sospechoso, una mujer dueña de una joyería, que era conocida por sus contactos con la mafia y su afición a los símbolos relacionados a la magia.

Todo cobró sentido para él en ese momento. Dejó sus fideos sin terminar, volvió a ponerse su gabardina y borsalino, cargó su fiel Colt, prendió un cigarro y salió corriendo en busca de la tan afamada joyería.

Luego de pagar un taxi y correr unas cuantas calles, llegó por fin a la fachada de la joyería “Martha Rouge” perteneciente a la mujer homónima

y principal sospechosa del caso. La puerta delantera estaba cerrada, pero se lograba percibir que había luz dentro. Golpeó pero no obtuvo respuesta y mientras estaba golpeando por segunda vez, un aullido desgarró el silencio de la noche. El grito desesperado de una mujer provenía desde dentro del lugar, y Leon, luego de recuperarse de la impresión y del escalofrío que recorrió su espalda, corrió por un callejón que estaba por el costado, para encontrar la puerta trasera siendo custodiada por dos hombres con aspecto de facinerosos.

Leon intentó pasar, como si fuera habitual para él entrar en ese lugar pero los hombres lo detuvieron de inmediato.

—Está prohibida la entrada— Le dijeron al unísono.

—Vengo a entregar una pizza, siempre me hacen esto— Respondió León.

—Sí, claro, y ¿dónde está la pizza entonces?

—Oh, tienes razón, la olvidé en mi auto. — Dijo Leon dándose la vuelta.

Caminó un paso y volvió a darse la vuelta, para quedar de frente a los custodios y con un movimiento rápido le asestó un golpe en el cuello, produciéndole un desmayo de inmediato. El segundo hombre le bloqueó el golpe y le devolvió un derechazo, que casi noqueó a Leon. Luego, sacó un cuchillo y después de varios intentos, logró hacerle un corte en el brazo, mientras Leon intentaba esquivarlo. De pronto, un nuevo grito se sintió desde la joyería.

—No podrás pasar de acá— Dijo el hombre, sonriendo, mientras movía el cuchillo.

—Ya no tengo tiempo para juegos— Replicó Leon, mientras sacaba su Colt y le daba un disparo en la pierna.

Lo empujó hacia el lado, para que le dejara espacio para entrar a la puerta, el hombre cayó al suelo, mientras gritaba de dolor y Leon disparó a la cerradura, que se abrió de inmediato. Una vez dentro, se encontró en una casa que estaba detrás de la joyería, presumiblemente, también una posesión de Martha Rouge. Caminaba con cuidado por el suelo de madera alfombrado, mientras observaba por las cerraduras de las muchas puertas que había en el pasillo en el que se encontró. En una de ellas vio luz, y asumiendo que era la joyería, tomó aire, abrió la puerta de una patada y entró apuntando con su revólver. Sin embargo, nadie se encontraba en el lugar y solo un tocadiscos al medio de la sala, que emitía una música con un volumen bajo, le daba la bienvenida. Leon se acercó a mirarlo extrañado, cuando de pronto, una patada en la espalda lo tumbó, botando

también el aparato, que se rompió al caer al suelo.

—A mi ama no le gustan los intrusos— Dijo una voz, mientras alguien le amarraba los brazos. Luego, un duro golpe en la cabeza lo dejó casi inconsciente.

Leon sentía que lo arrastraban, pero estaba tan aturdido que ya no sabía en qué lugar de la casa se encontraba. Lo único que percibía era que iba avanzando, y podía ver como las luces pasaban una tras otra y bajo sus pies, sentía como sus zapatos seguían arrastrándose por el suelo alfombrado, sin embargo, luego de unos momentos pasó a ser roca canteada.

—Encontramos a este intruso, ama— Dijo la misma voz e antes, luego de que lo sentaron en una silla.

—Ah, el detective que me investigaba, un gusto conocerlo— Dijo una voz femenina.

—Martha Rouge…— dijo Leon, intentando recuperar la consciencia.

—Hola— Respondió Martha— Despiértenlo. — Le ordenó a sus subordinados.

De pronto, un balde de agua fría le cayó encima, despertándolo de inmediato. Abrió los ojos y pudo ver que se encontraba en una especie de sótano húmedo, y frente a él, una mujer de unos cuarenta años, de pelo negro y con ropa demasiado elegante como para estar en ese lugar.

— ¿Crees en la magia?— Preguntó Martha Rouge, mientras se le acercaba.

—Por supuesto que no— Respondió Leon, sin recordar que tenía un gato de tinta en su oficina, y eso no era para nada normal.

—Qué pena— Respondió ella, mientras esbozaba una sonrisa.

En medio del lugar, detrás de Martha, estaba la hija del hombre rico, la persona que él había estado buscando todo este tiempo, amarrada y rodeada por un círculo de velas. Martha se acercó a ella mientras sacaba un extraño cuchillo repleto de escrituras de su funda y lo blandía frente al rostro de la mujer. Ella tiritaba, y sollozaba, aterrorizada por lo que esperaba que ocurriría.

—Sálvame, por favor…— Le dijo a Leon, mirándolo, cuando se dio cuenta que él estaba ahí.

En ese momento, Leon terminó de cortar la soga con una navaja que escondía en su cinturón, como precaución para ocasiones como esa. Se levantó y luego de una corta pelea, noqueó a los hombres que lo estaban vigilando, recuperó su Colt y apuntó a Martha Rouge, quién tenía el cuchillo bajo el cuello de la mujer.

—Baja el arma o la mato— Lo amenazó Martha— No deberías meterte en cosas que no comprendes, señor detective.

—Comprendo perfectamente. Solo eres una mujer loca jugando a la magia.

—Una mujer loca que toma precauciones— Respondió ella, mientras sonreía y apretaba más el cuchillo contra el cuello de la mujer— Mientras estás acá, destruí tu oficina y departamento, ya no tienes hogar… si se le podía llamar hogar a eso… Además, desde que escuchaste la música que estaba en el tocadiscos adquiriste una maldición.

— ¡Deja de hablar locuras!

—Bueno, llegó la hora de terminar esto— Dijo Martha Rouge, mientras tomaba vuelo para enterrar el cuchillo en el cuello de la mujer.

Leon, sin pensarlo demasiado, disparó su revólver, acertándole el disparo en el vientre a Martha, quien cayó de rodillas y soltó el cuchillo, para cubrir la herida con sus manos. De inmediato, Leon desamarró a la mujer y la ayudó a caminar a la salida.

—El anillo es la fuente de su poder— Le dijo de pronto la mujer a Leon, una vez que estaban en la calle.

—No creas esas cosas que hizo ella, no son verdad, la magia no existe.

—Sí que existe, ten cuidado.

—Lo tendré, llama a la policía, por favor— Respondió Leon, mientras pensaba que la mujer debía haber sufrido una impresión muy grande, y que todavía estaba impactada por lo que acaba de ocurrir.

Volvió a entrar a la casa, para asegurarse de que la criminal no fuera a escapar, y la encontró arrastrándose, intentando tomar un anillo incrustado con piedra roja, que estaba sobre una mesa.

—No te muevas— Le dijo Leon, apuntándola con el revólver y tomando el anillo— ¿Pero qué…?

De pronto se dio cuenta que sus manos ya no eran como antes: Estaban cubiertas de pelo y eras más pequeñas. Cuando las vio, comenzaron a

dolerle como nunca y le costaba sostener su arma.

—Creo que es momento de que empieces a creer en la magia— le dijo Martha Rouge, acostándose en el suelo sobre su espalda y luego rio desquiciadamente.

Leon sentía como si sus huesos iban a salir de su cuerpo y como si su piel se estuviera quemando dentro de un horno. Cayó al suelo por el dolor, y luego de un minuto, llegaron los hombres que había noqueado, le quitaron el anillo y se lo entregaron a Martha Rouge, quien se lo puso en la mano derecha, y la posó sobre la herida. Luego de unos minutos, se paró en sus pies como si nada, con una herida inexistente, como si nunca hubiera recibido un balazo.

—¿Quieres conocer tu nueva apariencia?— Le preguntó Martha, mientras tomaba un espejo y lo ponía frente a Leon, que quedó perplejo al ver que el gato de tinta que había encontrado el día anterior se estaba reflejando en el espejo.

Leon, sin creer lo que estaba viendo, comenzó a correr a la salida sin mirar atrás, y luego de unas cuantas calles, miró sus piernas y descubrió que la imagen del espejo era realidad: estaba corriendo sobre cuatro patas gatunas.

Corrió mucho, pero el cansancio no le preocupaba. Pasó por fuera de su departamento y se dio cuenta que el edificio completo estaba en llamas. Apuró el paso y llegó al edificio donde se encontraba su oficina, que afortunadamente, no había sido incendiado. Subió las escaleras, avanzó por el pasillo y encontró la puerta arrancada y tirada en el suelo. Dentro estaba todo destrozado, hojas de papel repartidas por todos lados y chorros de tinta de múltiples colores, que provenían de un punto específico. Leon caminó un poco dentro de la oficina y encontró en el centro de los rayos de tinta, bajo la ventana, al gato muerto, pero más importante aún, a sí mismo.

Entonces comprendió, que en el momento en que el gato estaba sobre el diario y estaba teñido por completo de rojo, no era para decirle que ese era el lugar al que debía ir, si no que era para avisarle que moriría si iba a ese lugar. “Necesito viajar al pasado… si pudiera hacerlo, no cometería el mismo error y lograría vivir” pensaba Leon justo antes de que Martha Rouge irrumpiera en el lugar.

—Atrapen a ese gatito— Dijo ella, con una sonrisa malévola.

Los hombres que estaban antes en la casa, pusieron una jaula sobre Leon, capturándolo de inmediato.

—Serás una interesante pieza de colección, te estoy vendiendo por varios millones, mi querido detective— Le dijo Martha, mirándolo entre los barrotes de la jaula.

Lo subieron a un vehículo y condujeron al puerto, donde había un barco que transportaría a Leon a su nuevo dueño, junto con otros animales de contrabando.

—Este es un gato muy especial, lo acomodaré yo misma— Le dijo Martha al capitán del barco.

—Como usted desee, Madame Rouge— Respondió él.

Ella subió, junto con uno de los hombres que transportaba a Leon, y lo dejaron sobre una caja, por mientras buscaban un lugar adecuado.

—Encontramos un lugar especial para ti— Le dijo Martha a Leon, mientras ponía la mano sobre su jaula.

Ahí, Leon vio su oportunidad: el dedo en el que ella usaba el anillo estaba medio adentro así que haciendo caso por fin en ese momento acerca de las advertencias del anillo, se lanzó a morderle el dedo, mientras que en su mente pensaba "necesito volver un día al pasado" una y otra vez.

Martha gritó y quitó la mano, botando la jaula, que se abrió al caer al suelo y dejó libre a Leon. Corrió lo más fuerte que pudo al borde del barco y se lanzó al agua. Nunca aprendió a nadar siendo humano, y menos lo iba a poder hacer siendo gato, sin embargo, prefería tomar el riesgo. Las mismas olas del mar lo arrastraron a una roca, y una vez arriba, miró atrás para ver dónde estaba Martha Rouge y calcular cuánto tiempo le quedaba para que lo alcanzaran, pero tanto el barco como ella habían desaparecido completamente.

De pronto, un hombre con gabardina, borsalino y cigarrillo, saltó una muralla pequeña que había al frente, para caer en la playa, se acercó a Leon y lo tomó entre sus brazos, lo puso en sus hombros y lo llevó junto a él. Una vez que subió una muralla se sentó y lo miró.

—Eres bastante tranquilo, amigo— dijo el hombre.

Capítulo 4

CARRUAJES DE SOMBRAS

—¡Tengo hambre!— gritó Elina, mientras comenzaba a cruzar la calle.

—¡Cuidado!— Dijo Noa, deteniéndola— Tienes que mirar que no vengan carruajes, te pueden atropellar o botar y quedar toda embarrada.

—Nuestra ropa tiene suficiente barro como para preocuparse por un poquito extra— replicó Elina, poniendo una expresión de que iba a hacer un berrinche.

—Por cierto, todos tenemos hambre, Elina— Le dijo Baniti que había estado observando en silencio.

—Hoy en la mañana escuché que en la catedral dan comida en las noches a la gente que no tiene— Dijo Dana.

—Y nosotros no tenemos… Deberíamos ir— Dijo Elina sonriendo, mientras todos asentían.

Desistieron de cruzar esa calle, giraron en 90° y siguieron por esa calle hacia abajo, en dirección a la catedral, mientras observaban las tiendas repletas de comida que apenas podía pagar la mayoría de la gente en esa ciudad. Tiendas de muebles finísimos, de exquisitas formas, se encontraban al doblar a la izquierda de la calle por la que iban, y en la siguiente, tiendas de perfumes, de exquisitos olores. Por si fuera poco, una calle antes de la catedral, estaba repleta de productos muy variados, desde ropa y atuendos completos, hasta animales importados desde exóticos lugares, pasando por comida, armas, medicinas, tónicos para recuperar el cabello, barberías (para cortar el cabello producido por el tónico), y otros artilugios que la aristocracia gustaba de observar y maravillarse con lo loco que eran las personas al otro lado del mundo, de donde supuestamente traían esas cosas.

Elina, Noa, Baniti y Dana llegaron a la catedral, pero, al encontrarla completamente cerrada, decidieron esperar a que eventualmente abrieran, mientras se sentaban bajo la cornisa de una casa, para evitar las gotas que habían comenzado a caer.

—Odio esta ciudad— Dijo Elina y nadie respondió, pero todos sentían lo mismo y ellos sabían que era así.

Ellos eran un grupo bastante curioso. Elina era una niña de nueve años, delgada (cualquier persona sería delgada si apenas comiera por mucho tiempo) de tez pálida y con el cabello rubio. Lucía muy similar a Noa, de hecho, la gente pensaba que eran hermanos cuando los veía, pero ellos no eran tal cosa, incluso, no fueron los primeros en conocerse. Noa, sin embargo, tenía trece años y su pelo era más ondulado y largo. Baniti, en cambio, era un chico de estatura baja, de piel morena, de ocho años, pero increíblemente inteligente. Dana, por último, de diez años, tenía casi la estatura de Noa, con el pelo castaño y su piel blanca, pero levemente tostada.

—Hace mucho frío— dijo Baniti, mirando a Noa.

—Está bien…— Dijo Noa, mientras sacaba una manta de un pequeño bolso, y luego de que todos se apretujaron, puso la manta encima para que todos se abrigaran. Mientras, en sus mentes, recordaban una y otra vez lo que había sido su vida. Como si la vida actual de ellos no fuera lo suficientemente tormentosa, los recuerdos permanecían vivos para hacerla peor.

Noa llegó en un barco, junto con sus padres, al parecer huyendo de algún país que apenas recordaba, a otro país del que ni siquiera le importaba el nombre. Sus padres, buscando la oportunidad para trabajar en algún país que tuviera mejores condiciones, tomaron una decisión que finalmente fue para peor. Su padre murió en un accidente en la construcción de un barco, en un lugar con pésimas condiciones de trabajo, donde falleció luego de que un mástil le cayera encima. Su madre, presa de la desesperación al no saber qué haría para mantener los pedazos de su familia, ya que apenas ganaba algo de dinero con su oficio de costura, comenzó a caer en el vicio del alcohol, gastando las pocas monedas que lograba conseguir. Noa decidió dejar la casa, luego de que su madre no llegara al hogar por 3 días. Tomó un bolso que pertenecía a su padre, metió una navaja, una manta, unas velas, lo que quedaba de comida y partió.

Elina por el contrario, era hija de aristócratas, quienes ni siquiera la buscaron cuando ella decidió dejar la casa, luego de que su madre tuviera un segundo esposo, que la trataba, en un principio, con sumo desdén, hasta que un día comenzó a castigarla, golpeándola tan fuerte que le hizo perder dos dientes. Le produjo una gran cantidad de moretones y un corte en la espalda cuando la lanzó contra una ventana. Su madre, no hizo más que darle el favor a su esposo cuando Elina le contaba entre llantos lo que había ocurrido. A la semana siguiente, cuando por fin pudo caminar, se puso su ropa de viaje, tomó una manzana, una manta y salió de su casa cuando su madre y el hombre fueron a comer a algún restaurant.

Baniti, cuyo nombre fue puesto por él mismo, recordaba haber vivido en el orfanato desde que tenía memoria. Decían que sus padres lo habían

abandonado allí y que también habrían venido en un barco, desde lugares recónditos, como la India o Egipto, lugares que veía en libros y que parecían estar tan lejos que pensaba que nunca podría ir. Baniti era un chico muy inteligente, a su corta edad ya había leído gran cantidad de libros, y llenaba hojas con ideas de máquinas, o diagramas de cosas que para los demás eran inteligibles. Las hojas y libros no eran muchos, ya que un niño en un orfanato, por supuesto, no tenía muchos lugares de donde sacarlos, pero él siempre se esforzaba encontrar lo que buscaba. Como en todos los lugares, la inteligencia era discriminada, y él sufría las burlas y abusos de sus compañeros de orfanato, que veían en él potencial de saco de arena para golpear. Él ya se había resignado a que siempre habría alguien que lo reprimiría, hasta que llegó una niña al orfanato que se interpuso, salvándolo de muchas golpizas.

Dana llegó al orfanato una tarde en que un tornado pasó por esa ciudad. Por esa razón, entre los niños produjo una sensación de miedo, ya que pensaban que ella había llegado sobre el tornado, como si fuera un demonio o algo así, rumor que ella se preocupó de mantener para que le temieran. La verdad es que su llegada era mucho más simple, al igual que Elina, sus padres eran unos despreciables y egoístas aristócratas, que estaban demasiado ocupados eligiendo perfumes y productos exóticos (como manos de mono, colas de conejo o tónicos para hacer crecer el cabello) como para preocuparse por su hija. Dana se hizo amiga de Baniti de inmediato cuando llegó al orfanato, Siempre conversaban hasta tarde sobre mundos fantásticos o si era plausible la existencia de la magia.

Una tarde fría de otoño, como era habitual en ese lugar, al ir a pasear un rato por la manzana, se encontraron con Elina, que intentaba robar un pan en una panadería que estaba un poco más lejos de su trayecto habitual. Se quedaron observando y debatiendo internamente sobre ir a detenerla, por el hecho de que robar era un crimen y un pecado, si es que se ve por el lado religioso. Cuando Dana se decidió por ir, un chico entró a la tienda, detuvo la mano de Elina y la sacó de la tienda.

—i¿Quien eres tú?!— Exclamó Elina, mirando con enojo al chico.

—Mi nombre es Noa, y te detuve porque me parece terrible que una chica aristócrata intente robar en una tienda pobre… ¿acaso tus padres no te dan la suficiente comida… o educación?— Replicó el chico, mientras Dana y Baniti observaban lo que ocurría.

—Ya no pertenezco a mi familia y no te tengo que dar explicaciones a ti, no te conozco— Rebatió Elina, mientras sacaba un trozo de pan de un bolsillo y comía un poco.

Noa, sorprendido, intentó tomarle el brazo para quitarle el pan, pero Elina lo esquivó, lo empujó y corrió, alejándose de ellos. Dana y Baniti ayudaron a levantarse a Noa que había caído al suelo, ensuciando una

camisa blanca que él intentaba mantener limpia.

—Muchas gracias— Les dijo Noa, sacudiéndose un poco— Qué chica más maleducada, ¿La vieron?

—Sí, la vimos…— Respondió Dana— ¿Estás bien?

—Eh, sí… Me presento, mi nombre es Noa.

—Yo soy Dana y él es Baniti.

—Un gusto, ¿Viven en la calle también?

—No, somos del orfanato… ¿tú vives en la calle?

—Sí, o al menos lo intento, llevo 4 días apenas.

—¿Es difícil?— Preguntó Dana mientras comenzaban a caminar en dirección al orfanato.

—Por supuesto, aunque lo más difícil es conseguir el dinero para la comida, pero me las arreglo de una forma u otra.

—¡Qué interesante!— Dijo de pronto Baniti, que parecía estar emocionado con el hecho de vivir en la calle, por cuenta propia— ¿Puedo vivir contigo?

—¿Y por qué quieres vivir conmigo y dejar el orfanato?

—Odio el orfanato y a mis compañeros... Si no fuera por Dana tal vez estaría muerto… Dana, vivamos con Noa, por favor.

—Noa ni siquiera ha dicho que sí.

—Ni siquiera he dicho que sí— dijo Noa, al mismo tiempo.

—¡Por favor!— Dijo Baniti, cuando estuvieron al frente del orfanato.

—Los esperaré cinco minutos, si quieren venir, traigan lo necesario. Cinco minutos, nada más— Dijo Noa, y luego cruzó la calle y se sentó al frente.

Baniti y Dana entraron al orfanato y se dirigieron a sus habitaciones (que eran salones grandes repletos de camas que compartían con los demás niños), donde tenían sus pertenencias, que eran dos cambios de ropa y una manta que usaban para dormir en las noches. Baniti, que estaba tremendamente emocionado, ya que por fin saldría de ese lugar y podría conocer el mundo, tenía también un montón de hojas de sus dibujos y un libro. Salieron casi al mismo tiempo para encontrar a Noa a punto de irse.

Los tres sonrieron y comenzaron a correr para alejarse de aquel lugar.

Esa noche tuvieron algo de suerte: Llegaron a las afueras del teatro de la ciudad, donde se estaba llevando a cabo algún espectáculo y muchas personas con dinero entraban y salían, y les daban unas monedas como un acto de caridad para expiar sus almas de pecados.

Luego de haber recolectado una buena cantidad de monedas, caminaron en dirección a alguna tienda donde comprarían pan o frutas. Pronto encontraron un pequeño almacén, donde compraron lo que necesitaban para comer ese día y les sobraron unas cuantas monedas como para la mitad del día siguiente.

En la calle de al frente, había un callejón donde vieron a Elina sentada sobre una caja de madera, mirando el suelo, aparentemente con mucho frío. Noa frunció el ceño entró a la tienda y volvió con un pedazo extra de pan, cruzaron la calle, entraron al callejón y se pararon frente a Elina.

—Toma— Le dijo Noa, tendiéndole el pedazo de pan.

—¿Ustedes? No quiero nada de ustedes— Respondió con enojo, mientras tomaba el pedazo de pan.

—Si no necesitas nada, ¿Por qué tomas el pan?— Replicó Noa.

—Cállate— Dijo, comiendo un pedazo.

A partir de ese momento, estuvieron juntos, ayudándose entre ellos a sobrevivir en aquella fría y egoísta ciudad, donde la gente se preocupaba únicamente de ellos mismos y no les importaba ni un ápice que hubiera gente que estaba por morir de hambre, abandonadas en las calles. Se convirtieron en una familia y se preocupaban por el bien común. Incluso, a modo de sellar la amistad, juntaron las cuatro mantas que traían, consiguieron hilo y agujas y las cosieron juntas, para hacer una gran manta que los abrigaría a todos y los mantendría unidos.

Y así estaban esa tarde, sentados todos juntos, bajo la manta, esperando que abriera la catedral que supuestamente repartía comida en las noches, pero que ese día, las puertas gigantescas parecían que no se abrirían nunca, y así fue.

Desde temprano habían intentado pedir dinero, trabajar o sacar unas monedas de una pileta, como lo habían hecho hasta ese momento los días anteriores, pero nada dio resultado, hasta parecía que el destino se había esforzado en oponerse a ellos ese día.

—La catedral ya no abrirá, algo debe haber ocurrido— Dijo Noa,

rompiendo el silencio.

—Tenemos que comer, muero de hambre, no como desde ayer— Murmuró Baniti.

—Pero ¿de dónde sacaremos la comida?— Preguntó Dana.

—Saquemos un pan de la panadería donde nos conocimos, es fácil hacerlo ahí— Sugirió Elina.

—No, tú sabes que no me gusta robar— Contestó con enojo Noa.

—¿Tienes otra opción, genio?— Replicó Elina.

—Tal vez… podríamos…— Balbuceó Noa mirando al suelo.

—Noa, no tenemos más opciones, ya tratamos todo.

Noa suspiró y prosiguió:

—Está bien… inténtalo, pero solo por hoy.

Se levantaron, Noa guardó la manta en su bolso y se dirigieron a la panadería donde alguna vez sus caminos se encontraron por el azar, mientras huían de sus antiguas vidas.

Luego de caminar por una hora, llegaron a aquella panadería. Se veía que el dueño estaba haciendo algo dentro, porque tenía luces encendidas y la puerta estaba junta pero con el cartel de cerrado. Los locales de los alrededores estaban cerrados también, pero en ninguno se veía luz.

—¡Vamos!— Susurró Elina a los demás, mientras caminaba de puntillas para no hacer ruido.

Se agacharon por debajo de la ventana, cerca la puerta y Elina, que estaba más cerca, se asomó para ver dentro del local.

—No está el panadero, al parecer salió por la puerta trasera…— Susurró Elina, mirando a los demás.

—Hagámoslo rápido entonces— dijo Dana.

Los cuatro se levantaron un poco y de puntillas, entraron a la tienda, donde encontraron los estantes vacíos, pero varios cajones con panes, donde los guardaban en la noche.

Elina tomó cuatro grandes panes, le entregó uno a cada uno, cuando de

pronto una voz se sintió a sus espaldas.

—¿Qué están haciendo chicos?

Un escalofrío recorrió de inmediato sus espaldas, como si un balde de agua con hielo les hubiera caído encima. Se dieron vuelta y vieron la figura de un hombre corpulento con un delantal blanco y una escoba en la mano, parado en el marco de la puerta, observándolos.

—Eh… nosotros…— Balbuceó Elina.

Ella se sentía pésimo. En realidad todos se sentían mal. Elina tenía un sentimiento de culpa tremenda y miedo por lo que podría ocurrir. Noa se sentía culpa por haber aceptado ir a robar a algún lugar. Dana y Baniti, que se habían tomado de la mano, estaban tan aterrados que no pensaban en nada más.

De pronto el hombre comenzó a reír. No sabían si era bueno o terriblemente malo ese hecho, pero cuando terminó, les dijo algo que los sorprendió aún más.

—Chicos, solo me los hubieran pedido— Les dijo el hombre, sonriendo, mientras dejaba la escoba apoyada en la muralla— ¿Tienen hambre, cierto?

—Nosotros… Sí…— Respondió Elina en voz baja, insegura de cómo debía reaccionar a lo que estaba sucediendo.

—Vengan, les daré comida— Les dijo el hombre, mientras cerraba la puerta.

El hombre tomó un candelabro, encendió las velas y los guió a una habitación contigua donde había una modesta mesa y unas cuantas sillas maltrechas.

—Siéntense, les traeré comida, espérenme un momento— Les dijo, mientras, sonriendo paternalmente, dejaba la habitación.

Elina, Noa, Dana y Baniti se sentaron frente a la pequeña mesa, un poco descolocados por lo que acababa de ocurrir, pero con una sensación de calidez al darse cuenta que en esa fría y egoísta ciudad, al parecer habían personas que se esforzaban por volverla un poco más humana.

Mientras esperaban, observaban a su alrededor y se preguntaban si así sería tener un hogar. Llegar todos los días a sentarse en frente una mesa, en una casa sencilla pero acogedora.

El hombre llegó al rato con cuatro platos de pastel de carne, que expelía un olor exquisito que hizo rugir de inmediato cada uno de sus estómagos. Además traía tenedores, vasos y un jarro con agua, sobre un pequeño carro.

—Coman abundantemente— Les dijo luego de poner los platos, tenedores, vasos y el jarro frente a ellos— Si quieren más, pueden pedirme, yo estaré haciendo aseo afuera.

Apenas salió el hombre de la habitación, se miraron entre ellos, miraron su plato y al segundo siguiente, habían tomado el tenedor y comenzado a comer desesperadamente. Comían y bebían como si no lo hubieran hecho en mucho tiempo. Oh, pero qué digo, no lo habían hecho.

—Tengo sueño— Dijo de pronto Baniti, sin disminuir la marcha.

—Yo también tengo un poco de sueño— Dijo Elina, luego de beber un largo sorbo de agua.

—¿De qué están hablando?— Dijo Noa, que hasta ese momento sólo sentía la satisfacción de tener algo de alimento en su estómago.

—Eh… Yo también…— Dijo Dana, quién había dejado de comer. Y mientras la observaban, de pronto su cabeza chocó contra el plato.

—¡Dana!— Gritó Noa, intentando pararse y dándose cuenta que le era imposible, sus piernas no respondían— ¿Qué…?

—Uh…— Baniti emitió un sonido mientras caía hacia la derecha y se golpeaba contra el suelo.

—Ba…— Balbuceó Noa, mientras comenzaba a sentir un profundo sueño que evitaba con todas sus fuerzas— Elina…— Dijo con todas sus fuerzas, que fuera de sus labios fue nada más que un susurro, mientras intentaba enfocar sus ojos en la figura de lo que se suponía que era Elina. Lanzó el plato al suelo, intentando moverse, y cuando no pudo más apoyó su cabeza en la mesa mientras, antes de cerrar los ojos por completo, notaba que el hombre estaba observándolos desde afuera de la habitación.

Baniti de pronto despertó. Tenía frío y no entendía nada. No sabía si estaba la luz apagada o no podía abrir los ojos, pero la oscuridad era tal que no podía ver nada.

—¿Hola…?

—¿Baniti?— Dijo la voz de Noa— ¿Estás bien?

—¿Chicos?— Susurró la voz de Dana.

—¿Dónde estamos… qué ocurre?—Gritó la voz de Elina.

—Ah, dios mío, mis brazos…— Susurró la voz de Dana, profundamente aterrada.

—¿Qué tienen tus brazos?— Gritó Noa, asustado.

—No los siento, no sé si tenga aún…— Respondió Dana embargada por un profundo miedo.

—Tranquila Dana, solo tenemos que salir de estas jaulas— Dijo Noa, intentando darle seguridad a Dana, aunque él no la tuviera— Todo estará bien.

—Chicos… ¿qué es ese sonido…?— Dijo la voz de Elina, impregnada de miedo, algo que nunca habían escuchado los demás de la segura personalidad de ella.

Hasta ese momento no se habían dado cuenta, pero el tenebroso sonido de un metal arrastrándose por algo con textura rugosa, se escuchaba a lo lejos, pausadamente, con ritmo, como si fuera una marcha macabra.

De pronto, una tenue luz se encendió a lo lejos, como si hubieran abierto una puerta, mientras los pasos de un hombre comenzaban a retumbar por el lugar, cada vez más cerca. Los chicos habían dejado de emitir sonidos, embargados por un terror que nunca habían sentido antes. Sólo se escuchaba el tintineo de sus jaulas mientras tiritaban descontroladamente.

En éste punto, como narrador, prefiero no continuar. Las cosas que vivieron, luego de encontrarse con aquel sicópata fueron tan terribles, que describirlas no sería más que extender la agonía, antes de la muerte de cuatro niños que no buscaban más que un lugar al que pertenecer.

Capítulo 5

LA PUERTA EN LOS SUEÑOS

De pronto, Jinn se encontró en un puerto desierto, frente a una garita. El lugar era todo de cemento, sin rejas, rocas grandes ni embarcaciones, solo se escuchaba el profundo rugido del mar, que se prolongaba imponentemente hasta el horizonte.

Se acercó a la garita, y luego de tocar a la puerta, la abrió sin más, encontrándola sin llave. Dentro, era una especie de departamento, que se veía más grande por dentro que por fuera, donde había unos estantes, una mesa con un computador encima, un ropero y una cama, sobre la cual, rodeada por libros y cuadernos, se encontraba una chica que le había gustado hace unos años, llamada Helena. Estaba mirando a la ventana, con una expresión de tristeza y añoranza, y parecía no haberse dado cuenta de la persona que acababa de entrar.

— ¿Hola?— Dijo Jinn acercándose, pero ella no reaccionó— Es un extraño lugar para vivir…

Afuera, el mar comenzaba a tornarse cada vez más violento y el viento comenzaba a golpear con furia la ventana a medida que él se acercaba a ella. Se sentó en el borde de la cama, mientras miraba el mar que parecía amenazarlo con que no se acercara y luego a ella, y no lograba entender por qué miraba tan concentrada el mar sin darse cuenta que alguien había entrado.

—Creo que deberíamos irnos de acá— Le dijo Jinn cuando una ola reventó con furia sobre el puerto, a dos metros de la pequeña habitación donde se encontraban— Oye…

Él comenzó a acercar su mano para tomarla del brazo al mismo tiempo que miraba de reojo el mar que comenzaba a acercarse cada vez más, reventando sus olas cada vez más arriba, incluso, llegando a alcanzar la ventana, hasta que cuando la tocó y la intenta mover, el agua rompió el vidrio y comenzó a inundar todo el lugar.

Ropa, libros, cuadernos, adornos, peluches, notas, hojas escritas, e incluso recuerdos que le había dado él cuando estuvieron juntos, comenzaron a ser destruidos por el agua, que comenzaba a llegarle por las rodillas y parecía querer llevarlo a él también.

Jinn se separó de ella, y corrió lo más rápido que pudo a la puerta, la abrió y miró atrás notando que ella había cambiado de posición: estaba

mirando hacia arriba, tapándose parcialmente la cara, dejando ver sus ojos llenos de lágrimas. Cuando el mar volvió a pegarle un tirón al pie, atravesó la puerta y despertó.

No sabía muy bien donde estaba, pero tenía el recuerdo de que debía dormir y soñar lo que más pudiera. Había perdido el conteo de cuántos sueños había tenido, pero a pesar de haber dormido tanto, seguía teniendo sueño.

—Debo encontrar el sueño adecuado…— Pensó mientras se daba la vuelta, como intentado repetir unas palabras que creía haber escuchado.

Se encontró caminando por las calles de una ciudad que no recordaba, pero sentía que conocía, y le parecía muy familiar en ese momento.

Luego de caminar un tiempo que le pareció infinito y al mismo tiempo efímero, llegó a un estacionamiento muy grande, con forma triangular, después del cual había un galpón donde hacían una feria. Cruzó el estacionamiento, entró al galpón y recorrió cada pasillo, encontrando productos que alguna vez vio cuando estaba vivo y otros que parecían ser sacados de la imaginación más recóndita. Habían tiendas con botellas de muchas formas y colores, juguetes de madera, juguetes de plástico, videojuegos, ropa, calcetines, peluches, esculturas, libros, y luego de pasar por un arco, se encontraban puestos de comida preparada, frutas, verduras, carnes, semillas, condimentos, huevos, etcétera.

Se detuvo después de un rato de dar varias vueltas por el lugar, en uno de los puestos de videojuegos al notar que vendían un juego que tanto había estado buscando.

—Hola, amigo, ¿buscas algún juego?— Le preguntó un hombre gordo que atendía.

—Hola, sí, quería éste— Dijo indicándolo con el dedo en la vitrina— pero da lo mismo, es un sueño, no despertaré con él.

—Sí, es una pena, pero llévatelo igual— Respondió el hombre, sacando una copia de un estante y entregándoselo— Es un regalo.

—Vaya… gracias— Respondió Jinn un poco extrañado.

Puso el juego en su bolsillo y se fue en dirección a la feria de comida. Estaba viendo las gallinas que ponían huevos y los vendían ahí mismo, cuando recordó que a esa hora se juntaría con su abuelo para ayudar a reparar el techo de su casa. Comenzó a correr por los pasillos buscando la salida, pero a medida que más avanzaba por dentro de la feria, más se confundía, llegando muchas veces al mismo punto, hasta que se dio

cuenta por fin que estaba en un laberinto.

— ¿Vienes a probar el juego?— Le dijo el hombre gordo de la tienda, que se encontraba al frente de Jinn, mirándolo.

—Eh… No, no te preocupes, solo necesito saber cómo salir— Respondió Jinn, volteándose a mirarlo.

—Pero prueba el juego y te indico la salida, no me gusta tener clientes descontentos.

—Está bien— Respondió Jinn, tendiendo el brazo con el juego en su mano.

El hombre insertó el juego en la consola, presionó ON y le mostró que el juego funcionaba correctamente. Le pasó el control y le ofreció probar el primer nivel.

— ¿Por qué querías tanto este juego?— Preguntó el hombre gordo.

—Me gustan los laberintos— Respondió Jinn sin pensar, mientras el personaje del juego salía por la puerta, poniendo fin al primer nivel.

Jinn despertó nuevamente, pero esta vez se sentía cansado, como si hubiera estado corriendo en vez de haber estado durmiendo. Esperanzado, se revisó los bolsillos, pero muy a su pesar, no encontró el juego.

—Otra vez... — Murmuró dándose vuelta y volviendo a cerrar los ojos.

Se encontró nuevamente en una ciudad (tal vez la misma) parado afuera de un centro comercial, repleto de máquinas para sacar peluches, que sonaban y hacían parpadear sus luces, que eran ignoradas por la gente que transitaba por ahí, a excepción de niños que pasaban observando las máquinas como si fueran los más genial que habían visto hasta el momento. Por alguna corazonada, comenzó a caminar en sentido contrario al centro comercial, y luego de cuatro calles, encontró un cerro por el cual comenzó a subir, mientras admiraba el suelo de adoquines que daban la impresión de tener cientos de años en ese lugar. Una vez en la cima, luego de un rato, observó la hermosa vista de la ciudad completa, e identificó el lugar donde pensaba ir, una estación de trenes que tenía unos faroles excesivamente vistosos, al igual que muchos edificios del lugar, que invitaban a Jinn a explorarlos. Si caminaba por el camino que tenía en frente, doblaba a la derecha y luego a la mitad de la calle a la izquierda, llegaría fácilmente por un camino que le gustaba mucho transitar, ya que había muchas edificaciones con una arquitectura interesante y podía

apreciar el océano, que se podía observar a la distancia.

Esa calle, a diferencia de la que usó para subir, era mucho más viva, ya que tenía locales comerciales a los costados, que invitaban amablemente a los clientes a echar una mirada, o tomar algún café en cualquiera de los muchos que se encontraban en el lugar, con cómodas sillas en las calles.

Luego de caminar unos 10 minutos, comenzó a escuchar gritos y a ver hordas de gente que corrían en dirección contraria a Jinn, subiendo el cerro. Detrás de ellos, una ola gigantesca golpeaba la calle, retrocedía y otra ola detrás volvía a golpear con más fuerza, llevándose a un grupo de gente que se había quedado a mirar. A medida que el mar subía y tocaba los postes de luz, éstos lanzaban fuegos artificiales, como si fuera una celebración.

Jinn, completamente confundido por la repentina situación, los fuegos artificiales, la tranquilidad de algunas personas y el tsunami que comenzó sin previo aviso, se encontró con una chica que con algo de tranquilidad le pedía que cuidara el local donde ella trabajaba, ya que si le robaban algo, tendría que pagarlo de su sueldo. Asintió, y se dirigió a la tienda, era de regalos, como pipas, lápices y todas esas cosas que les regalan a los hombres cuando no se les ocurre nada mejor, y mientras abría la puerta, miró hacia atrás para notar que la mujer corría por su vida. Entró, cerró la puerta, y cuando dio vuelta el letrero de “abierto” a “cerrado”, despertó nuevamente.

—No tiene sentido— Sentenció.

Suspiró, se acostó de espaldas y cerró los ojos, esperando volver a dormir, mientras pensaba, ya que estaba más lúcido, en las instrucciones que le habían dado unas estatuas que le hablaron, luego de contarle que estaba muerto, entregarle una gema y una misión que debía cumplir en algún lugar con el que tenía que soñar.

Las instrucciones decían que…

De pronto, abrió los ojos —Bienvenido a casa, hijo— dijo una mujer, alegremente.

“Creo que desperté en el correcto” Pensó.

Capítulo 6

EL ESPEJO DE HORUS

Atsu se encontraba dentro de una cueva, donde aparentemente estaba seguro. Darren había estado enviando escuadrones de soldados que lo buscaban incansablemente, pero Atsu siempre se les adelantaba.

Sus recuerdos habían estado volviendo paulatinamente, como oleadas que se fueron haciendo menos frecuentes a medida que los recobraba todos.

Le costaba respirar por el fuerte olor de la cueva, pero si tenía suerte, cuando cayera la noche podría salir de ahí.

No estaba seguro si era la gema azul o alguna maldición puesta por Darren, pero su cuerpo comenzaba a sentirse cada vez más extraño, como si se estuviera endureciendo y transformándose en roca. Le aterraba la idea, así que prefería no pensar mucho al respecto.

Mientras estaba esperando, unos soldados entraron al lugar, notoriamente atemorizados por algo. Poniendo atención, los escuchó hablar de la presencia de osos u otros animales salvajes en esos lugares, y haciendo uso de sus habilidades vocales, con ayuda del eco de la cueva, hizo un rugido que retumbó por todo el lugar, aterrando por completo a los soldados, que huyeron despavoridos.

Bien entrada la noche, salió de allí, esperando encontrar alguna tienda de los soldados para poder obtener comida, ya que el trayecto a donde tenía que ir era muy largo.

Caminó unos diez minutos y encontró un campamento de los mismos soldados que asustó horas antes, quienes seguían en ese estado y le habían contado a sus compañeros de escuadrón que una bestia de tres cabezas, similar a un cocodrilo, pero negro y que escupía fuego, los había atacado en aquella cueva. Atsu tuvo que aguantarse la risa mientras tomaba unas porciones de comida que les entregaba el ejército.

Buscó una piedra grande que lanzó a varios metros de allá, haciendo que los soldados se pusieran de pie y amenazaran al aire a la bestia. Tomaron sus armas y temerosos, casi tiritando, caminaron al lugar donde se había escuchado el ruido, mientras Atsu corría a robar uno de unos carros motorizados que utilizaban los soldados de Darren para movilizarse. Lo tomó, le quitó el freno y lo movió sin encenderlo, para no levantar sospechas. Apuró su paso lo más que podía, hasta que luego de unas

cuantas dunas, pudo por fin encenderlo sin miedo a que lo descubrieran.

Recorrió unos cuantos kilómetros, preocupándose siempre de que no fuera visto, a través de grandes extensiones de arena, hasta que junto a un árbol seco, se paró a comer y beber lo que había logrado sacar. Recodaba (por fin podía recordar) una de las tantas cosas que le dijo Baniti, su maestro, acerca de la existencia de otros como él, que fueron sus amigos y que en caso de problemas, lo más probable es que pudiera confiar en Noa, el "maestro gato". Le parecía un apodo bastante extraño, pero supuso que debía haber alguna razón para llamarlo así.

Volvió a subirse al carro y siguió su curso a uno de los transbordadores, que eran la única manera de llegar a Selkis, el planeta, si no pertenecías al gobierno de Darren o de cualquier otro de los imperios capitalistas con ánimos de expansión despreocupada por lo autóctono, que poseían la tecnología para invadir otros planetas.

El “maestro gato” vivía en Etnest, en la capital del imperio de Darren Marshall, por lo que tenía que tener sumo cuidado con llamar la atención de algún soldado o guardia, ya que debía ser alta prioridad de captura en esos momentos.

Luego de conducir unas horas, llegó frente al transbordador, pero no pudo subirse de inmediato, debido a que el lugar estaba repleto de guardias y soldados que al parecer estaban controlando a todas las personas que deseaban viajar. Decidió esperar un rato, mientras se escondía en un tren en reparación que estaba cerca. Se asomaba a ver periódicamente, y luego de unos diez minutos, cuando encontró la oportunidad propicia, salió y con sumo cuidado se dirigió al transbordador, y se escondió en la sección de carga, entre una jaula con un animal similar a un perro gigantesco, que lo miró de reojo, y unas cajas con verduras.

El transbordador llegó a Selkis en unas cuantas horas, y Atsu, sin perder tiempo, se bajó de inmediato cuando la rústica nave aterrizó entre unas estructuras metálicas que la sostenían. Caminó entre ellas para ocultarse de los eventuales guardias que podía haber en el lugar, encontró una puerta que era utilizada por personal de mantenimiento e ingresó por allí. Luego de caminar por alrededor de diez minutos, encontró la salida, pero junto a ella, estaba el puesto de una persona que custodiaba el ingreso y la salida del personal. Atsu, muy nervioso, conteniendo el aire, se asomó y encontró un hombre de tercera edad dormitando detrás de un periódico. Se escabulló con cuidado frente a él y llegó a unas escaleras hacia abajo que llegaban a una especie de callejón entre bodegas cerradas y a través de la cual, pudo llegar a una calle no muy transitada. Encontró unos sacos con ropa vieja que alguien había dejado botados para que los vagabundos del lugar los ocuparan, y Atsu, que en ese momento necesitaba pasar desapercibido para que no lo reconocieran, tomó un montón de ropa y se la puso como pudo. Ninguna prenda combinaba entre ellas, pero se dio

cuenta que cumplían su trabajo cuando dos soldados pasaron a su lado sin reconocerlo.

Avanzó por la ciudad a pie, hasta que llegó al lugar descrito por Baniti. Era una gran casa que aparentemente pertenecía a algún hombre rico. Sobre el arco de la puerta, había un gato que lo miraba con los ojos entrecerrados, moviendo la cola con actitud relajada.

—Maestro Noa Eklund, necesito su ayuda— Dijo Atsu, luego de arrodillarse. El gato abrió un poco los ojos, se levantó, se lanzó del arco, pero al caer detrás de Atsu, los pies que tocaron el suelo eran de un humano usando unos elegantes zapatos.

—Tú debes ser Atsu— Dijo Noa dándose la vuelta.

—Sí, así es— Dijo Atsu asombrado— ¿Cómo lo supo?

—Baniti me contó sobre ti, ¿acaso no es obvio?

—Bueno, sí, pero no tenía idea que habían conversado sobre mí, no se me ocurre en qué momento pudo haber sido…

—Es una locura la vida— Respondió Noa con una nota de sarcasmo— ¿Para qué me necesitas?

—Recuerdo que mi maestro me dijo que debía buscar algo… o alguien… un reflejo o algo así…

— ¿Un reflejo?— Preguntó Noa extrañado.

— ¿Se referirá a algún artefacto?

—Tal vez… es el Espejo de Horus…

— ¿Qué es el espejo de Horus?

—Se supone que es un portal que usaban los ancestros para llegar a otro mundo— respondió Noa, mientras intentaba hacer memoria— Según los mitos, dos dioses crearon dos mundos, Selkis y la Tierra, junto con sus habitantes. Entre aquellos mundos, había caminos para ir de un lugar al otro, que una civilización antigua ocupó. Para facilitar el paso, una vez que las culturas de la tierra y Selkis se conocieron e hicieron alianzas de paz, construyeron unos espejos entre los mundos, que servían de puerta. Todo estuvo bien, hasta que el paso entre ellas se hizo tan habitual, que luego de que descubrieran que la tierra era un planeta mucho más rico en recursos, los monarcas de Selkis intentaron tomar la tierra, destruyendo la amistad con ellos, perdiendo la guerra y sufriendo el cierre del portal de parte de la Tierra. El espejo de Horus era uno de esos artefactos, pero a

diferencia de los otros, no fue desactivado, aunque se apagó o algo así.

—Increíble… y ¿qué debo ir a buscar allá?

—No lo sé, pero cuando lo encuentres, lo sabrás de inmediato.

—Vamos entonces— Respondió Atsu con seguridad, sin importarle el hecho de que el "maestro" no tuviera idea de hacia dónde lo estaba enviando.

— ¿Tengo que acompañarte?— Respondió Noa, con un tono de desagrado por la idea de tener que dejar ese lugar.

—Desde luego, yo no sé dónde está.

—agh… Está bien— Dijo Noa, luego de bostezar.

Caminó en dirección a la casa, y desde dentro de una bodega, sacó una extravagante motocicleta, hecha casi en su totalidad con madera y un gran motor a vapor. Le echó agua a un estanque, dio vuelta una manivela, se subió e invitó a Atsu a subirse detrás de él, luego de ponerse un rústico casco.

—Cuidado, este bebé no tiene compasión con el camino— Le dijo Noa esbozando una sonrisa con orgullo mirándolo hacia atrás— Tiene tanto poder que destroza el suelo— Dijo mientras la encendía y aceleraba, saliendo a velocidad moderada (y en realidad, toda su capacidad) en dirección al lugar dónde encontrarían el Espejo de Horus.

Salieron por la puerta principal de la ciudad, encontrándose unos metros más allá con el camino que se convertía en un círculo, al cual llegaban caminos en todas las direcciones. Noa los miró con desdén y se introdujo en la arena entre dos de los caminos, que a medida que avanzaba el tiempo, la distancia entre ellos iba creciendo.

—Lo que te ocurre en el cuerpo es por culpa de la gema azul— Dijo Noa de pronto.

— ¿Cómo lo sabes?

— Yo lo sé todo de esas gemas.

—Yo pensaba que me habían puesto una maldición.

—Es una maldición, pero es inherente a la gema, no es algo hecho por una persona. La gema azul corrompe el cuerpo o el alma, dependiendo de lo que sea más fácil de corromper. En tu caso, al parecer tus convicciones son de hierro, por lo que la maldición no tuvo más remedio que enfocarse

en tu cuerpo, convirtiéndote paulatinamente en un ser mágico hecho de rocas.

— ¿Me convertiré en un golem?

—Eso parece— Respondió Noa con pesar— y junto con ello, perderás tu humanidad. Aunque tu mente sea incorruptible, la transformación a algo que ya no es humano hace que tu misma mente se dé cuenta de la nueva realidad y producirá cambios, lo quieras o no, a menos que mueras antes de que ocurra.

— ¿Cómo se mata un golem?

— ¿Y yo cómo voy a saberlo? Supongo que con magia, o lanzándolo a un volcán activo... pero al menos con armas normales no te podrán atacar. Siempre mira el lado bueno de la vida.

— ¿Y si luego de que me transforme, pierdo el interés en vengarme?

—Es lo más probable y lo que temo. Las ansias de venganza son un sentimiento muy humano, y humanidad es lo que menos tiene un ser que no lo es.

—Supongo que te gusta recalcar cosas obvias.

—Supongo que quieres que te tire de la moto— Respondió Noa irritado.

Luego de cinco horas, pararon la moto a la orilla de un río y descansaron de aquel agotador viaje, mientras Noa le contaba a Atsu la historia, los mitos y las leyendas de Selkis.

Salieron al amanecer, luego de recargar agua en la moto, y después de viajar unas 3 horas llegaron por fin al lugar a donde se dirigían. Se encontraban frente a un montón de rocas gigantescas con bordes redondeados dispuestas de manera tal que en el centro había un espacio como para que entrara una persona a una especie de cueva que se adentraba en la tierra por ese mismo lugar.

Noa pasó primero, y luego de encender una antorcha, caminó abriéndose paso en un gigantesco laberinto que se encontraba en el interior. No se equivocó ni una sola vez y llegaron de inmediato a una habitación gigantesca, donde se encontraba un espejo gigantesco que parecía cubrir toda una muralla de la caverna. El espejo tenía por todo el borde, en dorado, una escritura que parecía ser en todos los idiomas. Atsu no puedo encontrar un idioma que comprendiera, hasta que notó que en el centro, en la parte superior, se encontraban las palabras “HORVS SPECVLVM” que

fue el único idioma que pudo entender relativamente.

—Ahora, para abrirlas, los sacerdotes rezaban los conjuros por semanas, pero como no disponemos de semanas, intentaremos esto de la manera rápida— Dijo Noa mientras tocaba la superficie del espejo— Nunca he intentado hacerla, pero debería funcionar. El espejo debería reaccionar y dejarte pasar si llevas una de las gemas contigo, por lo que si corres en dirección al espejo, empuñando tu espada, el portal debería abrirse y dejarte pasar.

—Lo intentaré entonces— respondió Atsu un tanto inseguro— ¿Qué pasa si fallo?

—El espejo se quebraría, y ya no tendrías como pasar, aunque no te cortarías, gracias a tu piel endurecida por la maldición… ese es el lado bueno…— Respondió Noa, alejándose por si restos del espejo le cortaban.

—Está bien, lo intentaré entonces— Dijo Atsu preparándose.

Empuño el Filo de Seth hacia adelante y antes de que pudiera arrepentirse, entrecerró los ojos y corrió a toda velocidad, deseando lo mejor. Cuando la punta del khopesh tocó el cristal del espejo, Atsu tuvo la sensación de que había fallado y que se iba a quebrar, pero la gema azul resplandeció inmediatamente, envolviéndolo con una luz a medida que iba avanzando y permitiéndole la entrada a una cueva con un color más rojizo, producido por la luz que entraba y se reflejaba por unos espejos pequeños a los costados. Cuando terminó de pasar, el resplandor seguía en su cuerpo y de inmediato se dio cuenta que éste aceleraba el proceso y estaba convirtiéndose en golem rápidamente.

Se encontraba asombrado y desesperado, mientras observaba sus brazos que crujían como si se frotaran rocas entre sí, su piel oscurecía y endurecía. Luego de unos segundos, el dolor se detuvo, y sintió un fuerte sueño. Intentó caminar, siguiendo un camino que lograba divisar, pero su cuerpo y el sueño eran tan fuertes que no pudo mantenerse en pie, cayendo de frente y quedándose dormido inmediatamente.

—Necesito despertar... — Susurró en medio de la oscuridad, cuando sintió una corazonada de que debía ir a cierto lugar, y se levantó.

Capítulo 7

LAS RUINAS

— ¡Mira papá, que rocas más extrañas!— dijo Jinn, apuntando unas rocas gigantescas que tenían unos grabados.

—Sí, estas rocas son las que vine a investigar— Respondió Jotaro, su padre, sonriendo— Fueron descubiertas por un colega de la universidad, así que me enviaron a realizar la investigación para determinar la edad de estas ruinas y quiénes las construyeron.

— ¡Qué increíble!

— ¿Me ayudas a instalar la carpa? Tenemos que tener todo listo antes de comenzar la investigación, recuerda que estaremos acá por una semana.

Jinn asintió, y caminó junto a su padre al auto para sacar el equipaje y una carpa que procedieron a montar de inmediato. La instalaron bajo un árbol y pusieron una mesa plegable de madera que Jotaro había construido, a 1 metro más allá, donde puso libros y herramientas para realizar el estudio de las ruinas.

— ¿Puedo ir a jugar?— preguntó Jinn ansioso por explorar el lugar.

—Sí, pero no toques nada que parezca importante, y no te acerques a la quebrada, te puedes caer y son bastantes metros.

—Está bien— Respondió Jinn asintiendo.

Jinn era un niño de ocho años, que desde que tenía memoria, había visto cosas antiguas y curiosas en su casa y en el trabajo de su padre, y siempre le interesaron. Por eso, él estaba muy interesado por el lugar, ya que ahí había muchas cosas interesantes y le parecía curioso que nadie hubiera encontrado ese lugar antes, ya que aparentemente, los habitantes se habían ido y todo quedó como estaba. Había armas rústicas, vasijas y muchas rocas con extrañas inscripciones en alguna lengua tan muerta como la gente que debió vivir ahí.

Esa noche, ambos cansados, comieron una cena recalentada preparada en la mañana por Leonora, la madre de Jinn, y durmieron de inmediato después de eso.

Al día siguiente, luego de recorrer tres veces el lugar, Jinn comenzó a arrepentirse de haber aceptado ir a ese viaje. Ya había visto todas las

ruinas y debido a que no podía tocar nada, sus juegos se hacían muy aburridos. Su padre no podía acompañarlo, porque estaba muy ocupado con sus asuntos arqueológicos como para acompañar a su hijo en juegos.

Se sentó cerca del borde de la quebrada, donde tenía una vista increíble de los cerros y montañas a su alrededor, y luego de un rato, se dio cuenta de reojo que a su lado había una roca que no recordaba. Estaba ahí, una roca del tamaño de una persona muy grande, cubierta con musgo y unas pocas plantas. Mientras más la miraba, más intrigado por ella se sentía, ya que había algo que le llamaba la atención y no estaba seguro de qué era.

— ¿Me estás siguiendo?— Le preguntó Jinn a la roca, como si de verdad esperara que una roca le respondiera.

Detrás de Jinn, unos gruñidos le advirtieron que no estaba solo. Unas bestias que parecían lobos rabiosos, sin pelaje, estaban muy cerca de él, claramente acechándolo. Jinn tomó un trozo de rama de árbol que estaba cerca, esperando poder hacer algo cuando las bestias se le abalanzaran. Mientras retrocedía lentamente, de pronto, chocó con la roca, perdió el equilibrio y cayó al suelo, momento que aprovecharon las bestias para atacarlo. Logró evitar la mordida poniendo el palo en el hocico de uno de ellos, pero no pudo evitar las garras que se le enterraron en el brazo, produciendo una herida profunda.

En su mente, ya estaba seguro de que moriría, hasta que de pronto, la roca comenzó a levantarse y a acoplarse con otras rocas más pequeñas, formando lentamente una figura humanoide que de un solo manotazo lazó por los cielos a las bestias que huyeron gimiendo de dolor y miedo.

—Gracias— le dijo Jinn al Golem, mientras cubría con su mano la herida de su brazo.

El Golem lo observaba (o al menos, eso parecía hacer) hasta que dio unos pasos y tomó dos hojas de una planta, las molió, se acercó a Jinn y se las puso en la herida.

La herida lo estaba afiebrando, por lo que el Golem, al darse cuenta, lo tomó entre los brazos y caminó en dirección al padre de Jinn. Silenciosamente, a una distancia de unos cinco metros, el Golem dejó a Jinn al lado de un arbusto y lanzó parte de uno de sus dedos al padre. Él, desconcertado, comenzó a mirar a su alrededor y notó que Jinn estaba en el suelo con una herida, al lado de un montón de rocas. De inmediato se puso de pie y corrió a auxiliar a su hijo.

—Tengo hambre, papá— Le dijo Jinn a Jotaro, al despertarse al día siguiente, luego de sentir entre sueños el aroma de los fideos que estaba

cocinando.

—Ya está listo— Respondió su padre, sirvió un plato, abrió la carpa, entró y se lo entregó— ¿Cómo te sientes?

—Ya no me duele— Respondió Jinn probando un bocado.

—Eso es bueno, tampoco tienes fiebre… revisaré la herida— dijo el padre mientras se acomodaba para abrir las vendas.

— ¿Cómo está?— Preguntó Jinn con la boca llena, cuando el padre terminó de abrir las vendas.

—Esto es muy raro… pareciera que la herida sanó, pero tu piel se ve manchada.

Jinn miró su brazo y notó que el lugar donde estaba la herida, ahora había una especie de cicatriz, pero con la piel tan tersa como el resto, y lo único que cambiaba era que tenía una tonalidad más oscura.

—Cuando volvamos a la ciudad iremos de inmediato al médico— Dijo el padre de Jinn con un poco de miedo en su voz.

—Terminé, no quiero más— Dijo Jinn mostrándole el plato al que le quedaba ¼ de los fideos.

—Está bien— Dijo el padre de Jinn tomando el plato y saliendo de la carpa.

—Iré a investigar— Dijo Jinn poniéndose de pie animosamente y saliendo en dirección a donde vio al Golem.

— ¿Qué? No, ni siquiera me has dicho qué te pasó…

—Me caí de un árbol, y debo haber rozado una planta venenosa— Respondió Jinn pensando en que debía mantener en secreto el hecho de haber conocido a un Golem y haber visto unos animales extrañísimos.

—Está bien, puedes ir a investigar, pero ten mucho cuidado, y no vuelvas a subirte a los árboles— Dijo el padre de Jinn intentando poner una voz estricta.

—Está bien— Dijo Jinn alejándose.

Esa tarde, volvió a encontrarse con el Golem. Por alguna razón, sentía algún tipo de atracción, como si se hubiera encontrado con un viejo

amigo, quizás de una vida anterior.

Durante dos días, el Golem lo acompañó por entre las ruinas, le mostró cosas interesantes de ellas, y le mostró sus habilidades mágicas. Jinn disfrutaba mucho de la presencia de él, ya que no era una persona muy sociable y sentía que en ese ser misterioso, sacado de novelas de fantasía (como ésta), había encontrado un amigo. Antes de que anocheciera el segundo día, Jinn se despidió para ir a comer y dormir, pero antes de que pudiera irse, el Golem lo detuvo y le indicó un lugar del suelo de tierra, donde comenzó a trazar líneas. Luego de un minuto, Jinn se alejó un poco y logró entender lo que el Golem había escrito.

NO OLVIDES

—Por supuesto que no olvidaré nada— Dijo Jinn, riendo— Mañana volveré, nos vemos.

El Golem levantó su brazo para hacer un gesto de despedida, y se quedó parado junto a un árbol mientras veía que Jinn se alejaba, como si supiera lo que iba a ocurrir.

Muy temprano esa mañana, unos ruidos lo despertaron. Se sentó, confundido y vio unas sombras que se traslucían a través de la carpa. Eran 3 personas, y por las voces, al menos uno era de su padre. Se levantó y salió de la carpa y se encontró con el colega de la universidad donde trabajaba su padre, que había ido a apoyarlo con la investigación. Además, con él estaba su esposa y su hija.

— ¡Hola!— Le dijeron el hombre y la mujer al unísono a Jinn.

— ¡Tú debes ser Jinn!— Dijo el hombre.

—Sí, yo soy— contestó.

—Mira, vine con mi hija— Dijo el hombre mientras tomaba a una niña que estaba junto a la mujer y la ponía frente a Jinn— Seguramente podrían ser amigos.

— ¡Hola!— Dijo la niña mirándolo y sonriendo.

—Hola…— respondió un poco avergonzado, al ver que la niña era muy bonita.

— ¿Vamos a comer ahora?— dijo el hombre.

—No he preparado nada— Dijo el padre de Jinn.

— ¡No importa! Nosotros trajimos comida.

Prepararon la mesa donde el padre de Jinn tenía sus cosas, y se sentaron todos, luego de traer unos termos de comida. Cada termo traía una preparación distinta, que sirvieron en platos para cada uno. Comieron arroz y carne asada, con ensalada de lechuga y postre de leche asada.

— ¿Por qué no le muestras el lugar a Helena, Jinn?— le dijo su padre cuando vio que habían terminado de comer hasta la última cucharada de postre, y ella miraba curiosa en dirección a las antiguas construcciones.

Jinn asintió, se levantó, le hizo un gesto a la niña y comenzó a caminar. Se internó entre las ruinas mientras ella lo seguía. Jinn le mostraba lo que había descubierto del lugar, como jeroglíficos, escrituras cuneiformes, armas, vasijas, unas plantas que no había visto nunca y unas enormes cajas de piedra que parecían ataúdes. A medida que pasaba el tiempo, ambos sentían que casi no necesitaban hablar. Tenían tanto en común que comprendían todo lo que intentaban comunicarse. Jinn le indicaba todo con el dedo, y antes de que hablara, ella ya había completado la frase.

Luego de unos minutos, se sentaron bajo un árbol a ver una pronunciada quebrada que se apreciaba a lo lejos.

¡Oh, mira, un diente de león! – dijo ella, indicando uno que había a unos metros de ellos.

Jinn se levantó, lo fue a buscar y se lo entregó.

— ¡Gracias!— Dijo ella, y cuando Jinn se sentó, ella lo sopló en su cara. Por alguna razón, esa imagen se le quedó grabada hasta mucho tiempo después.

Ese día se sintió muy bien, sentía que por fin tenía una amiga, y tal vez se sentía un poco enamorado. Sin embargo, había olvidado por completo al Golem y es que esa era la maldición de haber conocido a un ser mágico. Jinn prefirió a algo más atado al mundo terrenal, que era otra persona, a algo que pertenecía al mundo de la imaginación.

El Golem estuvo todo el tiempo cerca, viéndolo y cuidándolo, pero Jinn ya no podía verlo y si hubiera podido, estaba tan concentrado con la niña que tampoco se hubiera percatado de su presencia.

Al día siguiente, empacaron, se despidieron y prometieron que se volverían a ver. Se subieron a sus respectivos vehículos, Jinn le hizo un

gesto de adiós por la ventana, ella sonrió y se lo devolvió.

Cuando el auto partió, Jinn miró hacia las ruinas con la sensación de que se le había olvidado algo, pero no pudo recordar qué era y no le prestó más atención, tenía cosas que hacer cuando volviera a su casa, era un niño ocupado.

Capítulo 8

GOLEM

— ¡Vamos a ir a las ruinas que descubrió mi padre!— Le dijo Jinn a su compañero de asiento, luego de que la profesora de historia anunciara la expedición que harían al día siguiente, para el estudio de la historia local. El compañero de Jinn lo miró con cara de poco interés y murmuró un "ajá" mientras tomaba sus cosas y las metía en su bolso para retirarse a su casa.

Jinn miró de reojo a Helena, quien estaba conversando alegremente con sus amigas, mientras se preparaban para irse a sus casas.

Luego de que se conocieran hace ocho años en las ruinas que visitarían al día siguiente, no se volvieron a ver. El padre de ella recibió una importante oferta de trabajo en el extranjero, gracias al trabajo en conjunto con el padre de Jinn (aunque a él no le dieron ninguna oferta), y se mudó por siete años.

A la mitad del año de clases, llegó una niña que resultó ser ella. Jinn no podía creerlo cuando la vio y un vuelco en el corazón le hizo saber que la había estado esperando. Sin embargo, todo ese tiempo separados hizo que ahora fueran unos desconocidos que apenas hablaran más allá de un ocasional saludo.

— ¡Así que irán a las Ruinas Wulari!— Dijo el papá de Jinn, cuando le contó, una vez que llegó a su casa— Saca hartas fotos, quiero saber cómo están.

—Lo haré, papá— Respondió Jinn, intentando recordar dónde estaba la cámara fotográfica.

Al día siguiente, debido a que tenían que tomar el bus que los llevarían a las ruinas, esperaron alrededor de una hora afuera del colegio, muertos de calor por los rayos del sol que habían comenzado a golpear con fuerza la ciudad desde hacía unas semanas, hasta que finalmente, cuando finalmente llegó el bus, se bajó el conductor y se disculpó diciendo que su perro había tomado su reloj durante la noche y lo había metido en el WC.

Abordaron el bus, pasaron lista, para saber quiénes iban y una vez que estuvieron listos partieron en su viaje y llegaron luego de tres horas a su destino.

Ahora las Ruinas Wulari, se habían convertido en un centro turístico, una especie de museo al aire libre para exponer e investigar sobre aquella misteriosa civilización que habitó esos lugares, sobre los que no se tenía registro. Las llamaron así debido a que era la única palabra que lograron traducir de su extraño vocabulario.

Jinn, luego de bajarse, sacó la cámara de su bolso y comenzó a fotografiar el lugar, sorprendido por la cantidad de cosas que habían instalado y lo diferente que se veía con respecto a ocho años atrás. Habían puesto carteles explicativos y de guía, caminos marcados, pasamanos y barreras para no cruzar a lugares donde exhibían los objetos y dañarlos.

Jinn, a pesar de todo, se sentía dueño del lugar y caminaba por él con más confianza que cualquiera de los guías. Adelantándose a los demás, corrió a la entrada y subió las escaleras, y mirando con expresión desafiante al horizonte, se sentó en el pasamanos, observó qué estaba al final y realizó los cálculos mentales para aterrizar con sus pies flamantemente sobre el árbol que alcanzaba a ver en el fondo, que frenaría su trayecto y evitaría su caía a la quebrada. Para completar su proeza, empuñó fuerte la cámara para sacar una foto a las caras de sus compañeros que estarían sorprendidos, para bien o para mal. Repasó vagamente el plan dos veces en su mente y se lanzó. Todo salió mal.

Eran unos veinte metros de pasamanos inclinado, por lo que tomó una altísima velocidad insospechada, se tragó una polilla, la foto la tomó corrida y Helena lo miró con una expresión como si fuera lo más estúpido que hubiera visto nunca y como si eso no fuera lo peor, cuando aterrizó en el árbol, que no era tan firme como se veía, sus raíces se quebraron, la poca tierra que quedaba en el borde de la quebrada se desprendió y se inclinó sobre el precipicio, llevando a Jinn con él. Desesperado, intentó aferrarse a ramas, rocas y raíces mientras caía, pero ninguna era lo suficientemente fuerte como para aguantar su peso. De pronto, una de las raíces más gruesas quedó tirante, y moviéndolo como un péndulo, el árbol chocó contra un montón de rocas, un poco más abajo del borde de la quebrada, revelando una cueva. Al escuchar como crujía la raíz Jinn tomó la decisión de entrar a la cueva y aterrizó tres metros más abajo sobre una superficie lisa de piedra, segundos antes de que la raíz se cortara y el árbol terminara de caer.

Jinn intentaba acostumbrar sus ojos a la inmensa oscuridad, mientras sobaba su codo, donde se había hecho una herida sin darse cuenta, en algún momento de la caída. Luego de unos minutos intentando ver y pensando en cómo volver a la superficie, una especie de gruñido comenzó a sentirse y se hacía más fuerte a medida que pasaba el tiempo y el ser que lo emitía se acercaba, acompañado del sonido de sus pisadas, como si tuviera más de dos patas. Asustado, Jinn corrió en dirección a un rayo de luz, con la esperanza de que esos insectos tuvieran fobia a ella, sin embargo, el sonido no hizo más que aumentar, como si viniera de más

lugares y lo estuvieran acechando.

De pronto, un desagradable sonido de aleteo se sintió a lo lejos y comenzó a acercarse a Jinn, hasta que se detuvo repentinamente con un golpe seco en la roca. Segundos después, la figura de un gigantesco insecto, similar a una hormiga, pero de dos metros, entró en el haz de luz, como si lo estuviera oliendo.

"No tienen fobia a la luz" pensó Jinn, resignado a que nada bueno saldría de ahí.

Jinn se agachó y cubrió su cabeza con los brazos, cuando vio que la hormiga lo atacó con sus gigantescas mandíbulas, con las que destrozó un trozo de roca atrás de él. En ese instante, el resto de los insectos acudieron corriendo a disfrutar del banquete.

En ese momento, Jinn estaba seguro de que moriría, hasta que escuchó a lo lejos unas pisadas que retumbaban en la cueva, como si se estuviera derrumbando el lugar. De pronto, una gigantesca roca cayó sobre tres hormigas, matándolas de inmediato, un poco más delante de Jinn. Luego, un brazo hecho de piedra asestó un golpe en la cabeza de otra hormiga, pasando a llevar otras dos. El resto de hormigas comenzó a desaparecer entre la oscuridad, mientras sonidos de rocas chocando y algo que era como cáscaras de huevo, se podían percibir.

La hormiga reina, que se había olvidado por completo de Jinn, estaba agazapada como si estuviera esperando a su adversario, cuando de pronto, una mole de roca entró en el haz de luz, dirigiendo su puño a la cabeza de la hormiga, quién frenó el ataque con sus mandíbulas, las mismas que destrozaron una roca momentos antes e hicieron lo mismo esta vez. Sin embargo, un segundo puñetazo en el lado de la cabeza, acabaron con ella de inmediato.

Pronto, un completo silencio reinó en el lugar, que solo se hizo interrumpido por la agitada respiración de Jinn, que había estado mirando entre sus brazos, intentado protegerse y observar la situación, y un momento después, la oscuridad se desvaneció, cuando unas rocas dentro del cuerpo del Golem comenzaron a brillar con una tenue luz que iluminó la cueva, pudiéndose observar que, al parecer, había pertenecido a los mismos habitantes de las Ruinas Wulari, debido a que su construcción era muy similar. Cuando Jinn miró al Golem, como si fuera un golpe en la cabeza, todos los recuerdos volvieron.

— ¡Eres tú!— exclamó Jinn sorprendido y confundido. El Golem asintió y le indicó a una especie de portal gigantesco de piedra, que se encontraba en el fondo.

— ¡La salida!— dijo Jinn y comenzó a seguir al Golem que había comenzado a caminar en esa dirección.

Se encontraban en una habitación gigantesca que había sido tallada al interior de la cueva, pero estaba muy destruida por el paso del tiempo y por las hormigas gigantes que habían hecho unos túneles que se abrían por el suelo y murallas, aunque la del fondo, por donde entró Jinn, no parecía ser la original, si no que más bien, había sido destruida y habían llenado con rocas.

Cuando llegaron a la puerta, Jinn observó que no era el mismo tipo de roca que el resto de la cueva, incluso, ni siquiera parecía dañada.

El Golem tomó una roca muy grande y la estrelló contra la puerta, pero luego de que la nube de polvo provocada se disipara, pudieron ver que estaba intacta. Se quedó quieto como si estuviera pensando, mientras Jinn lo miraba como intentando entender la situación, y luego de un minuto, puso las manos en la puerta, miró a Jinn y asintió como intentando decirle que hiciera lo mismo. Jinn puso las manos en ella y luego, con un fuerte crujido, la puerta se abrió en dos y se deslizó trabajosamente sobre la roca pulida del suelo hacia la derecha.

Entraron a una habitación muy diferente a la anterior. Estaba increíblemente adornada con detalles impecables, se veía como si no hubiera pasado el tiempo sobre ella y había una luz que entraba por unos pequeños tragaluces y eran amplificados mediante el reflejo con unos espejos. En el centro, había un pedestal sosteniendo un majestuoso anillo con una misteriosa piedra roja.

El Golem hizo un gesto a Jinn para que la tomara y él, con mucho cuidado, cubriendo su piel con un pañuelo de papel, tomó el anillo lo envolvió y lo puso en su bolsillo. No parecía ser un objeto normal, así que prefirió no tocarlo. De inmediato, el pedestal se deslizó hacia el suelo, dejándolo completamente liso, mientras al fondo de la habitación, la pared se deslizaba al mismo tiempo, dejando paso a una segunda pared, que tenía una puerta igual a la anterior, pero que se encontraba destruida.

Jinn miró al Golem preguntándose si era seguro o una buena idea ir hacia ese lugar, pero cuando lo vio caminar, lo siguió sin chistar, después de todo, parecía que él conocía el lugar y era la única protección que tenía.

La siguiente habitación era tan increíble como la anterior, pero el paso del tiempo claramente la había afectado. Lugares derrumbados, musgo, vegetación rebelde y telarañas aparentemente abandonadas por sus dueñas desde muchos años atrás, les dieron una fría bienvenida en cuanto entraron.

A pesar de todo, al fondo de la habitación, se encontraba un majestuoso espejo intacto, que parecía ser hecho de una roca muy lisa, que reflejaba todo el lugar con una lúgubre neblina.

Jinn comenzó a mirar su reflejo, mientras el Golem se paraba un poco más lejos a mirarse también. Había algo raro en su rostro, pero no podía saber qué era, y le daba tanta curiosidad aquello, que seguía mirando, intentando descifrarlo. De pronto, tuvo la idea de ver el reflejo del Golem, y cuando lo hizo, se encontró con algo totalmente diferente a lo que esperaba. En vez de aquel montón de rocas, se encontraba parado un chico de piel tostada, pelo largo y ropas como si viniera del antiguo Egipto. En su cintura, tenía una espada con una piedra azul. Sin embargo, lo que más le llamó la atención a Jinn, fue que el rostro era completamente igual al suyo.

—Ok, esto es muy extraño…— Dijo Jinn, descolocado por la visión. Giró la cabeza para ver al Golem, pero en su lugar, estaba la misma persona del reflejo.

— ¿Qué…?— Exclamó Jinn atónito.

— ¡Me liberaste de la maldición!— Exclamó el chico, mientras tocaba y miraba sus brazos y manos, como si le costara creer a él también.

—No entiendo nada.

—Una maldición había caído sobre mí, por poseer una de las gemas. Mi cuerpo se había corrompido y me había transformado en un ser mágico, y para volver a mi cuerpo, necesitaba que mi hermano gemelo, se reflejara conmigo en el espejo entre dos mundos, el espejo de Horus. ¿Tu nombre es Jinn, cierto? Yo soy Atsu.

—Sí, Jinn… Espera, espera… Dijiste hermano gemelo…

—Sí, somos hermanos.

—Hermanos… ¿cómo de los mismos padres? ¿Ese tipo de hermanos?

—Sí, ese tipo de hermanos.

— ¡Nada de esto tiene sentido!— Exclamó Jinn.

—Yo tampoco sabía, me enteré antes de venir…

— ¿Venir?

—Te explicaré todo. Hace muchos años, nuestra abuela Dana…

— ¿Nuestra abuela no se llamaba Elina?— Interrumpió Jinn.

—No, Elina es otra persona, que secuestró a nuestra madre y le hizo creer que era su hija. Nuestra verdadera abuela era Dana, quién, en algún momento, fue amiga de Martha, al igual que nuestro abuelo, Baniti, quien también fue mi maestro. En fin, nuestra abuela, luego de una pelea, fue devuelta al lugar de donde ellos venían y yo también: Selkis. Elina se quedó con su hija y nuestra madre y las crio como hermanas. Cuando se convirtieron en adultas, nuestra madre, Leonora, conoció a un hombre llamado Jude, con quién tuvieron dos hijos gemelos, que somos nosotros. Un día, Elina intentó deshacerse de Jude, porque interfería con sus planes, así que intentó matarlo en un instante en que me llevaba al médico, pero Baniti, desde el otro lado, intervino y nos transportó a Selkis, un planeta paralelo a éste.

Baniti quedó muy débil, por lo que no pudo comunicarse más con la tierra, además de que la Copa de Thot, generadora de la magia, había sido robada, evitando así que pudieran generarse nuevos hechizos, por lo que no pudimos ir ni volver, además de que no sabíamos que éste espejo existía aún.

—Espera— dijo Jinn extrañado— Yo tengo padre y una hermana…

—Padrastro y hermanastra— Corrigió Atsu—En fin… mi aldea fue invadida y tanto nuestro padre como Baniti fueron asesinados. Yo fui capturado, pero logré escapar y ahora busco algún poder para volver y vengarme. Te necesito a ti para que uses la gema roja, por eso que contacté hace ocho años, pero te olvidaste de mí, así que tuve que esperar a que volvieras mientras ejercitaba mis poderes mágicos… que ahora no puedo utilizar, puesto que ya no soy un ser mágico.

—Espera— Volvió a decir Jinn— ¿Qué edad tienes?

—23 años— Respondió Atsu seguro de sí.

—Si tienes 23 y yo 16, ¿Cómo es posible que seamos hermanos gemelos?

—Porque el viaje entre los planetas es bastante errático, por lo que no hay certeza de qué tan lejos en el tiempo te puede dejar. Cuando yo viajé a la tierra, al parecer también viajé unos años atrás al pasado, y dormí un tiempo, creo que dos años, hasta que sentí que debía despertar, salí a la superficie y te encontré.

—Wow.

—Sí, es bastante loco. Ahora, necesito que me acompañes... con el poder de la gema roja que encontraste, podemos vengar la muerte de nuestro padre y abuelo.

— ¿Estás seguro de que podremos vengarlos?

— ¡Por supuesto!— Dijo Atsu convencido.

—Pero yo no sé cómo funciona este anillo…

—No necesitas saber cómo se utiliza, es muy fácil hacerlo.

—Pero mis compañeros de clase me deben estar buscando…

—La gema roja de la Sortija de Ureus puede manipular el tiempo, puedes hacer que cuando vuelvas de Selkis, aparezcas segundos después de esto.

—Está bien— Dijo Jinn, luego de un largo suspiro— Vamos.

— ¿Sí?

—Sí.

— ¿Seguro?

—Sí

—Está bien.

—Vamos.

—Muy bien, ponte el anillo, y cuando te diga, corres apuntando al espejo con él, no importa que pienses que vas a chocar, porque no lo harás. Es la forma más rápida de pasar.

—Está bien…— Dijo Jinn, dudando acerca de si había sido buena idea haber aceptado.

Atsu desenfundó el Filo de Seth y apuntó al espejo, Jinn lo siguió, apuntando con el anillo, contó hasta tres y comenzaron a correr con todas sus fuerzas. Cuando el espejo se abrió, como si se sumergieran en un pozo de agua, comenzaron a atravesarlo sin problemas. Atsu miró a Jinn, que estaba sumamente impresionado, y no pudo evitar reír. Giró su cuerpo para mirarlo y decirle “no te preocupes”, pero cuando lo hizo, el khopesh chocó con el anillo, produciendo unas chispas que comenzaron a agrandarse cada vez más, envolvieron a Jinn, que había pasado a estar aterrado, y como si estuviera en cámara lenta, comenzó a desaparecer,

sin entender nada.

— ¡JINN!— Exclamó Atsu, intentando devolverse, pero se movía con dificultad debido a los rayos que parecían sostenerlo. Cuando Atsu se dio cuenta, la Sortija de Ureus había quedado suspendida ahí y seguía generando aquellos rayos. De pronto, como un relámpago, el anillo voló y se incrustó en su pecho mientras gritaba de dolor. Luego, su cuerpo comenzó a transformarse de nuevo en roca, pero a una velocidad impresionante. Sus brazos y piernas comenzaron a crecer y alargarse, absorbiendo dentro de su brazo derecho el Filo de Seth.

Cerró sus ojos, y después de unos segundos, todo se detuvo. Miró a su alrededor, y notó que se encontraba en Maat, su hogar. Luego, miró su cuerpo y se dio cuenta de que ahora era un gigante de roca, que seguía creciendo y expandiéndose.

Jinn fue encontrado inconsciente, al anochecer de ese día, sin recuerdos de lo que vivió.

Capítulo 9

CICATRICES DEL PASADO

Atsu se puso de pie luego de escuchar un fuerte estruendo a unos kilómetros de él. Observó hacia el cielo rosáceo en esa dirección y logró divisar una gigantesca nave de guerra surcando el espacio entre Selkis y Maat, rodeado de naves más pequeñas.

—Darren…— Murmuró Atsu con una voz gutural, y comenzó a correr en esa dirección, mientras intentaba descifrar lo que estaba ocurriendo.

Por alguna razón, al pasar por el espejo, la maldición de la gema azul se reactivó, pero esta vez, se había acelerado, por efecto de la gema roja, además de enviarlo más tiempo atrás del que pensaba que lo haría, justamente, el día de la invasión de Etnest a Maat.

—Puedo evitar que esto ocurra…— Dijo Atsu corriendo a toda la velocidad que su cuerpo le permitía, dando gigantescos pasos con los que avanzaba varios metros, mientras recordaba todo lo que había ocurrido en Redara, su pueblo, y deseaba salvarlos, tal como lo había prometido a sí mismo. Cada paso suyo hacía temblar la tierra y a sus enemigos, que miraban asustados a aquella gigantesca estatua de varias decenas de metros que se les acercaba con actitud muy poco amistosa.

La nave había aterrizado y los batallones estaban listos, luciendo sus estandartes con el flamante símbolo de Etnest, para pelear dirigidos por Darren, que estaba dentro de la nave de guerra más grande, que ofrecía un gigantesco cañón que usaban para volar grandes construcciones.

— ¡¿Por qué nadie me avisó que habían defensas?!— Gritaba alterado Darren a sus subordinados que no entendían lo que estaba pasando.

Atsu sin siquiera hacer algo, ya estaba contento al ver la expresión de terror en el rostro de Darren.

— ¡ATAQUEN!— Exclamó el líder de Etnest, apuntando a Atsu, con un grito que se sobrepuso por sobre los titubeos de los soldados.

Una ráfaga de balas comenzó a chocar contra Atsu, quién, instintivamente, se cubrió con el brazo, pero luego de darse cuenta que las balas simplemente rebotaban, se irguió, dio unos pasos y quedó frente a los batallones que comenzaron a disparar sus cañones a las piernas para

intentar derribarlo, sin éxito.

Con un manotazo, Atsu mandaba por los aires a cientos de soldados, cañones y otras armas.

Con un pisotón, aplastaba unos cuantos y hundía la tierra, desestabilizando un radio de varios metros alrededor de su pie.

—Hormigas…— Murmuró Atsu con desdén, mientras tomaba entre sus manos un trozo de tierra, sobre el que se encontraban muchos soldados, y cerraba sus manos, aprisionándolos dentro.

A pesar de ser hormigas, no podía evitar el odio que fluía de él. Tenía ganas de terminar con la vida de aquellas personas que mataban a gente inocente por cosas tan banales como poder y dinero. Acompañando el flujo del odio, su cuerpo iba generando más y más rocas que iban uniéndose a la tierra, como si intentaran volver al lugar donde pertenecía, pero no podía rendirse, no hasta evitar que aquella terrible invasión nunca ocurriera.

Darren había comenzado a disparar su cañón con la esperanza de hacer alguna diferencia en la batalla, pero sus disparos no eran más que cosquillas, al igual que el resto de disparos que aterrizaban sobre el cuerpo de Atsu.

Al verlo, las rocas de su cuerpo comenzaron a enterrarse con mayor fuerza en la arena. Sus brazos y piernas ya estaban sumergidos por la mitad, mientras veía a Darren que seguía disparando y gritando, y mientras más se enterraba, más se desesperaba y más fuerte se ataba al suelo.

Haciendo un último esfuerzo, se estiró lo más que pudo, abrió la boca y engulló a Darren entre gritos despavoridos. Segundos después, las rocas dejaron de tirar, y pudo levantarse, caminó un poco en dirección a Redara, hasta que logró divisarla, y una vez que comprobó que estaban a salvo, se dejó llevar y cayó sobre su espalda.

Estaba satisfecho, a pesar de que nada salió como pensaba. Había perdido a su hermano en una tormenta temporal, terminó presa de una maldición, su cuerpo ya no era lo que debía ser, pero estaba ahí, satisfecho y descansando por fin, esperando que la tierra se lo llevara. Pasaron unos minutos que le parecieron una eternidad, mientras el sol parecía observarlo de forma apacible, y su cuerpo terminó de unirse con la tierra, terminando con su vida y dejando una montaña con la forma de un gigante, como si fuera un titán que simbolizaba la protección de Maat.

Capítulo 10

JUDE

Jude era la persona más feliz del mundo. O al menos, así se sentía esa cálida mañana, mientras miraba a su derecha a su esposa y dos hijos. En ese mismo instante se había dado cuenta de que en cierta medida, había logrado todas sus metas. Mientras bebía café, pensaba en que tenía un buen trabajo en una universidad, junto con su viejo amigo y compañero de estudios, Jotaro, donde además de las clases, le permitían realizar investigaciones y expediciones y eso lo hacía sentir como Indiana Jones; se había casado con la mujer de sus sueños, Leonora, a quién había conocido hace varios años, y ahora estaba durmiendo a unos centímetros de él abrazando a Jinn (nombrado así por las criaturas sobrenaturales arábicas) y a Atsu (nombrado así por su significado en la lengua egipcia, "gemelo", ya que fue el segundo en nacer, por pocos minutos) quienes llegaron a llenar otro de sus anhelos de vida, tener dos hijos.

En ese momento, en ese preciso momento, pensaba en que era feliz con su vida y que estaba satisfecho, y mientras saboreaba esa sensación, unos recuerdos llegaron a su mente, de alguien que le había dicho que cuando uno se sentía feliz, el destino se esforzaba en arrebatártelo con un mordisco, y justamente, en ese momento, el timbre sonó, sorprendiéndolo y haciendo que derramara un poco de café caliente en sus piernas. Desesperado, se puso de pie, tirando la taza y el café al suelo, y comenzó a secarse con una polera que estaba cerca. Luego de un minuto, el timbre volvió a sonar y Jude, habiendo terminado de secarse y suspirado de alivio, fue a abrir la puerta, encontrando a una mujer que lo observaba con una mirada penetrante, que hizo que Jude se sintiera un poco intimidado.

—Hola, ¿Se encuentra Leonora?— Preguntó la extraña, haciendo una sonrisa que se veía bastante falsa.

—Eh… ¿De parte de quién?

— ¿Martha?— Dijo la voz de Leonora, a espaldas de Jude, que se había despertado por todo el alboroto.

—Hola hermana— Respondió la mujer, abriendo los brazos como si esperara un abrazo que fue respondido por Leonora, aunque no de inmediato.

— ¿Es tu hermana?— Preguntó Jude sorprendido, ya que apenas sabía

que su esposa tuviera una.

Luego del saludo, entraron a la casa, se sentaron en el living y comenzaron a conversar sobre todo lo que habían hecho todo ese tiempo separadas, mientras Jude las observaba, intentando encontrar el parecido entre ambas, e inconscientemente tocaba la mancha húmeda de café en su pantalón, hasta que se dio cuenta que se le había hecho tarde para el trabajo, por lo que se levantó, sin inmutar a las hermanas, y se dirigió a tomar una ducha que se vio interrumpida cuando el agua comenzó a salir helada, debido a que se había acabado el gas.

Una vez que estuvo listo para salir, revisó a sus hijos que dormían plácidamente, y se despidió de su esposa, que a diferencia de todos los días anteriores, no se despidió con un beso, si no con un gesto despreocupado de su mano.

Ese día en el trabajo, recibió una amonestación de parte de sus superiores, debido a que había sido hurtado un instrumento de medición bastante caro del laboratorio que él ocupaba, por lo que la responsabilidad era directamente suya.

Al volver a casa, su automóvil sufrió un desperfecto, por lo que tuvo que volver lo que quedaba del trayecto en grúa, cuyo conductor era muy mal educado y olía como no si hubiera bañado en varios días. Cuando quedaban diez minutos para llegar, la grúa también sufrió un desperfecto, por lo que tuvieron que llamar a otra grúa, pero el hombre de la primera no quiso devolverle el 90% del dinero que le pagó, y el segundo le cobraba más de lo recuperado, por lo que terminó pagando mucho más de lo que debía costarle.

Una vez que llegó a la casa, llamó a su mecánico, pero se encontraba en otra ciudad, por lo que lo derivó con otro mecánico que llegó rápidamente a su casa, y resultó ser una persona tan maleducada como el conductor de la primera grúa. Y para empeorar todo, apenas se distrajo, el mecánico desapareció junto con el auto, que fue recuperado a los quince minutos por la policía.

Al menos, había alcanzado a llegar a la cena, donde esperaba relajarse y disfrutar de la comida que preparaba su esposa, que tanto le gustaba. Sin embargo, ese día estaba más salada de lo habitual, un poco amarga y la carne bastante dura.

—Martha se quedará con nosotros por un tiempo, tiene problemas con su hogar y no tiene donde quedarse— Le dijo Leonora, mientras Jude intentaba masticar la suela de zapato, que se suponía que era la carne.

— ¿Sí? ¡Qué bueno!, no hay ningún problema— Contestó él, ofreciendo una sonrisa falsa, intentando hacerse buen ánimo, aunque lamentándose

por dentro que tendría que convivir con una desconocida.

—No entiendo lo que ocurre— Le decía Jude a Jotaro, un mes después de la llegada de Martha— Desde que apareció esa mujer, he tenido una racha de mala suerte tremenda.

—No creo que sea para tanto— Respondió su amigo, luego de beber un sorbo de café.

—Sé que suena un poco loco, pero es increíble como antes de que ella llegara, yo era feliz y estaba satisfecho con mi vida, y luego no han dejado de ocurrirme desgracias.

—Tal vez deberías pedir vacaciones, te puedo conseguir un buen hotel en Japón, mis padres trabajan en ese rubro. Tiene unas termas exquisitas, con vista al monte Fuji.

—Suena bien.

—Créeme, son tan increíbles como te las puedas imaginar.

— ¿Y si me las imagino aburridas?

—Eh…

—No importa, iré a hablar con el jefe, gracias por el consejo.

—De nada, amigo.

Jude se levantó de la silla y caminó a la puerta, hasta que de pronto se detuvo antes de abrirla. Mientras sentía un extraño temor, como si su vida corriera peligro y mientras eso ocurría, intentaba hacer entrar en razón a su mente, pero le era imposible.

—Jotaro, sé que sonará extraño— Dijo Jude volteándose lentamente— Pero si algo llegara a pasarme, ¿Podrías hacerte cargo de mi familia?

—Haría cualquier cosa por ti, sabes que eres como mi hermano.

—Sé que es una petición bastante grande, pero eres la única persona en la que confío lo suficiente, y cómo no hacerlo, después de todo lo que hemos pasado.

Jotaro, se puso de pie, se acercó a Jude y lo abrazó, y luego de unas palmaditas en la espalda, le abrió la puerta, que parecía ser imposible para Jude.

—¿Leonora?— Dijo Jude entrando a su casa, dispuesto a dar la noticia a su esposa, del próximo panorama que tendrían, sin embargo, no la encontró en la cocina, tampoco en la habitación o el baño. Mientras pensaba en la razón por la que pudo haber salido, pasaba por fuera de la habitación de Martha, donde escuchó in zumbido profundo, como un rugido gutural constante, que lo estremeció y le dejó una sensación desagradable.

Con cuidado, puso la mano en el pomo de la puerta, la giró con cuidado para que no emitiera ruido, abrió la puerta algunos centímetros y quedó helado por el horror de lo que vio dentro.

Martha estaba rodeada de lo que parecían ser animales muertos, mientras, con líneas rojas, estaban dibujados extraños símbolos y escrituras por todas las paredes. Frente a ella, un perro que parecía estar tan muerto como los demás animales, estaba de pie, estático y con los ojos desorbitados, mientras emitía el desagradable sonido. Martha movía sus manos alrededor, mientras susurraba algo que Jude no lograba entender. De pronto su vista se desvió hacia la puerta, y Jude, aterrorizado, la cerró y corrió hacia afuera de la casa, se subió a su auto y comenzó a conducir por calles aleatorias, intentando relajarse y ocupar su mente en otra cosa, para quitar la horrible imagen de su mente. Luego de un rato, se estacionó a unos diez metros de su casa, esperando a que llegara Leonora, para contarle lo que había visto.

Luego de unos veinte minutos, apareció ella por la esquina de la calle, mientras llevaba el coche doble donde estaban sus hijos. Jude se bajó del auto y caminó rápido para interceptarla antes de que entrara a la casa, pero antes de que la alcanzara, la puerta de entrada se abrió y apareció Martha, que saludó con felicidad a su hermana.

—Leonora— Dijo Jude, intentando hablar bajo, una vez que la alcanzó— Tenemos que hablar.

—Sí, luego de la comida, cariño— Dijo ella con un tono amoroso.

—Es urge…

— ¿Te ayudo a cocinar?— Interrumpió Martha, que estaba como si nada hubiera ocurrido.

—Sí, sería genial, estoy muy cansada.

En la cena, Jude hacía todo lo posible por no parecer nervioso, pero le era muy difícil.

No podía evitar sentir un miedo por lo que había visto, y se sentía aterrorizado por lo que recordaba, aunque comenzaba a cuestionarse, ya

que, después de todo, la magia no existía, y lo que vio pudo haber sido una alucinación producto del estrés que estaba sufriendo. Sí, eso seguramente fue. Estrés.

—Leonora, hoy pedí vacaciones, partimos mañana a Japón— Dijo Jude de pronto, luego de rendirse de masticar un trozo de suela.

— ¿¡En serio?! ¡Increíble!— Dijo Leonora emocionada— ¿Compraste los pasajes? ¿Vamos todos?

—Hmm… Bueno, Jotaro me consiguió un hotel para nosotros y nuestros hijos, así que solo compré pasajes para nosotros cuatro.

—Pero... ¿Y Martha?

—No te preocupes, no me gusta viajar, y alguien se tiene que quedar cuidando la casa— Interrumpió Martha, con una sonrisa que hizo que a Jude le recorriera un escalofrío por toda la espalda.

Esa noche, Jude no sabía si contarle a Leonora lo que había visto. Sonaba demasiado loco, y no quería preocuparla por su salud mental. A las 8 de la mañana, se levantó luego de no haber dormido ni siquiera un segundo, miró a Leonora que dormía plácidamente, se levantó y miró a sus hijos que dormían como si estuvieran felices en su cuna abrigada, y se dirigió a hacer las maletas.

Cuando Leonora se despertó, encontró todo empacado, revisó su maleta, hizo algunos cambios y se dirigió a preparar el desayuno, pero Jude se le había adelantado y tenía todo listo y servido.

En la mitad de la merienda, un llanto los sorprendió, se pusieron de pie de inmediato y corrieron a la habitación, donde encontraron a Atsu llorando y con toda la ropa vomitada, mientras Jinn lo miraba como si intentara comprender lo que le pasaba a su hermano. Leonora lo tomó y lo llevó al baño donde lo limpió, combatiendo más vómito y los movimientos de Atsu que parecían de dolor.

—Lo llevaré a mi amigo médico, no te preocupes, me atenderá de inmediato y volveré luego— Dijo Jude, tomando a Atsu— Llegaré a tiempo al aeropuerto… Por último viajo más tarde. Jotaro vendrá en un rato para ayudarnos y acompañarnos en el vuelo. Si yo no llego, él te ayudará en todo.

— ¿Estás seguro?— Preguntó Leonora nerviosa.

—Sí, no te preocupes— Dijo Jude, antes de besarla en la frente— Nos

vemos, te amo.

—Te amo.

Jude tomó unos cojines y con ellos acomodó a Atsu en el asiento delantero con el cinturón de seguridad. Se subió al auto, echó a andar el motor y partió en dirección a la consulta de su amigo.

A mitad de camino, notó que un papel comenzaba a asomarse por el capó del auto. Al principio no le prestó atención, ya que pensaba que podía ser algún flyer que dejaban recurrentemente en los parabrisas, y que se había caído dentro. Pero pronto se dio cuenta que en realidad estaba escrito a mano con extraños símbolos, como los que había visto en la habitación de…

—Martha…— Susurró Jude antes de que el papel volara y se pegara en el vidrio, y segundos después, el manubrio se trabara, evitando que pudiera desviar su camino. Los frenos también habían dejado de funcionar, evitando que pudiera detenerse, mientras veía que se acercaban a un camión estacionado a unos metros más adelante. La velocidad parecía aumentar más y más, acercándolo inevitablemente a su final. Resignado, desabrochó su cinturón de seguridad y puso su cuerpo sobre Atsu, con la esperanza de al menos salvarlo.

—Estás bien, no te preocupes, estás en un lugar seguro— Dijo la voz de un anciano desde cerca.

— ¡Atsu!

—No te preocupes, él está bien, está durmiendo.

— ¿Dónde estoy?

—En Maat, la luna de Selkis.

— ¿Qué?

—Es una historia larga.

Jude miró la mano que le estaba tendiendo el anciano, la tomó para levantarse y miró que cerca de él estaba Atsu durmiendo como si nada. Se puso de pie y se dirigió a una cortina que parecía ser la salida de aquella tienda en la que se encontraba. Una vez que la abrió, sintió una brisa tibia y un inmenso planeta cubierto de nubes turbulentas, sobre un cielo rosáceo se encontraba frente a él.

Bajo la tutela de Baniti, Jude se convirtió en el líder de Maat, ya que Baniti debía permanecer oculto, pero sentía una obligación con los habitantes del

lugar. Baniti también se hizo cargo de la educación de Atsu en todos los ámbitos, mientras que Jude recibía instrucción militar. Paralelamente a su trabajo de líder, como echaba de menos su antigua profesión, recopiló mitos, leyendas e historias reales, y publicó un libro que funcionaba como una enciclopedia, o una guía de las culturas de Selkis.

Leonora estuvo dos días esperando a Jude en Japón, hasta que se devolvió y se encontró con que había muerto, y las notificaciones de la policía habían sido recibidas por Martha.

Jotaro, como buen amigo, se hizo cargo de Leonora y Jinn, con los que eventualmente formó una familia, adicionando a los años a Fumie, su hija con Leonora.

Martha se quedó viviendo con ellos, sin que sospecharan, hasta que Jotaro creyó ver algo extraño, que descartó por culpar al estrés y terminó muerto en un accidente automovilístico junto a Leonora.

Capítulo 11

INICIO DEL FIN

De pronto, abrió los ojos —Bienvenido a casa, hijo— dijo una mujer, sonriéndole.

—Agh… tuve una pesadilla… mamá…

—Abre bien los ojos, soy tu abuela, no tu madre.

— ¿Abuela? ¿Elina o Dana?

—Agh... No me confundas con Elina, odio ese nombre.

Jinn se refregó los ojos y miró a su alrededor, encontrándose con un lugar bastante particular. Era una especie de choza a medio terminar en medio de un frondoso y caluroso bosque. A unos metros más allá, había un río con una pequeña cascada que caía de un cerro que continuaba alzándose hasta que se perdía de la vista. Su abuela Dana estaba sentada a su lado y lo miraba sonriendo. Jinn se levantó y se acercó a abrazarla.

— ¿Así que estamos muertos?

—Sí y no, es relativo, depende de la persona.

— ¿De qué hablas?

—Bueno… digamos que es algo complejo contarte todo y que me entiendas sin que creas que hablo locuras.

—Eeeh…

—Ven, acompáñame— dijo ella, mientras se levantaba con esfuerzo, como si le doliera algo. Tomó un libro que estaba bajo la pata de una mesa para equilibrarla y salió de la choza en compañía de Jinn, en dirección al cerro. Una vez allí, Jinn notó algo increíble: Al horizonte se podía apreciar una luna gigantesca que parecía estar muy cerca, incluso podía notar manchas correspondientes a poblados de casas. También, notó que había unos trazos que iban por toda la superficie, como si se interconectaran.

Su abuela se sentó en una roca, estiró su brazo hacia abajo para alcanzar el río, se remojó la frente, abrió el libro y procedió a leer, aunque parecía

que las palabras venían resumidas de su mente.

“Antes de que los planetas fueran creados, existían dos dioses hermanos, que habitaban en la nada. Un día, discutieron y uno de ellos mató al otro. De su cerebro, emergieron dos planetas paralelos, de su lado izquierdo salió la Tierra y de su lado derecho emergió Selkis, nuestro planeta. El hermano sobreviviente, arrepentido, se quitó su corazón, de donde emergió Maat, la luna de nuestro planeta, y luego con su carne creó la vida, con la que pobló ambos planetas. Los dioses se reencontraron en un plano inmaterial y, reconciliados, otorgaron a dos humanos el destino de salvar el mundo cuando fuera a colapsar, y crearon un conjunto de gemas con las que esperaban mantener el equilibrio. Al terminar, se retiraron a descansar a un mundo intermedio inmaterial.”

Luego de eso, tomó aire y continuó.

—En Selkis, la vida se desarrollaba siempre con problemas. La tierra carecía de minerales o energía y la pobreza siempre era abundante. Un día, un comerciante errante encontró un templo subterráneo, donde se encontraba una esfera negra, completamente lisa, pero con un orificio en el centro. Alrededor de ella, se encontraban 4 piedras preciosas, que fueron vistas como un regalo divino por las monarquías. Se repartieron las gemas, a modo de alianza jurando preservar la paz y convocaron a los más grandes sabios y artistas, quienes diseñaron un conjunto de objetos utilizando las gemas para embellecerlos.

Todo estuvo bien por un tiempo, hasta que descubrieron que las gemas otorgaban poderes a sus poseedores, y pensando en que tendrían superioridad sobre el otro, desataron guerras, condenando a la humanidad a la muerte. Los sabios, avergonzados, desaparecieron. Se dice que luego de forjar los objetos, viajaron a algún lugar donde tuvieron contacto con los dioses.

Baniti diseñó una espada khopesh con la gema azul. Aquella gema tiene como habilidad robar recuerdos, pero el khopesh es un trabajo tan finamente realizado, que prácticamente otorga un incremento de fuerza significante al utilizarlo. Se le llamó el Filo de Seth. Elina creó un collar que concede protección cuando lo requería con la gema verde. Noa fue el único que intervino la gema, descubrió la manera de volverla etérea y creó una copa dentro de la cual hay un líquido negro que se evapora formando letras y que posibilita la ejecución de la magia. Y yo, Dana, creé un anillo con la gema roja, que manipula el tiempo, permitiendo restaurar heridas, principalmente.

Baniti dejó su puesto en la realeza y se dice que se retiró a un lugar donde las guerras no existían. Noa también desapareció, y yo me retiré a vivir entre los bosques, sola. Elina, sin embargo, se volvió ambiciosa e

intentó recolectar las gemas, presumiblemente para obtener poder.

—Entonces, ¿estamos muertos o no?

—Esa es una larga historia también. Yo originalmente era una mujer nacida en la Tierra. Cuando pequeña, tenía un grupo de amigos que se convirtieron en una familia para mí, ya que sólo nos teníamos a nosotros para sobrevivir. Una noche, buscando algo que comer, robamos pan de una tienda, pero el jefe de la tienda nos atrapó en el intento, sin embargo, no nos regañó, para extrañeza de nosotros, nos invitó dentro de su tienda a comer. Estábamos maravillados por el hecho de que un extraño nos ofreciera una cálida cena. Si hubiéramos tenido padres responsables que nos hubieran dicho que no debíamos confiar en extraños, no hubiéramos entrado en la casa de un psicópata que nos torturó hasta la muerte.

— ¿Entonces estamos muertos?

—Déjame terminar— Respondió ella algo irritada por la insistencia— Aparecí en un lugar que te debe parecer familiar. Simplemente aparecí, no recordaba cuánto tiempo estuve parada ahí ni cómo había llegado. Podría haber estado parada ahí miles de años o algunos segundos y se habría sentido igual. En ese lugar estaba mi cuerpo, pero al mismo tiempo no estaba. Mis ojos veían, pero no de la manera en que siempre lo hacen, sino que no me limitaban, siento que podría haber observado kilómetros más allá, o alguna microscópica partícula frente a mis ojos. En ese momento, sentía que tenía todo el conocimiento respecto a mi vida, la vida de todos, la historia o el mundo, pero no me interesaba, no lo necesitaba… ya no necesitaba saber nada. Los demás estaban conmigo, frente a dos gigantescas estatuas, que de pronto comenzaron a hablarnos. Nos dijeron que debíamos cumplir una misión en otro lugar y luego de instruirnos en nuestra misión y otorgarnos sabiduría en múltiples aspectos, nos trasladaron a un lugar nuevo e increíble para nosotros: Selkis.

Tiempo después, como extrañaba la Tierra, descubrí una manera de cruzar, y me asenté por un tiempo allá, acompañada de Elina. Luego de una pelea entre las dos, ella me envió de vuelta a este lugar.

—Creo que recuerdo algo de lo que me estás hablando… Recuerdo haber estado en ese lugar de las estatuas, y, ciertamente, es indescriptible.

—Jinn, tu misión. Volvamos a la casa para darte provisiones.

—eh… sí… ¡espera! ¿Qué es eso?— Preguntó Jinn apuntando a la luna.

—Ah… Es la luna de este planeta, Maat. Era un lugar pacífico hace mucho tiempo, sin grandes aspiraciones, nada más que vivir con tranquilidad y disfrutar sin cuestionar la sabiduría de la tierra y lo que los dioses les

entregaban. Estaban al margen de este planeta, que, a diferencia de ellos, no se encontraban nunca en paz, hasta que en un pueblo descubrieron la existencia de un mineral que podía ser vendido a un alto precio. Los monarcas entonces se dieron cuenta que seguía existiendo ese pedazo de tierra que despreciaban por ser un lugar carente de productos de los que obtener riquezas y lleno de gente pobre y desagradable, y comenzaron a discutir sobre la soberanía del lugar, como si no perteneciera a la gente que ya vivía allá. Uno de los reinos planificó una invasión en secreto, mientras los demás se daban la mano, proclamando que no intervendrían. Sin embargo, cuando llegaron, un gigante de rocas combatió contra ellos, aniquilando por completo la invasión, antes de desmayarse y terminar uniéndose con el suelo.

— Qué increíble… Dijo Jinn, mirando la silueta de lo que debía ser el gigante, descansando en la tierra.

—Bueno, vamos, debes prepararte para tu salida— Dijo Dana caminando de vuelta a la choza.

— ¿Mi salida? ¡Pero si acabo de llegar!

—Y ya debes partir.

— ¿A dónde debo ir?— Dijo Jinn, alcanzando a Dana.

—Debes ir a hablar con Noa, se encuentra en la ciudad de Etnest… Te daré un mapa también.

Dana lo hizo sentarse y le puso un plato de comida enfrente de aspecto desagradable y mientras Jinn la saboreaba, dándose cuenta que era mucho mejor de lo que se veía, Dana comenzaba a ordenar un montón de cosas que ella creía que Jinn necesitaría. Sacó un bolso y metió las cosas dentro.

—Ah, por cierto… ¿Revisaste tus bolsillos?— Preguntó Dana.

— ¿Mis bolsillos…?— Dijo Jinn extrañado mientras metía sus manos y encontraba una piedra que sacó y observó, notando que era extremadamente hermosa, de color blanco semitransparente— ¡Ah, Ya recuerdo todo!

— ¿Qué cosa?

—Lo del mundo inmaterial, lo mismo que contabas… estuve allí, pero no recordaba nada.

—Ah, tienes razón… ¿Y ahora recuerdas?

—Sí. Los dioses me hablaron, al igual que a ti, me dijeron que tenía una misión muy importante en otro lugar, que no podía morir así, y que me entregarían una gema que llegado el momento, me serviría para lograr mis objetivos.

—Ahí está entonces, tienes una misión, y debes partir cuanto antes— Dijo Dana acercándose y tomando el plato vacío— Toma este bolso, eché comida y algunas herramientas que te podrían ayudar, pero no es mucho, si te entrego todo, me quedaré sin nada y me veré en la obligación de ir a la ciudad, cuando odio hacerlo.

Le entregó el bolso y luego de abrazarse, le deseó suerte y lo guio hasta el camino que lo llevaría a la ciudad.

Jinn comenzó a caminar incesantemente por el camino que atravesaba bosques y ruinas de antiguos pueblos o torres que fueron derribadas hace mucho tiempo. Y luego de hacerlo por una hora, comenzó a divisar por fin unas construcciones que no se veían destruidas.

Los alrededores de la ciudad, tenían montones de caminos que venían de distintas direcciones y se juntaban en un círculo de piedra justo en frente de unas gigantescas puertas que daban la bienvenida a aquel lugar de aspecto triste y hostil.

Las puertas estaban abiertas, recibiendo y despidiendo un flujo de personas lentas y sucias, que gruñían entre ellos, mientras cargaban cajas, sacos o canastos repletos de cosas que Jinn no podía reconocer. Cuando estuvo frente a las puertas, un grito de "¡muévanse!" se escuchó, mientras un vehículo motorizado que expelía gran cantidad de vapores y humos, intentaba pasar por entre el tumulto de gente. Las personas, incluido Jinn, se apartaron para dar paso a la máquina, mientras observaban al conductor que poseía unas ropas opulentas y unas gafas oscuras.

Una vez dentro, Jinn comenzó a buscar a la persona que debía encontrar, mientras miraba el mapa y lo comparaba con las calles por las que estaba pasando. Luego de unos 40 minutos de recorrer la ciudad, se dio cuenta del desequilibrio social, lo diferente que era con respecto a la Tierra y lo grande que era la casa a la que debía llegar, con respecto a las demás que la rodeaban. Golpeó a la puerta, pero nadie salió. Miraba hacia los lados, pero no parecía que hubiera alguna persona transitando por el lugar, solo un gato gordo y peludo que jugaba con un insecto que revoloteaba cerca de él. Mientras lo miraba creerse un tigre a punto de atrapar a su presa, tuvo una corazonada y se acercó a él.

El gato lo miró y sin darle mayor importancia, siguió en lo suyo, como si fuera algo importante que debía hacer.

— ¿Eres Noa, cierto?— Dijo de pronto Jinn, mirando al gato, quién encogió las orejas y lo miró con los ojos ampliamente abiertos. Miró hacia otro lado, mientras forzaba sus orejas a estar normal y se echó en el suelo como si se esforzara por ignorar a Jinn.

—Yo sé que eres tú— Dijo Jinn sacando la gema blanca de su bolsillo— Me enviaron a hablar contigo.

El gato que estaba intentando mirar hacia otro lado, pero observaba a Jinn de reojo, quedó perplejo al ver la gema, y tal como si hubiera visto un perro, se levantó e intentó correr.

— ¡Por favor, Noa!— Gritó Jinn, tomando al gato por la cola, interceptándolo cuando intentaba subir a la muralla— Estás demasiado gordo, te puedo pillar fácilmente.

El gato, desesperado, mordió la mano de Jinn que lo soltó de inmediato.

— ¡Agh! ¿De verdad eres tú la persona que debía guiarme? ¡eres la persona más ridícula que he conocido!— Le dijo Jinn, mientras miraba al gato alejarse, quién, cuando escuchó lo que le estaban diciendo, paró en seco, giró su cabeza, mirando con enojo a Jinn y de un segundo a otro, el gato había desaparecido y un hombre, elegantemente vestido, con un traje que hacía juego a su pelaje de gato, se levantaba del suelo, tomaba lo que antes era su cola y ahora era un bastón, y le propiciaba un golpe a Jinn en las piernas.

—Insolente, debes tener más respeto con tus mayores— Le dijo el hombre, limpiándose un poco de polvo de su traje.

— ¡Eres Noa!, ¡yo lo sabía!— Exclamó Jinn, mirando a un hombre de aspecto juvenil, muy alto, delgado, de tez pálida y cabello castaño claro.

—Es Señor Noa Eklund, para ti— Le dijo con enojo, mientras pensaba "¿por qué vendrá a verme gente rara?"

—Eh… no te llamaré señor.

—Y yo no te guiaré a nada— Respondió Noa, notoriamente irritado por esa pelea infantil.

—Entonces fracasaré en la misión que me dieron los dioses.

— ¿Quién te habló de mí?— Dijo Noa, sentándose en el suelo.

—Dana, mi abuela.

—Aaah… ¿Y cuál es tú nombre?

—Jinn— Respondió él, mientras se sentaba frente a él.

— ¿De dónde obtuviste esa gema?— Preguntó Noa, mirando al bolsillo donde Jinn la tenía.

—Apareció cuando yo aparecí acá, en la choza de mi abuela.

— ¿Vienes de la Tierra, entonces?

—Sí… recuerdo haber muerto allá, pero de pronto estoy acá…

—Vaya, estos tipos siempre hacen lo mismo…— Dijo Noa en voz baja.

— ¿Qué tipos?

—No importa. ¿Y qué se supone que debo hacer?

— No lo sé… A mí me enviaron acá, no sé nada.

—Déjame ver la gema un poco— Dijo Noa tendiendo su mano.

Jinn la sacó de su bolsillo y la puso sobre la mano de Noa, quién comenzó a observarla por todos los ángulos y de distintas distancias.

—Curioso…— Dijo Noa en voz baja.

— ¿Por qué eras un gato tan gordo, siendo una persona tan delgada?— Preguntó Jinn, completamente fuera de tema.

—Intenta siquiera transformarte en gato y volver a ser humano y luego pregúntame lo mismo. Es complicado meter tu masa corporal en algo tan pequeño como un gato.

—Si sabes volver a ser humano… ¿Hay posibilidad de revertir la transformación de otra persona?

—Eh… Sí, pero sólo yo sé cómo hacerlo. Es algo que inventé y me guardé para mí— Respondió Noa, devolviéndole la gema— Ya sé que hacer, si hacemos todo bien, terminará por fin todo esto.

— ¿Qué debemos hacer?— Preguntó Jinn intrigado.

—Visitar un gigante que conozco— Respondió Noa poniéndose de pie.

Capítulo 12

DESTINO MISTERIOSO

Jinn comenzó a caminar, siguiendo a Noa, que con actitud distraída, se dirigía a lugar que parecía saber instintivamente.

— ¿Hacia dónde vamos?— Preguntó Jinn, luego de que se devolvieran por la calle en la que iban.

—Estoy buscando un transporte— Respondió Noa, mirando hacia las tiendas que ofrecían infinidad de productos, desde los más comunes, como tomates, hasta otros más extraños, como ratas muertas aplastadas que servían para hacer un té para adelgazar, según sus vendedores.

—Bebí té de rata por un año— Dijo Noa cuando vio que Jinn las observaba con interés— Luego descubrí que era mentira— sentenció Noa, con la misma actitud distraída.

—Selkis es muy extraño— Dijo Jinn.

—Lo mismo pensé cuando llegué de la Tierra, ahora creo que la Tierra me parecería extraña si fuera hacia allá.

— ¿Nunca intentaste volver a la Tierra, después de llegar acá?

—No.

— ¿Por qué? Allá estaba tu hogar ¿no?

—No, allá no tenía hogar y nunca lo tuve. Vivía en la calle y morí asesinado. Acá puedo vivir sin problemas, con una razón por la que hacerlo. Este es mi hogar— Respondió cuando se detuvo frente a un almacén que apestaba a excremento de algún animal rumiante.

—Acá venden y arriendan Popos.

— ¿Qué? ¿Popos?

—Sí, popos, son similares a la llamas.

Entraron al lugar y encontraron una especie de molino que en cada aspa sostenían con una cinta por el vientre a popos de muchos colores, que

comían pasto que lanzaban unas personas sobre unos ventiladores.

¡Hola, tenemos los mejores popos de Selkis!— Dijo el hombre, haciendo un ademán con la mano para mostrar los animales masticando pasto detrás suyo.

—Compraré dos— Dijo Noa, mientras Jinn se intentaba aguantar la risa— Deme los mejores popos, será un viaje largo.

—Sí, un asistente le mostrará los disponibles— Llamó a alguien con un silbido y apareció una persona que saludó a Noa como si se conocieran de antes.

¿Por qué necesitas popos? ¿No tienes una moto?— Preguntó el hombre.

—No, ya no la tengo— Respondió Noa a regañadientes y luego se dirigió a Jinn— ¿Cuál te gusta?

Jinn, que había estado mirando a los animales, eligió a un que le había estado mirando con cara amistosa. Noa eligió al que estaba más cerca de él, que resultó ser uno muy gordo que comenzaba a jadear a los minutos de caminar.

Noa pagó con unas monedas cuadradas plateadas y unas pocas triangulares más pequeñas y doradas, y salieron del lugar sobre sus flamantes popos nuevos.

Abandonaron la ciudad, y luego de dos horas, llegaron a un lugar donde lanzaban transbordadores en dirección a Maat.

Era una torre de unos 100 metros, que se habría en el centro, por donde salían las naves disparadas. Los lanzamientos se hacían en un rango de tiempo específico, ya que debían aterrizar en un lugar específico. Todo estaba especificado.

Entraron al edificio y se encontraron con muchas personas esperando por su turno. La mayoría tenía un aspecto pobre y descuidado, y las gallinas enjauladas como equipaje, no ayudaban a que lucieran mejor.

Compraron un boleto en clase turista, además de comprarle a los popos en clase animal, donde se fueron acompañados por todas las gallinas enjauladas. Esperaron unos 20 minutos y abordaron el transbordador, no sin antes dejar bien asegurados a sus animales.

Luego, comenzó el despegue. El transbordador fue levantado para alcanzar unos 70° de inclinación, mientras a los costados, unos carros que eran empujados mediante un sistema de poleas, estiraban una especie de

elástico gigantesco.

—Qué raro…— Dijo Jinn— Parece una ballesta gigante.

—Eh… sí— respondió Noa, que se había acomodado para dormir.

“Les habla el capitán y les aviso que partiremos en cinco segundos. Les deseo un buen viaje” Dijo de pronto una voz por altoparlante, y cuando apenas terminó de sonar, se escuchó un clic, y de inmediato fueron lanzados a toda velocidad al cielo.

Jinn sentía que su corazón estaba por salirse y no podía evitar observar a Noa que estaba sumamente tranquilo.

—No pasaron 5 segundos…— Dijo Jinn con esfuerzo.

Luego de unos minutos que para Jinn fueron eternos, la velocidad comenzó a descender cada vez más.

—Uh, parece que el motor no parte, nos caeremos— Dijo de pronto Noa levemente exaltado, que había abierto los ojos y se había levantado un poco del asiento.

— ¿Qué?— Exclamó atónito Jinn.

De pronto el transbordador, que se había quedado suspendido en el aire, comenzó a caer, mientras ahora Jinn sentía el corazón en la garganta. Por un segundo, estaba seguro que se estrellarían contra el suelo y morirían al instante, pero con un fuerte estruendo el motor se encendió y comenzaron a elevarse lentamente, con lo que Jinn pudo suspirar y Noa volvió a recostarse, sonriendo satisfecho por haberlo asustado.

El aterrizaje en Maat fue tan extraño como el lanzamiento. Cuando quedaba poco, abrieron una especie de paracaídas en el costado derecho, frenándoles e invirtiendo la nave. Encendieron un motor secundario que movía la nave de forma invertida y así avanzaron hasta aterrizar. Sin embargo, en el momento en que voltearon la nave, la puerta de la Clase Animal se abrió y las gallinas, que se habían salido de sus jaulas, entraron asustadas al resto de la nave, entre una nube de plumas y gritos de las personas sorprendidas e intentando devolverlas a sus jaulas.

Noa, que se había despertado por el alboroto, le hizo un gesto a Jinn para que lo siguiera a ver si estaban bien los popos.

— ¿No fuiste tú el último que salió de ahí?— Preguntó Jinn, mientras caminaba con esfuerzo por entre el alboroto.

—Eh… No, cómo crees…— Respondió Noa, intentando evitar la pregunta.

Cuando entraron, vieron a los dos popos acostados, y el de Jinn levantó su cabeza y lo miró con cara amistosa.

—Vaya, son bastante tranquilos— Dijo Jinn.

—Tenemos que volver a los asientos— Dijo Noa, mientras una gallina pasaba por sobre su hombro en busca de su dueño. Luego, al volver a sus asientos, divisaron a esa gallina echada sobre las piernas de su dueño.

—Los animales se comportan muy extraño acá— Dijo Jinn, luego de sentarse.

—Ya no recuerdo cómo eran los de la Tierra— Respondió Noa, abrochando su cinturón sin algún atisbo de nostalgia.

Luego de unos diez minutos, la nave por fin aterrizó y la gente descendió con lentitud, acompañada de sus animales.

Maat era un lugar desértico, lleno de rocas y una arena amarilla que se extendía hasta el horizonte. Era relativamente pequeña, llegar al otro extremo, tomaba 48 horas montando en popo, pero como estaba tan cerca de Selkis, ésta se veía gigantesca, y se podía viajar a ella.

La vegetación era casi nula y el oxígeno también lo sería si no fuera gracias a unas estructuras piramidales de cristal, de una altura de un metro, repartidas a lo largo de Maat, que producían el oxígeno necesario.

—Nosotros construimos esas pirámides— Dijo Noa al observar que Jinn estaba mirándolas— Son mágicas, el conjuro lo formulé yo y Baniti fue la primera persona en pisar Maat, y se encargó de repartir los conjuros, que se convirtieron en esas pirámides, el día siguiente.

— ¿Y si no había oxígeno, cómo lo hizo Baniti para respirar?

—No lo hizo, ocupó la Sortija de Ureus para mantenerse con vida. Creo que fue muy doloroso.

—Increíble— Dijo Jinn intentando imaginar cómo pudo haber sido.

Noa pasó a comprar provisiones a un almacén comercial que estaba al lado del aeropuerto, para tener agua y alimentos en el trayecto que debían recorrer.

— ¿Y hacia dónde vamos?— Preguntó Jinn, cuando Noa volvió cargando

una especie de mochila, donde llevaba lo que acababa de comprar.

—Cuando lleguemos, te lo diré… Lleva la mochila tú, me arrugará la ropa— Respondió Noa, lanzándosela a Jinn— Nos tomará unas 15 horas llegar a nuestro destino, descansaremos un poco cuando llevemos la mitad.

—Está bien— Respondió Jinn resignado.

Montaron sobre los popos y comenzaron a cabalgar por el rastro de un sendero de rocas que se extendía al horizonte, donde ahora se podía ver que Selkis comenzaba a ocultarse.

Llegado un momento en que había algo que parecía una noche, pero más iluminada de lo que estaba acostumbrado Jinn, prepararon una rústica carpa, comieron una pasta que tenía sabor a porotos, y alimentaron a los popos con pasto prensado que también había comprado Noa.

Luego de comer, ambos se fueron a dormir dentro de la carpa, pero debido al calor, Jinn terminó durmiendo afuera, junto a su popo. Cerró los ojos mientras en el horizonte, desde donde venían, Selkis comenzaba a asomarse y Jinn podía identificar perfectamente las ciudades iluminadas en un gigantesco continente, y se preguntaba cómo serían aquellos lugares. Cerró los ojos nuevamente y los abrió segundos después, pero se encontraba en un lugar completamente diferente. El cielo estaba iluminado por un sol negro, como si se hubiera apagado hace mucho tiempo atrás, convirtiéndose en un trozo de carbón surcado por grietas anaranjadas que emitían la poca luz que había en el lugar, y que le daba un color morado al cielo. Se puso de pie, y frente a él había una pirámide de cristal, pero mucho más grande que las que estaban repartidas por Maat, y a diferencia de ellas, tenía un trazado laberíntico que la recorría, que emitía una luz amarilla, y a veces se volvía más blanca. Dentro había una figura que alcanzaba a percibirse con dificultad, pero parecía ser un monstruo gigantesco, con alas y de color blanco.

Jinn, comenzó a elevarse de pronto, en contra de su voluntad, mientras los ojos del monstruo que alcanzaban a verse como si fueran dos manchas negras completamente vacías, parecían seguirlo.

Alcanzó a tener una vista panorámica del lugar. Se encontraba en una especie de isla plana, en medio del espacio. Podía ver donde terminaba la tierra, con vegetación que caía al vacío por el borde.

—Jinn, despierta, debemos seguir— Dijo Noa, zarandeándolo.

El sol ya estaba saliendo al horizonte, mientras Noa le entregaba la misma comida del día anterior. Un poco harto de ella, terminó de comer, ayudó a

Noa a empacar la carpa y reanudaron su camino al destino misterioso.

Luego de cuatro horas de camino, Jinn estaba harto. No sabía adónde se dirigían, cuándo llegarían o siquiera porqué debían ir allí.

—Oye, Noa.

— ¿Qué?

— ¿Puedes decirme hacia dónde vamos?

—Todo a su tiempo.

— ¿Puedes decirme por qué debemos ir a ese lugar?

—Cuando lleguemos, lo sabrás…

—Argh…— Aquellas respuestas no hicieron más que irritarlo. Aún más, ¿por qué debía haber tanto secreto? Si querían que fuera a un lugar, debían haberle dicho y ya.

—Deja de lloriquear— Dijo de pronto Noa, esbozando una sonrisa burlona— Ya estamos acá.

A lo lejos, una especie de estructura gigantesca de piedra comenzaba a divisarse, y luego de unos 20 minutos, Noa rompió el silencio nuevamente.

—Éste es, pues, el lugar al que nos dirigíamos. Es conocido como "El guardián de Maat". Se cree que aquel gigante de piedra se levantará de nuevo a defender el lugar.

— ¿Se levantará "de nuevo"?

—Sí, bueno, no se ha levantado desde que llegó ahí, así que es un error lingüístico, pero en algún momento, hace algunos años, llegó y destruyó por completo una invasión de Etnest que estaba llegando a Maat. Luego de derrotarlos, se recostó ahí esperando el momento de levantarse, en caso de una nueva invasión, según la leyenda.

—A propósito, aún no tengo muy claro eso de los reinos de Selkis.

—Hay cuatro grandes reinos y algunas otras ciudades pequeñas o pueblos, que no pertenecen a ellos. Son Etnest, Dahara, Taudir y Mydene. Por cuestiones políticas, las personas que viven en aquellas urbes, deben portar en alguna parte de su vestimenta, el símbolo que corresponde al reino. Ahora que lo pienso, no sé cómo es que entraste sin que te

detuvieran los guardias.

— ¿Pero hay alguna diferencia entre vivir en una ciudad u otra?

—no mucha, aunque cambia la manera de ver las cosas. Debes comprender que aquellos reinos se formaron a partir de tribus que probablemente pasaron desde la Tierra, e hicieron sus primeros poblados, que poco a poco fueron convirtiéndose en lo que son ahora, por lo tanto, debido idiosincrasia inherente a las tribus, el reino de Etnest, por ejemplo, es mucho más militarizado y estricto, aunque yo viviera en el sector más comercial y residencial, tal vez por eso que no tuviste tantos problemas.

— ¿Y las demás?

—Mydene es un reino muy tranquilo, a pesar de que tienen una fuerza militar muy potente. Se encuentran a la orilla del mar, donde además desembocan varios ríos. De hecho, las construcciones más importantes se encuentran en un delta. Se caracteriza por tener muchas calles de agua, donde se debe transitar en bote.

Dahara está muy influenciado por los egipcios, de hecho, por eso para Baniti fue como encontrase con su hogar. Sin embargo, tienen un gobierno fuertemente represor, por lo que muchas personas desean abandonar el lugar, en busca de mejores oportunidades. Redara, acá en Maat, fue originalmente una especie de colonia formada por personas que abandonaron Dahara. A pesar de todo, los grandes genios inventores y descubridores, surgieron de ese lugar, por lo que sus estudios de las ciencias son muy avanzados allí.

Taudir, por último, es una metrópolis empresarial. Se encuentran probablemente, en el lugar más privilegiado en cuando a materias primas, de todo Selkis. Están cerca de montañas con grandes vetas de minerales, mientras tienen salida al mar con abundante pesca, y por si fuera poco, tienen grandes bosques y extensiones de praderas, desde donde sacan madera y tienen unos cuantos animales.

El resto de pueblos y ciudades más pequeñas, sirven por lo general, para abastecer a las grandes ciudades con cultivo de vegetales y animales de pastoreo, también.

— ¿Y eso es todo? ¿No hay más países o naciones?

—No, eso es todo, pero no es un planeta pequeño, de hecho, mide lo mismo que la tierra. Sucede que se ha desarrollado de forma distinta, y acá hay un solo gran continente. Al otro lado hay algunas pequeñas islas deshabitadas, así que está toda la gente confinada en ese gran pedazo de

tierra.

Una vez que llegaron, se bajaron de los popos, les dieron agua, y los dejaron comiendo de la vegetación que estaba creciendo en el lugar. Subieron unas escaleras de madera que habían puesto las personas que usaban para ir a admirar al gigante de roca, y una vez que estuvieron sobre su pecho, Noa le dio su versión de la historia.

— ¿Mientras estuviste en la tierra, conociste a una persona de nombre "Atsu"?

—Sí, mi hermano… Iba a ayudarlo, cruzamos el espejo, pero entonces perdí el conocimiento y aparecí de vuelta en la tierra y a él nunca más lo vi.

—Bien, yo lo ayudé a ir a la tierra a través de uno de los Espejos de Horus, y gracias a él perdí mi moto. La gente que lo perseguía la destruyó para hacerme hablar, pero ellos no sabían quién era yo— Luego de decir eso, miró de manera rencorosa en dirección al rostro de la gran estatua. La gema azul corrompió su cuerpo y lo convirtió en un golem de roca, y de alguna manera, encontró la gema roja que había escondido Dana, volvió al pasado y evitó la conquista de Maat, evitando la muerte de su padre, Baniti y el resto de su pueblo, Redara.

— ¿Entonces él está vivo? ¿No se produjo una paradoja?

—No, las gemas funcionan de formas muy misteriosas, y como Atsu ya existía en este mundo, ese Atsu murió, quedando sólo este Atsu.

¿Pero entonces, este Atsu no está muerto?

—No, está atrapado, y tú puedes liberarlo con la gema incolora.

—Espera ¿Por qué debo ser yo el que haga todo esto, siendo que tú eres mucho más capaz y sabio que yo?

—Como sabes, cada gema te otorga su poder, pero además te otorga una maldición. Sin embargo, hay dos maneras de evitar ese inconveniente, teniendo el set completo, pero ahora resulta que hay una más, y da cabida a pensar que puedan haber más y el set completo nunca lo veremos. Y la otra, es ser la persona elegida por la gema. Ser el único de entre todos los humanos que al tener la gema en tu poder, no serás maldito.

—Pero ustedes tuvieron las gemas por mucho tiempo, y las usaron incluso ¿Cómo es que no les pasó nada?

—En realidad, no es así, estamos muy malditos. Yo, que trabajé en la Copa de Thot, recibí una maldición que me hace no poder olvidar nada.

—Pero me dijiste que habías olvidado cómo eran los animales en la Tierra…

Sí, porque en el momento de conocer los animales de la Tierra, no estaba maldito. En fin, lo que te trato de decir, es que tú eres el elegido de esa gema incolora, y por lo tanto, no recibes ninguna maldición. Si yo la usara, no me quiero ni imaginar lo que puede hacer.

— ¿Entonces sólo debo extraer el alma de Atsu, cierto?

—Sí, pero además, debes guiarla.

— ¿Cómo?

—Verás, falta una parte de la historia. Elina robó la Copa de Thot antes de irse de Selkis a la Tierra, produciendo la incorporación de Taudir a la gran guerra, acusando al resto de las naciones del hurto de aquel objeto. Una vez allá, descubrió la manera de cómo viajar entre los mundos, aunque sólo pudo hacerlo una vez, y lo hizo para viajar en un punto de la historia, a este lugar, para robar la Sortija de Ureus, que estaba incrustada en el corazón de Atsu, donde ella estaba segura que la encontraría y no tendría problemas para robarla.

—Vaya, eso explica ese agujero— Dijo Jinn, señalándolo.

—Elina, luego de eso, volvió a algún punto de la historia que desconocemos, pero teniendo la sortija y la Copa en su poder, pudo hacer muchas cosas. Necesitamos que el alma de Atsu se libere, para que renazca en el mismo punto histórico en el que se encuentra Elina, para que se enfrente a ella y evite que se salga con la suya.

— ¿Por qué piensas que él la enfrentará, siendo que no sabe, ni sabrá nada de esto?

—Es su destino.

—Me parece un poco arbitrario, pero bueno— Respondió Jinn, encogiéndose de hombros.

— ¡Muy bien, entonces, manos a la obra!— Dijo Noa con un tono jovial, fuera de lugar— Debes subirte a la cabeza de Atsu, poner la gema en su frente, mientras piensas en que él debe seguir a Elina.

— ¿Así funciona la magia?

—*Sip.*

Entonces, Jinn subió a la cabeza de Atsu, sacó la gema de su bolsillo, la puso lentamente en la frente, mientras pensaba en que Atsu debía seguir a Elina al otro mundo. Mientras hacía todo esto, no podía evitar pensar que era todo una estupidez. Para su sorpresa, luego de un segundo, un destello se originó en la gema, a partir de la cual toda la estatua comenzó a agrietarse y liberó una especie de neblina que se disipó a los segundos.

—Mira lo que encontramos— Dijo Noa mirando a un brazo— El Filo de Seth.

Jinn descendió nuevamente al pecho y caminó por el brazo, donde al final, encontró incrustado en la roca, una majestuosa espada de tipo khopesh, con una gema azul en el tope.

—Ésta es la espada que tenía Atsu...— Dijo Jinn antes de estirar el brazo, tomarla, envolverla con su manta para dormir y ponerla en la mochila.

—Muy bien, debemos irnos antes de que llegue alguien y nos culpe por estos destrozos.

—Tienes razón— Respondió Jinn.

Bajaron de Atsu, montaron sobre los popos y se dirigieron de vuelta a la casa de Dana, donde debía seguir con su misión.

Mientras, a principio del siglo XX en la Tierra, un niño llamado Leon Clayton nacía con el alma de un valiente guerrero de Redara.

Capítulo 13

EL SILENCIO ANTES DE LA BATALLA

—Necesitas ir a rescatar a Fumie— Dijo Dana, recostada en una rústica cama, mirando a Jinn.

— ¿Cómo es que te enfermaste? Creía que ustedes eran inmortales.

—Ser inmortal no implica no enfermarse— respondió Dana, luego de una tos.

—Ahora por fin puedo decirte porqué estás acá. Martha, una persona que identificas como tu tía, convirtió a Fumie en gato antes de que moriste, ¿cierto?

—Sí, ¿sabes algo de ella?

—Sí, no te gustará. Luego de tu muerte, Martha rescató a Fumie y deshizo el hechizo.

— ¿Que no solo tú sabías cómo revertir el hechizo de gato?— Le preguntó Jinn a Noa.

—Un mago puede revertir la mayoría de sus hechizos sin mucho esfuerzo, lo complicado es revertir los de otro.

—*Ahá*— Respondió Jinn incrédulo.

—Como iba diciendo…—Dijo Dana luego de una tos forzada para interrumpirlos— Martha tiene a Fumie en el palacio de la Constelación Púrpura.

— ¿Qué es la Constelación Púrpura?

—Es un conjunto de islas aéreas, ubicadas en la línea púrpura, un plano que se encuentra en algún lugar, entre Selkis y la Tierra. Es un lugar que fue utilizado mucho tiempo atrás por un antiguo reino que dominó Selkis, mucho tiempo antes de nuestra llegada y la conformación de los actuales reinos, incluso. Es, por tanto, un lugar sagrado al que no debería llegar cualquier persona. Martha está reclamando el trono, amenazando con destruir todo con el ejército Mezénico, que según las leyendas, se encuentra en ese lugar.

— ¿Cómo es que no me enteré de nada de esto antes de volver acá?

—Si lo sabías antes, no ibas a querer ir a Maat a liberar el alma de Atsu, ni traer el Filo de Seth. Necesitábamos todo eso, para completar la ecuación.

—Todavía no entiendo por qué saben tanto de la Tierra, siendo que no hay comunicación, no habría forma.

Dana miró a Noa, quien asintió como dando su aprobación para algo.

—Nosotros, en el momento en que estuvimos con los dioses, obtuvimos la vida eterna y el conocimiento de todas las líneas de tiempo, pero no podemos interferir en el flujo de los hechos cruciales. Somos una guía para todo este proceso, y no podemos hacer más que observar.

—Pero ¿por qué los dioses harían todo esto? ¿Cuál es el punto?

—Ellos lo saben mejor que nosotros, supongo. No sabemos de qué se trata todo esto, pero tenemos fe en la sabiduría ancestral.

Jinn miró a Noa que estaba observando el suelo seriamente, y moviendo la cabeza de forma leve, como asintiendo inconscientemente.

—Es el momento de detener a esta mujer, entonces, y salvar a mi hermana— Dijo Jinn de forma segura— ¿Cómo llego a la Constelación Púrpura?

—Se llega a través de algún laberinto, pero yo no me acuerdo mucho…

—Yo tampoco— interrumpió Noa— Pero sé quién sabe, debería haber llegado, de hecho.

Apenas terminó de decir eso, un grito de "¿Hola?" sonó algunos metros más allá, junto con el crujido de hojas y ramas. Noa se asomó por la puerta para ver de dónde provenía aquel grito y sonrió al ver a Baniti enredado entre los árboles. Cuando logró zafarse, se acercó a la choza, saludó calurosamente a Noa y tímidamente a Dana.

— ¡Tanto tiempo sin verte!— Dijo Noa jovialmente.

— ¡Muchos años!— Respondió Baniti con alegría— ¿Finalmente está pasando?

—Al parecer, aunque esto de Martha me preocupa, no puedo encontrarlo en los recuerdos de esta línea de tiempo… Pero al menos tenemos a Jinn,

él tiene la gema incolora.

— ¿En serio, Jinn?

—Eh… Sí, señor— Respondió Jinn un poco nervioso.

—No necesitas ser tan formal, Jinn, él es tu abuelo— Dijo Noa.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, nunca lo había visto.

—No te preocupes. Y bien, ¿Estás listo para salir?

—En un momento, Baniti— Respondieron Jinn y Noa al unísono.

—Encontramos el Filo de Seth en el Guardián de Maat— Dijo Jinn, sacándolo de la mochila.

—Los habitantes de Maat están enojadísimos por el salvaje vandalismo que destruyó una de sus más grandes maravillas— Dijo Baniti recibiéndolo y observándolo.

—Me lo imagino—Dijo Noa— Por cierto, ¿tú dónde estabas?

—Estaba en Dahara, fui a preparar a las ciudades para el acontecimiento… En fin, este Filo de Seth está cambiado en el tiempo, lo sé porque yo tengo y he tenido el original todo el tiempo—Respondió Baniti antes de guardarlo y sacar un montón de telas negras que comenzó a desenredar y resultó ser el mismo Filo de Seth, que entregó a Jinn.

— ¿Cuál es la diferencia?

—Como yo he tenido todo el tiempo ese khopesh, supongo que el que encontraste volvió al pasado en algún momento, pero no sé cómo ni por qué, y no puedo quitarte la oportunidad de defenderte con una de las mejores armas.

—Bien, vamos— Dijo Jinn, luego de quedarse callado por un momento, intentando comprender.

—Creo que sería mejor para Jinn descansar esta noche y salir en la mañana— Dijo Dana, luego de toser.

— ¡Tienes razón!— Dijo Noa, sentándose en el suelo.

Esa noche Jinn aprovechó de comer y dormir infinitamente mejor de lo que había hecho desde que había aparecido en Selkis. Se despertó muy temprano en la madrugada, incluso estaba oscuro aún, pero tenuemente iluminado por el reflejo de la luz en la gigantesca Maat y todas las

estrellas que se apreciaban a lo lejos. Encontró a Baniti sentado afuera de la choza y observando el bosque con tranquilidad.

— ¿No puedes dormir?— Le preguntó Baniti, pasando la vista a Jinn.

—Todo lo contrario, ¡Dormí muy bien!

—De verdad te pareces a Atsu— Dijo Baniti luego de un silencio— Física y psicológicamente, aunque creo que él tenía el genio más corto.

Se hizo un silencio después de eso. Jinn no sabía qué decir al respecto, ya que bastante poco fue lo que conoció a Atsu.

— ¿Tienes alguna duda al respecto de todo esto?— Dijo Baniti, interrumpiendo nuevamente el silencio.

—Hay algo que me da curiosidad aún. ¿Por qué desaparecieron cuando la guerra inició?

—Has dado en un punto importante. No sabíamos que la guerra se iniciaría por nuestras acciones. No estaba en ninguna línea de tiempo de las que teníamos conocimiento, y luego, con la traición de Elina, nuevamente nos quedamos sin saber lo que ocurría. Como ves, te puedo asegurar que no sé nada sobre el futuro en que Elina es nuestro enemigo.

—Entonces, ¿Cómo saben lo que han hecho Elina o Martha?

—Es un conjuro que nosotros cuatro podíamos hacer. Se invoca una especie de diario que nos dice lo que ha hecho la persona por la que se invoca.

— ¿Así que saben todo lo que ha hecho de esa manera?

—No, estando en la constelación púrpura, es imposible alcanzarla a través de ese método, así que no sabemos con lo que te puedes encontrar.

Pero si no saben nada de esta línea de tiempo, ¿cómo saben que están haciendo lo correcto al guiarme?

—Todo lo que has hecho acá, guiado por nosotros, ha sido para intentar combatir a Elina, pero nunca hemos estado seguros del resultado. Por ejemplo, no sabíamos si Atsu iba a enfrentarse a Martha al enviar su alma al otro lado, pero teníamos la esperanza de que su destino siguiera estando entrelazado a esta historia. Y así fue, sin embargo, al parecer, perdió la batalla y perdimos de vuelta su alma.

—Sabes cómo me encontró Dana cuando aparecí en Selkis?— Preguntó

Jinn luego de un suspiro y unos segundos de silencio.

—Supe que apareciste flotando allá en el río— Dijo Baniti indicando con su mano.

— ¡Dejen de hablar, por favor, quiero dormir!— Gritó Noa desde el interior de la choza.

—Está bien, ve a descansar otra hora, lo necesitarás— Le dijo Baniti a Jinn.

—Voy, gracias…— Dijo Jinn entrando a la choza y recostándose en su lugar, mientras pensaba en todo lo que habían conversado.

Una hora y media después, todos estaban levantados y comiendo un trozo de pan con un queso ácido, y bebiendo un jugo de frutas que Jinn nunca había probado.

No dejaba de llamarle la atención el hecho de que en este momento estuvieran todos comiendo tranquilos, y en un rato después, estaría arriesgando la vida para evitar la colisión de la realidad. Luego de pensar en eso, se dio cuenta que era mejor tener la mente despejada y no pensar en eso.

Terminaron de comer, Jinn se despidió de Dana, quién le deseó suerte, y salió junto con Noa y Baniti en busca de la entrada a la Constelación Púrpura.

Capítulo 14

DESAFÍO EN LA CUEVA MEZÉNICA

— ¿Qué es lo que buscamos?— Preguntó Jinn, luego de caminar una hora.

—Alguna cueva que nos lleve al lugar— Respondió Baniti, sin disminuir el paso.

— ¿Es una cueva especial?

—Algo, es la última que queda y estaba por acá cerca.

— ¿Cómo sabes que está cerca si parece como si estuvieras confundido?

—Dana se vino a vivir cerca para custodiarla, pero ha crecido mucho la vegetación.

—Esta civilización… la de la Constelación… ¿Qué era?

—Como te dijimos en la choza, la civilización Mezénica existía mucho tiempo antes que las otras civilizaciones se desarrollaran. Mientras los demás estaban peleando con rocas y palos, ellos estaban ocupando complejos sistemas de organización, comunicación, economía y construcción. Mientras los demás estaban descubriendo cómo funcionaba el fuego y comenzaban a forjar metales, ellos estaban volando a Maat, construyendo portales a la Tierra y otras dimensiones, y conociendo a los habitantes de esos lugares. En uno de esos viajes fue que encontraron la Constelación Púrpura, donde, en una de sus islas, encontraron las gemas. Las llevaron a Selkis y las pusieron en un templo para planificar su uso. Querían usarlas como símbolo de las metrópolis que habían construido, pero por alguna razón, no alcanzaron a salir de ese templo, debido a una guerra interna que los destruyó por completo, incluyendo a sus ciudades que se redujeron a polvo. Las únicas cosas que quedaron, fueron el templo, que miles de años después encontraría un comerciante errante, donde se encontraban las gemas, y la constelación púrpura. Los portales quedaron también abandonados a su suerte. Algunos fueron destruidos, y algunos pocos sobrevivieron. Uno de los portales que comunican con las Constelación estaba por acá, y eso es lo que buscamos.

—Y acá estamos— interrumpió Noa cuando llegaron frente a una cueva cerrada con una roca lisa con un símbolo en el medio. El lugar se encontraba rodeado de vegetación, y no parecía que fuese muy especial,

nada sugería que ese lugar fuera un antiguo portal de una importantísima civilización ancestral.

—Jinn, este es el momento, una vez dentro, no sé qué encontrarás, sólo sé que inevitablemente te enfrentarás a Martha. Ella es muy poderosa en este momento, así que ten cuidado— Le dijo Baniti, poniendo una mano en su hombro.

—Haré lo posible para salvar a Fumie y evitar que destruya Selkis.

—Suerte— Le dijo Noa con su expresión despreocupada de siempre.

Baniti entonces puso su dedo sobre el símbolo, lo arrastró como si estuviera dibujándolo, pero al final agregó dos líneas, que completaron el verdadero símbolo y haciendo que la roca se deslizara hacia abajo.

Dentro, un olor a humedad y barro podrido reinaba. La luz proyectada desde la entrada, se extendía hasta unos dos metros más allá y se fundía lentamente con la oscuridad.

Noa sacó una antorcha, la encendió con un chasquido de dedos, y se la entregó a Jinn.

—Buen truco ¿Cierto?— Dijo Noa orgulloso, levantando las cejas— Vamos, entra.

Jinn tragó saliva y entró con paso seguro. Cuando pasó el límite de la luz proyectada, miró hacia atrás y se sorprendió al descubrir que ya no estaba la entrada, y en su lugar había una gran muralla que tenía el símbolo Mezénico, y sin rastros de haberse movido alguna vez.

Hacia adelante, el laberinto comenzaba con un gran arco repleto con dibujos y símbolos desconocidos, muy diferentes a los que había visto repartidos por su viaje por Selkis y Maat.

Los costados eran simples murallas lisas, pero con una línea de escritura que iba a lo largo, a unos cincuenta centímetros de altura.

Jinn sacó el filo de Seth y caminó en la única dirección posible. Luego de pasar por el arco, se encontró con una gran explanada de suelo de piedra iluminado por pequeñas antorchas, con forma de plato, repartidas por todo el lugar, que se encendieron cuando puso ambos pies en el lugar. Al fondo, a unos cincuenta metros, alcanzaba a ver otro arco que debía corresponder a la salida. Dio dos pasos en esa dirección, cuando de pronto, una muralla se levantó desde el suelo, se cerró hasta el techo y se deslizó hacia la izquierda dejando un pasillo a la vista, hasta unos dos metros más allá y giraba a la derecha. Comenzó a caminar rápido, pensando en que mientras más tiempo se demorara allí, menos tiempo le

quedaría a Fumie. Estuvo recorriendo por treinta minutos los enredados pasillos del complejo laberinto, hasta que se sintió perdido. Parecía como si las murallas desearan que se quedara en ese lugar para siempre. Cada segundo que pasaba, su ansiedad iba subiendo y más angostos y largos le parecían los pasillos. El aire comenzaba a hacerse más escaso y la desesperación ya lo gobernaba por completo.

Cuando el pasillo era tan angosto que no le permitía avanzar más, se sentó para tratar de tranquilizarse. Se sentía inútil por no poder resolver un laberinto y salvar a Fumie, mientras observaba las frías y húmedas paredes repletas de polvo y telarañas. Cerró los ojos y respiró hondo aquel putrefacto aire, mientras dejaba que su mente se despejara y el olor del lugar dejara de preocuparle, hasta que se sintió listo. Abrió los ojos y se sorprendió al encontrar el pasillo por el que antes no había podido pasar, mucho más amplio y bien iluminado, como en los primeros pasillos.

Se puso de pie y caminó cautelosamente por él, encontrando, un vez que giró a la izquierda, el arco que correspondía a la salida. Unos dos metros más allá, se encontraba una gran puerta que se abrió con dificultad cuando se paró frente a ella, revelando el crudo interior de la cueva: un estrecho camino rodeado de un acantilado con magma ardiente en el fondo.

—Tragó saliva y comenzó a caminar a través de él. El calor era insoportable, pero por alguna razón, podía aguantar ese lugar. Por las murallas había grietas y cuevas por donde entraba aire y salía calor, o al menos, eso pensaba Jinn hasta que vio unas hormigas muy similares a las que lo atacaron en la Cueva de la Ruinas Wulari. Luego de caminar unos minutos, llegó finalmente a una escalera que conducía nuevamente a una puerta, igual a las que había visto antes.

Una vez que la puerta se abrió, encontró un largo pasillo de piedra canteada repleto de puertas más pequeñas de madera oscura, presumiblemente ébano, y una muralla lisa al final de este. Suponiendo que alguna de esas puertas era la salida, Jinn abrió la primera de la izquierda, donde encontró el interior de una joyería, adornada como en los años ’40 y en el centro, un tocadiscos roto en el suelo. Parecía como si hubiera habido una pelea en el lugar, por los restos de vidrio y marcas de golpes.

Cerró la puerta, y abrió una que estaba inmediatamente al frente. Encontró una especie de tienda, pequeña y con olor a pan. Al fondo, encontró una puerta abierta, donde había un comedor, y al lado de ella, otra sala que parecía ser la cocina, donde había unos grandes mesones y un horno que emanaba un poco de calor, como si hubiera estado en uso hace muy poco rato. Al fondo, había otra puerta, pero Jinn retrocedió y se asomó por la última habitación del lugar, donde había un dormitorio.

Volvió a entrar a la cocina y caminó hasta la puerta que había visto antes, la abrió y encontró una escalera de madera que descendía y terminaba en una habitación cerrada con una puerta con candados y cadenas, pero estaban todos abiertos, que daba paso a un apestoso sótano, repleto de herramientas, jaulas y manchas oscuras que parecían ser sangre seca.

Espantado por lo que pudo haber ocurrido allí, y como no encontró otra puerta que pareciera ser la salida, Jinn retrocedió hasta el pasillo principal y entró a la siguiente puerta y reconoció el lugar de inmediato. Era la habitación de su tía Martha, que se encontraba exactamente igual al día cuando Fumie fue transformada en gato. Recordando todo eso, comenzó a sentir un odio por aquella persona que en ese mismo momento tenía a su hermana secuestrada, como si no bastara todo lo que les había hecho. Luego de observar y no encontrar nada, cerró con un portazo y abrió la siguiente.

Era una especie de despacho. Había un escritorio, sillas y estantes, pero todo estaba destruido, como si hubiera sido víctima de un acto vandálico. Unos chorros de tinta de múltiples colores se veían como si hubieran sido lanzados contra las murallas. Jinn caminó con cuidado hasta el fondo donde encontró las ventanas rotas, y una oscuridad total del otro lado, como si no existiera nada detrás, por lo que no se atrevió a salir por ahí. Dio media vuelta y salió al pasillo principal.

Deseando encontrar por fin la salida, se saltó dos puertas y abrió la siguiente, donde encontró una escalera de madera muy delgada y endeble, en forma de caracol, insertada a una muralla de roca, que se alzaba sobre una laguna de magma, muy similar a la habitación anterior.

“Parece que les gustaba el magma” pensó Jinn antes de dar el primer paso sobre la escalera. Comenzó a subir con sumo cuidado, intentando no soltar sus cosas. Luego de unos minutos, llegó a una superficie plana de roca, que se encontraba sobre el cilindro de roca del centro de la escalera, y al frente había una majestuosa escalera, con una imponente puerta increíblemente adornada.

Sobre la roca, había una mujer pálida con el cabello entrecano, muy largo y dañado, que Jinn reconoció de inmediato como Martha, su tía y la persona contra quién iba a enfrentarse.

Capítulo 15

ELINA

El aroma a tierra húmeda y hierba seca llegaba a la nariz de Elina, junto con un leve olor a quemado producido por su repentino arribo desde Selkis, intentando huir de la guerra entre las naciones. Había viajado usando un conjuro que había desarrollado Dana en caso de emergencia y que permitía viajar a la Tierra aunque con un alto porcentaje de riesgo.

Se encontraba en medio de una parcela abandonada, con maleza de casi un metro de altura. No habían construcciones hasta al menos doscientos metros más allá, e intentando ubicarse con respecto a los planes que le había entregado Dana, comenzó a caminar en dirección a la mancha de la cuidad.

Entre sus ropas, llevaba la copa de Thot escondida, y esperando a que no fuese encontrada, la había robado en medio de la confusión de la guerra, desde una bóveda de alta seguridad sin que nadie lo supiera, por lo que recién lo sabrían mucho tiempo después.

La copa era muy importante, puesto que le servía más que los otros objetos en ese momento. Sin embargo estaba segura que Dana había robado la sortija de Ureus y la había llevado a la tierra y esperaba encontrarla para cumplir sus objetivos. Necesitaba todo el poder que podía conseguir.

~
— ¿Por qué hay tanto alboroto?— Preguntó Elina que recién había despertado por los ruidos que le llegaban desde la cocina.

— ¡Mira quién llegó!— Exclamó Dana, separándose de la persona que tenía abrazada, dando lugar a…

— ¡Baniti! ¿Qué haces acá?— Dijo Elina, acercándose y abrazándolo.

—Vine a verlas, no puedo seguir allá sin saber nada de ustedes.

— ¿Están muy complicadas las cosas por allá?— Preguntó Dana.

—La verdad es que sí— Respondió Baniti sentándose. Taudir y Etnest tiene un acuerdo de tregua, produciendo un desequilibrio, y resultando Mydene bastante afectada con la guerra.

— ¿Y no habían problemas en el lugar donde te quedaste?

—En Redara es todo muy tranquilo, aunque es muy difícil vivir. La gente no es para nada organizada, y no pueden establecerse aún.

— ¿Qué pasó con las gemas?— Preguntó de pronto Elina.

—Desaparecieron todas excepto el Filo de Seth, que lo estoy protegiendo yo— Respondió cuidadosamente Baniti, como si la pregunta le pareciera sospechosa— Sin embargo, ninguna de las naciones ha comunicado el robo de las gemas. Yo lo sé porque estoy visitando cada nación de Selkis para aconsejar y actuar como árbitro de paz.

—Debes estar muy cansado por el viaje— Dijo Dana poniéndose de pie— Te serviré un plato de comida y luego puedes dormir.

Elina estaba segura que Baniti tenía sospechas al respecto de las gemas, pero no podía dejar que le quitaran la única posibilidad de lograr sus objetivos.

Los meses posteriores fueron muy incómodos para Elina, ya que Baniti se había quedado a vivir con ellas. Ya había pasado casi un año desde que Elina había llegado a la tierra y cinco desde que había llegado él. La relación de Dana y Baniti se había hecho muy estrecha incluso parecían esposos.

Con todo el tiempo que había pasado, Elina ya no sentía las mismas ansias de recolectar todas las gemas. En aquel apacible lugar, había comenzado a sentir que ya no necesitaba seguir con sus planes y su venganza contra el mundo. Dana y Baniti eran oficialmente novios y un joven que trabajaba arreglando zapatos, junto con Baniti, le había confesado sus sentimientos y sus intenciones de formar una familia con ella. Tal vez no era tan mala la idea. Tal vez… podría ser feliz como las personas normales…

~

— ¿Ya decidieron el nombre para su hija?— Preguntó Dana, sirviendo dos tazas de té, para Elina y Joseph.

—Sí, se llamará Martha. Martha Shaw.

—Suena bastante bien— Dijo Baniti, luego de tragar una cucharada de puré.

— ¿Y ustedes ya decidieron el nombre?— Preguntó Elina, observando el

abultado vientre de Dana.

—Sí, se llamará Leonora.

—Es un bonito nombre— Dijeron Elina y Joseph al mismo tiempo. Se miraron, sonrieron y se besaron.

"Elina cambió" pensaron Dana y Baniti, antes de mirarse y sonreír, alegrándose de que por fin se sentían felices con sus vidas.

~

—Parece que tienes sueño…— Le dijo Baniti a Elina, que acababa de llegar a la cocina.

— ¿Te parece que sí?— Respondió ella con los ojos entrecerrados— Martha se despierta a esta hora de la mañana y no para de llorar hasta que le doy leche— Decía mientras sacaba los ingredientes y utensilios para preparar la mamadera.

—Qué raro, Leonora es muy tranquila…— Respondió Baniti, antes de que Elina lo fulminara con su somnolienta mirada.

—Por cierto, Noa se comunicó conmigo— Dijo Baniti, luego de sorber un poco de té.

— ¿Se comunicó? ¿Cómo? ¿No estaba en Selkis?

—Sí, y ahí sigue. Sin embargo, una carta escrita con su letra, llegó hace un momento. No sé cómo la habrá hecho llegar hasta acá. Tú sabes que él es el más creativo y loco de nosotros… pero eso no es importante… Me decía que él había descubierto quién había robado la Copa de Thot. ¿Qué tienes que decir al respecto, Elina?— Dijo Baniti, finalizando con un sonoro sorbo de té.

Sin decir una palabra, ella lanzó la leche en dirección a Baniti, y mientras iba en el aire, se transformó en una sólida lanza blanca, que aterrizó en la mesa, partiéndola y alcanzando la piel de la pierna de Baniti, haciéndole una herida leve.

— ¡No tienes por qué hacer esto!— Exclamó él, mientras ponía su mano en la espalda, donde tenía el filo de Seth.

—Sí, lo necesito— Respondió con seguridad, tomando una tetera que se encontraba a su alcance y que tenía un poco de agua del día anterior— ¡No arruinarás mis planes!

Mientras lanzaba la tetera y el agua se convertía en pequeñas astillas afiladas, Elina se sentía más viva que todos esos años en la tierra. Había olvidado sus planes, su venganza y sus ansias, y habían sido apaciguadas con una calmada conformidad. Pero ahí, en ese instante, se sentía plena y auténtica, mientras la adrenalina invadía cada parte de su cuerpo.

De pronto, por una de las puertas, apareció Dana, que quedó perpleja con la escena, encontrando a Baniti atrapado con la ropa y lo que quedaba de la mesa, pero antes de que pudiera hacer algo, Elina buscó más al fondo de su bolsillo y extrajo algo que parecían ser unos garabatos sobre un papel, que apretó con fuerza con una mano y con la otra apuntó a Dana.

—Desde este momento, quedas desterrada de la Tierra. Te maldigo para que la abandones y nunca vuelvas— Dijo Elina.

— ¿Qué estás haciendo?— Gritaba Dana perpleja— ¡No lo hagas!

De pronto, un haz de luz se extendió desde la mano de Elina y aterrizó en Dana, quien comenzó a brillar y se arrodilló cuando sus fuerzas comenzaron a desaparecer.

— ¡Dana!— Exclamó Baniti, liberándose de lo que lo tenía cautivo, y se abalanzó sobre Elina. Sin embargo, ella fue más rápida y desvió su mano, impactándolo con la luz.

— ¿Tan importante es el poder para ti?— Preguntó Baniti arrodillado, mirando a Elina, con una expresión de pena— ¿Tan importante es que has traicionado a tus únicos amigos?

De pronto, un destello de luz cegó a Elina por unos segundos, y un silencio se apoderó del lugar, que solo fue interrumpido por el llanto a lo lejos de las bebés.

Dana y Baniti habían desaparecido, y la sonrisa de satisfacción casi no cabía en el rostro de Elina.

~

El suelo helado del comedor había dejado de sentirse bajo las manos de Dana, y había dado lugar a una arena caliente. El sol golpeaba su espalda, y el cielo celeste rosáceo de Selkis le daba la bienvenida.

A su lado, Baniti estaba tirado en el suelo, y luego de unos segundos se dio vuelta y se cubrió los ojos con el antebrazo.

—Ella descubrió el conjuro de destierro, no podemos volver— Dijo Baniti.

—Leonora…—Dijo Dana, y sus ojos se llenaron de lágrimas— Es tu culpa, ¿Cómo permitiste que esto sucediera?

— ¿Cómo iba a saber que ella iba a ocupar eso contra nosotros?

—Debiste haberle quitado la copa desde un principio, siempre supiste que la tenía, y no hiciste nada. Permitiste que ella hiciera esto.

—Pero nunca creí que Elina nos traicionaría…

—Creo que debemos separarnos por un tiempo…—Dijo Dana, intentando hablar entre su llanto.

—Dana…

~

— ¡Mira, mamá!— Dijo Leonora— Hicimos un dibujo de nuestra casa en la escuela.

— ¿Ah, sí?—Dijo Elina, mirándola de reojo, mientras preparaba la cena— ¿Y cómo te fue con eso?

—Me pusieron una carita feliz— Dijo Leonora, orgullosa.

— ¿Y Martha?— Preguntó Elina, mirándola que estaba sentada con cara seria.

—No hizo nada— Dijo Leonora— Le pusieron una carita muy muy triste, pero yo le dije que le podía dar una de mis caritas felices, tengo muchas.

—Ahá— Dijo Elina, frunciendo el ceño y volviendo a concentrarse en la comida.

~

Elina se sentía molesta consigo misma. Había sido muy estúpida y descuidada. Resulta que Baniti se había llevado el Filo de Seth consigo, y era importante para ella obtenerlo. Aunque entre sus pertenencias había encontrado la Gargantilla de Nejbet, le era inútil en ese momento, por lo que se lamentaba y culpaba por no haber sido más precavida. Y ahora ¿Cómo podía saber dónde estaba?

"Ah sí, el diario" pensó ella, y a los pocos segundos, había pronunciado unas palabras y había convocado un diario que leía con detenimiento. Había encontrado a una persona que había interactuado con las dos gemas que le faltaban, pero si de alguna manera lograba quitárselos, podría provocar demasiados cambios en el futuro, y algunos hechos

podrían complicarse, así que era mejor no arriesgarse. A la media hora, ya lo tenía decidido. Robaría la Sortija de Ureus, si encontraba la manera de viajar a Selkis en un instante seguro.

Para hacer aquel viaje, al igual que con otros hechizos poderosos, debía utilizar una porción de su sangre como una manera de regularlos. Pero Elina no tenía miedo y estaba convencida de que haría cualquier cosa sin problemas.

~

Apareció de pronto en un lugar desértico, con un fuerte viento, y un cielo celeste rosáceo. A la derecha, no muy lejos de ahí, había una hilera de pequeñas pirámides transparentes de cristal, que reconoció de inmediato. Había llegado a Maat, y a la izquierda, se encontraba algo que no recordaba: Una especie de estatua gigantesca de una persona acostada. Caminó unos minutos en esa dirección, y llegó al pie de aquel imponente monumento. Subió por unas escaleras de madera que estaban en el costado, y una vez arriba, guiada por su intuición, puso la mano en el pecho de la estatua, a la altura del corazón, descubriendo la gema incrustada. Se irguió y con cuidado, procurando que ninguno de sus conjuros en los papeles, saliera volando, eligió uno, guardó los demás, lo apretó con fuerza con una mano y con la otra, volvió a tocar la roca sólida. Con un pequeño destello, la superficie crujió y se abrió, revelando un anillo dorado, con una hermosa gema roja incrustada.

Elina sacó un pañuelo, estiró la mano y levantó el anillo, lo puso frente a sus ojos y sonrió con satisfacción. Luego, sacó otro papel con un conjuro lo apretó con fuerza mientras cerraba los ojos y besaba el anillo. De pronto, unas gotas de sangre comenzaron a caer desde su mano, equivalente a su tributo pagado, y desapareció.

~

En una ajetreada ciudad, frente a una vieja panadería que se había quedado estancada en una época antigua mientras las construcciones aledañas se habían modernizado y lucían vistosos edificios, estaba Elina observando hacia el interior. Luego de unos minutos, ingresó con una actitud decidida.

—En seguida la atiendo ¿puede esperarme dos minutos?— Preguntó un hombre joven que iba saliendo de algo que parecía ser la cocina— A mi papá se le acabaron las medicinas, y es urgente.

—Sí, no te preocupes, estaré haciendo mi elección— Respondió Elina, con una sonrisa.

Cuando el joven iba saliendo, Elina lo observó por la espalda y pudo notar unas cicatrices en el cuello con forma de línea recta que se escondían por debajo de su camisa.

Una vez que se encontró sola en aquel lugar, y mientras miraba aquel polvoriento lugar con desagrado, pudo escuchar una tos proveniente de la puerta por la que había salido el joven. Se acercó a ella y pudo ver por el espacio que había quedado entreabierta que dentro estaba un hombre gordo y viejo, sentado en un sillón que parecía bastante cómodo.

— ¿Hay alguien ahí, cierto?— Dijo de pronto el hombre— ¿Puede pasarme la botella con agua?, no puedo ver ni mover las piernas, y mi hijo la dejó muy lejos.

Elina abrió la puerta por completo, caminó hasta la mesa, tomó la botella, sirvió un poco en un vaso, y se la entró al hombre.

—Estás bastante viejo— Dijo Elina, luego de sentarse, mirando como el hombre bebía el agua.

— ¿Me conoce?— Preguntó él, luego de secarse la boca con la manga.

—Te conocí hace muchos años, cuando los automóviles no existían, las calles estaban repletas de excremento de animales y ésta panadería parecía ser una tienda un poco más próspera.

—Sí, muchas cosas pasaron. Me gustaría volver a esa época, tal vez así te habría parecido un poco más atractivo— Terminó con una sonrisa grotesca que hizo que la sangre de Elina hirviera, mientras lo miraba con un profundo desagrado.

—Entonces, ¿Cómo es que quedaste ciego y sin movilidad en las piernas?— Preguntó ella, luego de suspirar, intentando calmarse.

—Estaba cortando… madera, con una sierra, para leña… y la hoja se quebró, saltaron trozos que entraron a mis ojos, resbalé, caí sobre mi espalda y me quebré la cadera. Es muy difícil vivir así.

—Me imagino— Respondió Elina, con un tono cortante— Bien, es hora de irme.

—Un gusto hablar contigo, espero que vuelvas a verme otro día.

—No, no lo haré. Por cierto, sé que te gusta matar niños— Dijo Elina, mientras observaba cómo el rostro del hombre cambiaba de pronto de su expresión amable a una cara de miedo e ira.

— ¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto— Dijo Elina— Tomando un cuchillo de la mesa— ¿Acaso creíste que nunca serías castigado por todo lo que hiciste?

— ¿Cómo sabes?

—Un día, unos niños hambrientos entraron en tu tienda e intentaron robar pan. Tú les diste comida envenenada. Eran cuatro, dos niños y dos niñas.

—Ah sí, los recuerdo. Recuerdo sus gritos— Dijo el hombre con su grotesca sonrisa, que hizo que Elina explotara en ira y le enterrara el cuchillo en el hombro.

—Yo soy una de esas niñas— Le dijo Elina cerca del oído, mientras el hombre emitía un grito ahogado, luego de que torciera el cuchillo.

—Pero ninguno de ellos sobrevivió.

—Exacto. Volví de la muerte, para darte tu castigo.

~

Elina iba caminando por una tranquila calle, a paso lento, mirando el cielo, con una expresión de satisfacción, y al mismo tiempo melancolía. Unas gotitas de sangre se encontraban en su mejilla izquierda, y unas cuantas en su mano. De pronto vio de reojo que por la vereda del frente iba caminando el hijo del panadero, recién volviendo de la farmacia. Pero no le importaba, no le importaba nada.

~

—Eres Martha— Le decía Elina, a una mujer idéntica a ella, pero más joven, que se levantaba del suelo— Eres una copia de mí.

— ¿Mamá?

—Sí, puedes llamarme así.

— ¿Estás herida?— Preguntó Martha, mirando la gran cantidad de sangre que había en el suelo, y parecía provenir de la mano de Elina.

—No, no te preocupes— Respondió ella, ocultando la mano detrás de su espalda— Tú vivirás por mí, te dejaré todo. Harás grandes cosas, siempre te estaré vigilando.

Elina se levantó, se puso su abrigo, le sonrió a Martha, y salió por la

puerta.

~

— ¿Sabes ahora qué hago con los que me intentan robar?— Le decía Martha a un hombre joven, muy herido, con un ojo hinchado, que estaba amarrado a una silla.

—Sí s… Sí, señora— Dijo el hombre tiritando y dejando escapar un poco de sangre de la boca.

—Libérenlo y tírenlo a la basura— Le dijo Martha a dos empleados que acataron de inmediato sus órdenes, mientras ella encendía un cigarrillo.

—Señora, una vieja loca dice que quiere verla— Dijo de pronto otro hombre, que había llegado corriendo.

— ¿Qué quiere?— Preguntó ella, mientras se arreglaba el pelo.

—No nos quiso decir, dijo que era urgente y que sólo se lo diría a usted.

— ¿Es una clienta?

—No sé, no lo creo, nunca la había visto.

—Está bien, iré de inmediato— Respondió Ella, luego de suspirar— Joseph, acompáñame.

Un hombre que no parecía ser un subordinado, elegantemente vestido, que estaba leyendo un periódico, en una cómoda silla al rincón de la habitación, se puso de pie y caminó hasta donde estaba Martha, le dio un beso en la mejilla y le tendió la mano.

—Estaré en mi oficina, dile a la mujer que pase y guíala, que no se vaya a perder en esta casa— Le dijo Martha al hombre que seguía esperando instrucciones, asintió, dio media vuelta y se alejó apresurado por el pasillo.

Elina y Joseph caminaron con tranquilidad e ingresaron a una puerta cercana. Dentro, una mujer estaba inspeccionando una estantería por detrás del escritorio, no parecía haberse sorprendido por que la hubieran descubierto dentro.

— ¿Qué…? ¿Quién demonios eres?— Preguntó Martha, cerrando la puerta detrás de ella.

—Qué irrespetuosa. Dijo Elina, dándose la vuelta, revelando el paso del

tiempo en su rostro.

— ¿Mamá?— Preguntó Martha, abriendo los ojos al tope— ¿Cuándo volviste? Estás muy…

—Vieja, lo sé. Me arrugué, engordé, mi piel se manchó… Todo eso que les ocurre a todos los mortales.

—Pero tampoco estás tan mal, dijo Martha, sentándose en la silla frente a su escritorio, seguida por Joseph.

—Oh, basta de halagos— Dijo Elina, sentándose en la silla detrás del escritorio— ¿Quién es él?

—Joseph, mi esposo.

¿Joseph?— Preguntó Elina, un tanto sorprendida por el alcance de nombres.

—Sí, ¿qué tiene?

—Nada… conocí a alguien antes con ese nombre.

— ¿Y por qué vienes a verme? Ni siquiera avisaste… Y luego de tantos años…

—Quería saber qué habías hecho con tu vida.

—Bueno, puedes verlo tú misma, soy dueña de esta exitosa joyería.

—Así veo.

—Tengo a la mafia local bajo mi control.

—Interesante.

—Gano mucho dinero y la policía no se atreve a tocarme. Los que lo han intentado no han terminado bien.

—Muy bien.

—Descubrí una anomalía en un hechizo de gato— Dijo Martha, un poco incómoda por la indiferencia de Elina.

— ¿Cómo es eso?

—Una persona a la que hechicé, podía cambiar el color de su pelaje

cuando lo tocaban.

—Sigo sin entender muy bien.

—Yo tampoco lo entendí muy bien, pero cuando alguien lo tocaba, se impregnaba de un color, como si leyera el estado de ánimo de la persona.

—Bastante interesante, ¿y qué pasó con él?

—Esca… eh… lo vendí por varios millones.

Elina se tapó los ojos con una mano, como señal de desilusión.

— ¿Algo más?

—La verdad es que no— Contestó Martha, claramente molesta.

—Te envié el anillo, el objeto más poderoso, te di mi conocimiento en magia, te dejé mi casa, mis libros y mi dinero, y te dedicaste a construir un imperio en los barrios bajos. Qué desilusión.

— ¿Te molesta que no haya cumplido tus expectativas?

—Oh, no cariño, ya no. Dijo Elina poniéndose de pie y acercándose para acariciar el rostro de Martha. Ella sonrió un poco desconcertada por un segundo, antes de que comenzara a deshacerse. Se desprendió una especie de luz blanca casi etérea que se movió y pareció entrar por la misma mano de Elina.

Ella respiró hondo, luego de volver a sentarse y mantuvo los ojos cerrados un momento.

—Si me hubiera dicho que había descubierto como cambiar de cuerpos y usar la sangre para rejuvenecer, no la hubiera deshecho— Le dijo Elina a Joseph, quién luego de escuchar aquello, tomó un abre cartas de la mesa y se abalanzó sobre el cuello de Elina, pero ella con un simple movimiento, lo esquivó y golpeó su cabeza por detrás, activando un hechizo de parálisis. Él se desplomó hacia el costado, donde quedó tirado inmóvil.

Elina salió del lugar con total tranquilidad, mientras miraba a los subordinados de Martha que seguían con sus actividades, sin saber lo que había ocurrido. Antes de salir por la puerta principal, se observó al espejo y pudo notar que se veía más joven, y sonrió.

Lo que había descubierto esa Martha le abría nuevos horizontes y expectativas, y sentía la misma emoción que cuando robó la copa, cuando luchó y expulsó a Baniti y Dana, cuando robó el anillo, o cuando mató al

panadero. Se sentía plena, llena de adrenalina y emocionada. Embriagada de poder y sedienta de más.

~

— ¿Mamá?— Preguntó Martha, la hija de Elina, luego de abrir la puerta, cuando el timbre de la casa sonó.

—Hola— respondió ella sonriendo, y abrazó a Martha.

— ¿Qué te pasó?, te ves unos diez años más vieja.

—He estado peor… ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, es tu casa.

Elina entró y volvió a abrazar a Martha. Ella se sorprendió un poco, pero estaba feliz.

¿Pero qué fue lo que pasó?— Preguntó Martha, sentándose en un sillón— ¡Te fuiste hace una semana, sin decir nada, y ahora vuelves como si hubieran pasado diez años!

—Como te dije, me he visto peor. Dime, ¿Está Leonora?

—No, está en el colegio.

—Lástima, hubiera preferido su cuerpo, pero al menos, tú estás aquí.

— ¿Cómo? No entendí.

—No te preocupes, no necesitas entender. Sabes, de verdad te quiero, y de verdad te extrañé todo este tiempo, pero hay cosas más grandes que nosotros.

—Me estás dando miedo…

~

— ¿Martha? ¡Hola, llegué!— Dijo la voz de Leonora.

—Holaaaa…— Dijo la voz de Martha, desde la cocina.

— ¿Estás cocinando?

—Sí— Dijo Martha, con una sonrisa de orgullo.

—Vaya, parece que cambiaste de un día para otro.

—La verdad es que sí. Y muchas cosas van a cambiar a partir de ahora, ya no soy la misma de antes.

Leonora la miró sonriendo inocentemente, sin saber que literalmente ya no era la misma.

Capítulo 16

LA CONSTELACIÓN PÚRPURA

Jinn dio un paso sobre el último escalón y se impulsó para ir a toda velocidad, con el Filo de Seth en su mano. Sin embargo, el escalón crujió, llamando la atención de Martha, que se dio vuelta y alcanzó a ver a Jinn antes de que él, al blandir la espada arriba y abajo intentado herirla, pudiera tocarla, y fue repelido con una ráfaga de viento que ella generó con una mano. Se despegó del suelo y comenzó a elevarse, esquivando todos los ataques de Jinn.
Mientras en su mente, Jinn se preguntaba desesperadamente cómo era posible que con solo estirar la mano, pudiera expeler aire o fuego, cuando Martha lo sorprendió cerca del borde y lo atacó con otra ráfaga de viento. Jinn instintivamente extendió su mano, pensando en que la única manera de ganarle, sería congelándola, y una ráfaga de viento y agua salió de su mano y cubrió por completo a Martha, congelándola. Sin perder tiempo, Jinn golpeó al bloque de hielo, quebrándolo en múltiples pedazos. Su felicidad por la victoria duró muy poco, hasta que se dio cuenta que los que deberían ser restos del cuerpo, eran trozos de porcelana.
"debe ser una copia vacía" pensó Jinn mirando hacia la puerta en lo alto de la escalera. Por alguna razón, pudo hacer magia, y eso lo sorprendía un poco, pero tenía algo más importante que hacer y no podía perder el tiempo reflexionando.
Subió lo más rápido posible las escaleras sin hacer mucho ruido y se asomó por la puerta. Detrás había un gran salón adornado con metales verdes, dorados y azulinos, con elegantes y e impresionantes detalles que deslumbraron a Jinn.
Atravesó la puerta y quedó bajo una especie de zaguán, se apoyó en una muralla y se asomó por el borde, donde pudo observar la totalidad del salón. Por todo el lugar había un montón de gente con ostentosas ropas y joyas, conversando, comiendo o bebiendo. Algunos estaban de pie, otros sentados, otros bailando y otros con instrumentos musicales. La mayoría estaba sonriendo, pero todos estaban convertidos en piedra. Eran como un montón de estatuas de personas retratadas en una fiesta.
Por la izquierda había muchas otras puertas similares a la que se encontraba Jinn, pero estaban cerradas. Por la derecha, había un pequeño jardín con plantas y flores de colores similares a los del resto del salón. Detrás de eso, no había ninguna muralla, sino que estaba abierta al exterior, y eso fue lo que más sorprendió a Jinn, ya que se podía apreciar el cielo nocturno repleto de estrellas y con un color púrpura muy similar al sueño que había tenido acampando en Maat. El techo parecía ser de los mismos materiales del resto del salón, pero era un tanto translúcido, por donde también se podía observar el cielo.
Al fondo de todo el salón, bajo un gran estandarte con el símbolo de la civilización mezénica, y entre dos guardias armados, también de roca, se

encontraba Fumie sentada en el trono, con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. El color de su piel era lo único que destacaba de entre todo ese mar de roca gris.
Cuando la vio, Jinn sintió un vuelco en el corazón y con un impulso, sin pensarlo mucho, salió de su escondite e intentó correr en dirección de ella, pero unas manos le detuvieron de sus muñecas por atrás y una voz que le hizo que un escalofrío le recorriera toda la espalda, retumbó en el lugar.
—Hola Jinn, te estaba esperando.
Luego de un leve forcejeo. Jinn logró soltar una mano, se dio vuelta y encontró a Martha observándolo con aquella mirada de burla que tanto detestaba.
Haciendo uso de su recientemente descubierta capacidad, Jinn lanzó agua y viento helado, congelando el torso y rostro de Martha. Ella lo soltó, pero de inmediato empuño su mano y golpeó a Jinn en el estómago al mismo tiempo que generaba una pequeña explosión que lo levantó y desplazó por los aires varios metros.
Adolorido, Jinn se puso de pie de inmediato miró su vientre con quemaduras y pequeñas heridas que ardían como si lo estuviera tocando un metal al rojo vivo. Corrió en dirección a Martha, quien estaba rompiendo el hielo a golpes y pequeñas explosiones, tomó un trozo de hielo del suelo, lo hizo más grande, esquivó una ráfaga de fuego que le lanzó Martha, saltó y la golpeó en la cabeza con el trozo de hielo, desmoronándose de inmediato.
Jinn estuvo en guardia por unos segundos, esperando la posibilidad de que se moviera, pero luego de darse cuenta que no lo haría por algún tiempo y unas patadas leves en el pie, llegó a la conclusión de que era seguro proseguir con lo que debía hacer. Se dio la vuelta para ir a buscar a su hermana, pero algo que vio de reojo le llamó la atención y volvió a girarse. En su mano, Martha tenía la sortija de Ureus, por lo que de inmediato, Jinn se la quitó de su dedo y la puso en su bolsillo.
Corrió hasta el fondo del salón, mientras miraba a las personas petrificadas preguntándose qué les habría pasado para haber terminado así. Llegó frente a Fumie y entonces se dio cuenta que en su cuello tenía la Gargantilla de Nejbet, el objeto del que se desconocía su paradero, y en una pequeña mesa a su lado estaba la copa de Thot, como si Martha hubiese preparado el lugar para hacer algo y le faltara algún elemento para completarlo. Cuando Jinn tomó la copa, su contenido disminuyó como si cayera por un orificio hasta que no quedó nada. La puso en su mochila, tomó a su hermana, que al parecer no podía despertarse fácilmente y la apoyó en su hombro.
Con Fumie y las cinco gemas, ya tenía todo lo necesario que había ido a buscar y con ello, Martha ya no tendría más poder para hacer algo.
Comenzó a caminar con dificultad en dirección a la puerta con la que entró, pasó por el lado de Martha, que seguía tirada en el suelo y cuando estuvo frente a la puerta, de pronto se escuchó un tintineo y algo blanco, que apenas pudo ver de reojo, lo golpeó y lo lanzó cerca del borde, al otro extremo de la sala. Se paró sobre sus rodillas y buscó con la mirada lo

que le había golpeado y encontró a Martha de pie, mirándolo con una expresión de furia, mientras una cola blanca salía de su espalda.
—¡No arruinarás mis planes!— Exclamó Martha, antes de que sus manos y pies comenzaran a convertirse en enormes garras del mismo blanco brillante de la cola, como si fueran de porcelana. En poco segundos, había pasado por completo a ser una especie de ave gigantesca con una larga cola y filosos dientes.
Jinn tomó a su hermana y saltó justo antes de que un mordisco de la bestia hubiera acabado con su vida. Sin embargo, el salto lo llevó a caer por el borde del salón, en medio de ese extraño espacio.
Con el salto, el filo de Seth se soltó de su mano y a Fumie a penas la podía sostener. Se dio cuenta que iba cayendo y que por alguna razón la gravedad de Selkis, que se podía apreciar al fondo, lo atraía hacia ella. Luego de intentar pensar sus posibilidades en esa caída libre, pero su mente era presa de la desesperación y Jinn estiró el brazo y con esfuerzo, logró alcanzar a Fumie, y mientras pensaba en "proteger", tocó la gema verde en su cuello, envolviéndola por completo dentro de una especie de esmeralda.
Sacó la sortija y la puso en uno de sus dedos y la acercó al cristal. Enviarla al pasado a cualquier momento hacia atrás donde pudiera encontrarla Dana, Baniti o Noa estaba bien, por lo que no tenía ningún momento específico en la mente para hacerla viajar. En el momento en que Jinn tocó la esmeralda, el Filo de Seth lo rozó y fue rodeado por el mismo destello que despidió la sortija y que hizo que segundos después, hubieran desaparecido y haber sido enviados hacia algún momento en el pasado sobre Maat.
De pronto, el sonido de un aleteo interrumpió el profundo silencio, y cuando Jinn miró hacia arriba, pudo apreciar que el salón donde estuvo, no era más que una habitación de todo un palacio gigantesco, sobre una isla de tierra suspendida en el aire, momentos antes de que, junto con un estruendo producido por la destrucción de parte del lugar, la gigantesca bestia que antes fue Martha, irrumpiera en el espacio buscándolo.
Cuando lo vio, descendió a toda velocidad y mientras Jinn, con los ojos cerrados, resignado a que ya no podría enfrentarse a esa gigantesca bestia, se aferraba a la gema incolora que había sacado de su bolsillo.
Segundos después, Martha se había tragado a Jinn y se sentía exitosa antes de darse cuenta que con la velocidad que había alcanzado, le era imposible detener su vuelo. Desesperada, comenzó a aletear lo más fuerte que podía, sin embargo, el esfuerzo no había más que dañar sus alas de porcelana.
La caída de Martha terminó finalmente sobre Taudir, destruyendo unas cuantas casas y finalizando en el borde del agua en una tranquila playa.

Capítulo 17

EL FIN DE UNA ERA

La caída de una especie de meteorito, con forma de bestia alada, envuelta en fuego, alarmó a todas las personas en la ciudad de Taudir, que se acercaron a mirar y unos pocos a ayudar a la gente que salió afectada en las casas destruidas.

Pronto las autoridades del lugar cercaron un perímetro y prohibieron el acceso a la zona. Incluso el gobernante llegó a observar y pedir explicaciones a sus subordinados.

De pronto, quedó boquiabierto cuando vio a un antiguo concejero de su padre, acercándose con la misma apariencia que tenía en sus recuerdos, sobre un popo y acompañado de alguien que se veía muy similar al concejero de la ciudad de Dahara, pero mucho más viejo.

—Hola, soy Noa— Dijo el extraño— Antiguo concejero de esta ciudad. Nosotros nos desharemos de esto.

— ¿Noa?, ¡tú estabas en el periodo de gobierno de mi padre!— Dijo el gobernador.

—Ehh… Sí, es probable…— Dijo Noa.

—Somos los únicos que podemos y debemos hacernos cargo de eso— Interrumpió Baniti.

—Está bien, aunque esto es muy raro… Pero los dejaré pasar— Dijo el gobernador momentos antes de darse la vuelta y hacer un gesto a un soldado para que les permitieran el paso.

Noa y Baniti pasaron entre todos los soldados y policías que estaban investigando en la zona, mientras eran observados por estos. Cuando llegaron cerca del ave, se bajaron de los popos, Baniti les gritó para que se alejaran, Noa se descubrió el brazo, revelando parte de sus tatuajes, múltiples conjuros escritos con la tinta de la copa de Thot, para prescindir de pergaminos, empuñó su mano y asestó un golpe en el cuerpo del ave, emitiendo un destello y una explosión, que voló en pedazos gran parte de él.

— ¡Pensé que contarías hasta 3!— exclamó Baniti, cubriéndose la cabeza.

—Lo siento, lo olvidé— respondió Noa, Aguantando la risa.

Baniti caminó hacia dentro del cuerpo, y de entre los escombros, sacó a Jinn tirándolo de un brazo, con un poco de esfuerzo.

Estaba rodeado por una luz que parecía provenir de la gema incolora y que lo había protegido de esa fuerte caída. Baniti salió y puso a Jinn en el suelo, mientras Noa terminaba de volar en pedazos por completo el cuerpo de quién anteriormente fue Martha.

Jinn despertó luego de 30 minutos y se encontró cabalgando sobre un popo, amarrado y apoyado en la espalda de Baniti.

¿Qué sucedió?— preguntó Jinn, intentando aguantar el fuerte dolor de cabeza que sentía.

—Caíste en forma de meteorito dentro del estómago de Martha transformada en una bestia de un material que parecía ser porcelana, pero definitivamente más resistente— Respondió Baniti mirándolo de reojo.

—Entonces ¿ella está muerta?

—Sí, por fin terminó todo esto.

— ¿Y Fumie?

— ¿Estaba encerrada en la Gargantilla de Nejbet?

—Sí, y la envié al pasado, pero no sé dónde pudo haber aparecido.

—No te preocupes, cayó hace años en Maat. Le pedí a unas personas de Redara que la trajeran a Dahara, así que ya deberían estar allá.

— ¿Vamos hacia Dahara?

—Sí, esa es la ciudad más cercana al ojo de Jonsu, el lugar donde debemos destruir las gemas.

—Está bien, intentaré dormir, me duele mucho la cabeza— Dijo Jinn cerrando los ojos.

—Te despertaré cuando lleguemos.

De pronto, Jinn escuchó voces, reconociendo de entre ellas a Baniti, justo antes de que Noa comenzara a remecerlo para despertarlo. Levantó la cabeza y observó extrañado a su alrededor, al darse cuenta de que estaba rodeado de personas que caminaban y murmuraban en algún idioma

olvidado. Algunas personas llevaban junto con ellos equipaje o armaduras, que tenían un símbolo que Jinn reconoció de inmediato como el de la civilización Mezénica.

A lo lejos, edificios y casas sumidos en una especie de neblina, hasta donde alcanzaba la vista.

—¡Jinn!— Gritó Noa, haciendo que parpadeara y desapareciera todo lo que había estado viendo— ¿Estás bien?

—Eh… sí… creo que la caída me afectó y me cuesta pensar.

—Mira— Interrumpió Baniti acercándose— Allá está el templo donde se encuentra el ojo de Jonsu— Dijo indicando a un gran obelisco.

¿Dónde está mi hermana?— Preguntó Jinn, poniéndose de pie.

—Sígueme— Dijo Noa, caminando hacia el costado del templo, donde tenían todos los objetos con las gemas, incluido la esmeralda donde estaba encerrada Fumie.

—Debes tomar el Filo de Seth y…—Comenzó a decir Noa.

—Lo sé— Interrumpió Jinn, tomando el khopesh— Dana me lo dijo.

Con un movimiento certero, golpeó la superficie lisa de la esmeralda, produciendo una grieta que terminó por romperlo por completo en pedazos, y haciendo que Fumie cayera al suelo.

—Por fin estás a salvo— Dijo Jinn, luego de agacharse y abrazarla.

—Jinn, no es por ser insensible, pero debes hacer esto lo más pronto posible— Dijo Noa.

—Tienes razón, cuídenla, por favor— Dijo Jinn levantándola y poniéndola en un lugar más cómodo.

Le sacó la gargantilla y la puso dentro de su bolso, donde estaba la copa y entró al templo.

En su interior, era un amplio salón circular, con un bloque con forma de cilindro al medio de este. Sobre él, en el centro, había una esfera metálica negra, con un orificio en el centro, de forma vertical, que Jinn supuso que era el ojo de Junsu.

Luego de que Noa y Baniti entraran, Jinn procedió a depositar los objetos dentro de la esfera. Comenzó por la copa, siguió con la sortija, luego la

gargantilla, y terminó con el khopesh.

Sólo debes insertar la gema incolora para iniciar el proceso— Dijo Baniti.

— ¿Qué ocurrirá luego?— Preguntó Jinn.

—Las gemas serán destruidas en todas las líneas de tiempo, produciendo que nada de esto haya ocurrido.

— ¿Eso no nos afectará a todos? Es decir ¿Podría ocurrir que yo nunca nazca?

—Lo pensamos, pero llegamos a la conclusión de que tú debes nacer de cualquier manera, de los mimos padres, así que en ese sentido, tu vida y la nuestra será similar.

— ¿Es realmente una buena idea destruir las gemas?

—Es lo necesario. Es demasiado poder, no podemos arriesgarnos a que alguien más las encuentre y se obsesione, como Elina y Martha.

— ¿Entonces sólo despertaré sin recordar nada de esto, y mi hermana estará bien?

—Sí.

—Los echaré de menos— Dijo Jinn acercándose a Baniti y abrazándolo— A ti también Noa— Le dijo mientras lo abrazaba.

—Adiós, Jinn— Dijeron Baniti y Noa al unísono, mientras Noa intentaba aguantar el llanto y no arruinar su imagen.

Jinn se acercó nuevamente al ojo de Jonsu e introdujo la gema incolora que comenzó a expandirse, sellando el orificio por completo. De pronto, un rayo de luz salió de él y atravesó el aire. Un temblor comenzó a sentirse y comenzaron a desprenderse trozos del suelo, las paredes y todo lo que se encontraba en el radio de una onda expansiva que se había generado, dando paso a un espacio blanco que desapareció a los segundos.

De pronto, un estruendo a lo lejos despertó a Jinn, que se encontró en una habitación pobremente iluminada por una vela, con olor a madera, humedad y aceite de máquinas.

— ¡Jinn!— Dijo una voz en su espalda, que le era bastante familiar.

— ¿Noa?— Preguntó, mirando hacia desde donde provenía el sonido.

—Sí— Respondió Noa, que estaba sentado, comiendo un trozo de pan— Por fin despiertas, esto es terrible.

— ¿Qué sucede?— Preguntó Jinn con el corazón un poco acelerado, luego de escuchar disparos y gritos no muy lejos del lugar desde donde se encontraban.

—Martha nos engañó— Respondió un joven un joven moreno de unos 25 años, sentado en el suelo, en el otro extremo de la habitación— Caímos en su trampa y no tuvimos idea.

—Jinn, ella tomó el cuerpo de tu hermana— Dijo una mujer, también de unos 25 años, que estaba sentada junto con el joven moreno— Lo siento.

— ¿Qué?— Jinn no podía creer lo que había escuchado, había hecho tanto para que nada tuviera sentido— ¿Y ustedes quiénes son?

—Somos Dana y Baniti— Respondió la mujer, con una sonrisa educada.

—La destrucción de las gemas alteró muchas cosas, entre ellas, nuestras edades. Ahora nos vemos como cuando tuvimos contacto con ellas por primera vez.

—Pero Noa se ve igual— Respondió Jinn, mirándolo, aún atónito por todo lo que estaba ocurriendo.

—Nunca intentó dejar su responsabilidad, así que no envejeció como nosotros, que sí lo intentamos— Respondió Baniti, poniéndose de pie.

— ¿por qué siempre soy el último en despertar?

—Eres bueno para dormir, supongo— Contestó Noa.

— ¿Y dónde estamos?

—En mi casa— Respondió una figura que acababa de abrir la puerta y entrar— Polonia 1939, La Tierra. Están metiendo mucho ruido, intenten ser más discretos.

—¿Y tú quién eres?

—Leon Clayton, investigador privado— Respondió el hombre luego de acercarse a la luz, dejando ver que era un hombre de unos 40 años, con algunas canas y un rostro que no le era familiar, pero le daba confianza— Estamos juntos en esto.